Una tacita de VALENTÍA

SEASONS 1

Mar Poldark

Selecta

Una tacita de valentía

SERIE

Seasons 1

Mar Poldark

Selecta

A cada una de vosotras.
Con vuestras manías e imperfecciones.

Capítulo 1

Boda equivocada

—Repítemelo de nuevo, creo que no te he entendido.

Las palabras de Autumn quedaron suspendidas en el aire, al igual que su firme y estoico dedo índice, mientras bebía su té favorito. Sus ojos azules no dejaron de perseguir cada uno de mis movimientos en el bonito salón de su casa.

Estaba inquieta. Apretaba mis largas uñas entre los dientes con la intención de calmarme. Había conducido hasta la casa de mi mejor amiga con un único propósito: revelarle mis intenciones.

Y por la turbación de su rostro no iba a ser mi mano derecha en esta locura.

—Voy a irrumpir en una boda.

—¿Te sientes Cameron Díaz esta mañana? —preguntó intentando no parpadear, deslizó con suavidad la taza de porcelana sobre la mesa y cruzó las piernas con su destacable elegancia—. No, espera. Seguro que esto ha sido cosa de los niños a los que cuidas, ¿te han dado con algún juguete en la cabeza y has perdido el norte?

—Los hijos de Greta son maravillosos.

—Yo diría que son pequeños demonios dispuestos a dejarte en el suelo como la silueta de su crimen perfecto.

—Autumn, esto es serio.

—No puedes estar diciéndolo de verdad.

Una carcajada irónica escapó de sus labios. Se levantó con aquel encanto tan

propio de ella, incluso sus bucles dorados parecieron deslizarse por sus hombros con la perfección propia en una princesa Disney.

Sabía bien que en breve comenzaría a gesticular de manera exagerada, porque escapar de las reglas de Autumn Miller suponía erizar hasta el último pelo de su cabeza.

—Quiero tirarme a la piscina, y es el mejor momento para hacerlo.

—Lo que quieres es ahogarte en ella —dijo mordaz—, ni siquiera tirándote un enorme flotador en forma de unicornio vas a conseguir salir del agua.

Nos miramos durante unos instantes. Sus iris azules reflejaban su firme temperamento, los míos solo rogaban porque fuese conmigo al Four Seasons para detener la condenada boda.

—Bryce se casa.

—Y no sé cómo ha engañado a la pobre muchacha. —La amonesté con la mirada brevemente—. ¡¿Qué?! Siempre ha sido un vividor-follador.

—He venido hasta aquí buscando tu apoyo, ¿qué clase de amiga eres?

—Una que te dice las cosas como son —aseguró ella deslizando sus desnudos pies sobre la alfombra en color perla—. Entiendo que quieras ir en contra de tu timidez, Winter, pero hay muchos tíos en el mundo como para caer en las tonterías de uno que no ha querido nunca nada contigo.

—Pero era mi amigo cuando todo el mundo me decía «Témpano de hielo».

—Ese no es motivo para no dejarlo que se case —Autumn se giró dejando que su cabello se meciese con el movimiento—, sino el momento idóneo para dejar ir a ese recuerdo utópico que tienes de él.

—¿Esa es tu forma de sobrevivir cada día sabiendo que tu exmarido vive en tu sótano?

Si las miradas matasen, yo estaría lidiando con mi ascensión al cielo en las puertas de San Pedro. Seguro que me mostraría cada uno de mis cargos como «chica impenetrable», y yo le recordaría que puedo tener un pase estándar en sus dominios: las chicas buenas van al cielo; y las repletas de escarcha, también.

—Solo le hago un favor —se defendió mi amiga—, te recuerdo que no tiene dónde ir.

—Has sido muy considerada tras el divorcio.

—No lo iba a dejar debajo de un puente cuando podemos tolerarnos —zanjó el tema de forma abrupta—. De todas formas, estábamos hablando del chico por el que babeabas en la universidad, no del idiota de Vincent. ¿Qué quieres que haga?

—Ven conmigo —rogué haciendo un mohín incómodo—. Quiero demostrarle que me importaba lo suficiente para buscar esa oportunidad, pero si tengo que

conducir hasta allí y lidiar con mi ansiedad, seguro que termino hecha una loncha de queso en la autovía, no siendo la protagonista de una comedia romántica.

Autumn suspiró con cierta pesadez. Sé que no se negará, especialmente cuando esta locura desviará el tema de su divorcio: firmó los papeles hace casi un año y aún sigue lidiando con la presencia del hombre que lo fue todo para ella y al que pondría una orden de alejamiento si no tuviera la lavadora en la zona de la casa donde él vive.

—Me invitarás a Juli's después de esto —amenazó con su dedo índice mientras se alejaba de mí—. Voy a ponerme algo negro, a ver si así paso desapercibida.

***

El trayecto hacia el 200 de Boylston Street fue acompañado de los altos de Katy Perry y su *Dark Horse*.

Siempre me habían dicho que mis rasgos eran muy similares a los de la cantante. Contaba con una mirada gélida y un tanto impenetrable. Cabello en tono azabache hasta la altura de los pechos, además de unos labios bastante destacables. Aunque, por supuesto, no contaba con su riqueza, ni con su voz. Por eso, mientras Autumn y yo chillábamos como dos pollos sin cabeza, agradecía que tuviésemos la calefacción puesta y las ventanillas cerradas.

—Vamos a tener que dejar el coche en el hotel y caminar por el parque que hay enfrente. —Autumn me miró de soslayo, tamborileando sus dedos sobre el volante—. La boda se celebra en la parte este.

—¿Cómo sabes que están allí y no en la sala de celebraciones?

—Porque estoy viendo las historias de Facebook de Zander —admití algo avergonzada—, y si mi lado detective no me falla, creo que está cerca del templete donde suelen tocar los músicos.

—Empiezo a tener miedo de esta faceta tuya que intenta ir en contra de tu personalidad.

—¿Qué querías que hiciera? —Me mordí la mejilla mostrando mi lado más aniñado—. Siempre he sido parte de su vida, aunque fuese de manera intermitente.

—Cariño, las redes sociales muestran lo que nosotros queremos reflejar en ellas. —Mi amiga entró en el parquin con lentitud, no deseaba que a su coche

(heredado tras el divorcio) le pasase algo—. Eso no nos hace parte de la vida de nadie, solo sabemos de su existencia.

—Vaya ánimos.

—Los que necesitamos para aparecer en una celebración así en vaqueros.

Cuando aparcó en la parte más profunda, donde no hay columnas ni peligro para que a su bebé no le pasase nada, salimos corriendo como alma que lleva el diablo. Creo que esta maratón con el móvil en la mano y con Autumn maldiciéndome no estaba dentro de mis planes. Se suponía que sería un momento épico, donde yo llegaría ataviada en una bonita falda de vuelo y una camiseta ajustada: él se giraría y todo esto le haría darse cuenta de que nuestras largas charlas de madrugada, para mí fueron más que unas cuantas risas.

«Solo espero que valga la pena».

—¿Tenemos que correr más?

—¡Tan solo queda un poco! —Intenté animarla con una sonrisa en mis labios, sin duda se merecería esa enorme copa de helado en el Juli's después—. ¿Ves la multitud? Debe ser allí.

—No me hagas mucho caso, pero me parece que se están casando ya.

—¡¿Qué?! —El corazón me dio un vuelco al pensar que había llegado tarde, estaba a escasos metros para llegar, solo un poco más y...—. ¿Cómo lo sabes? ¿Tienes visión ultraláser?

—Pues no —susurró entre jadeos—, pero si ves como yo a la gente sentada, que el oficiante que los está casando tiene un micrófono y que está terminando de repetir los votos antes del «que hable ahora o calle para siempre», te darás cuenta de que se nos ha hecho un poco tarde.

No podía ser posible. Desde que me había enterado por casualidad del día de la boda, me planteé varias maneras de hablar con Bryce. Al perder su número de teléfono, decidí apostar por mi lado más enamoradizo y aparecer allí sin importarme las consecuencias, lo vi adecuado. Después de todo, ya lo tenía todo perdido; si conseguía que él me mirase con su deslumbrante media sonrisa ya me daría por satisfecha.

—Winter. —Escuché tras de mí, pero decidí aumentar la rapidez de mis pasos para terminar con aquella agonía: era ahora o nunca—. ¡Espera, Winter!

Dejé a Autumn atrás, con las mejillas sonrojadas y con unos gritos que no entendía, pero no me importó. Llegué a la última fila de invitados con el corazón en un puño, puede que esa gente tuviera el poder de ofenderse por lo que iba a hacer, pero no me importaba.

—¡Protesto!

Mi voz se rasgó de tal manera que sentí cómo mis cuerdas vocales ardían en

mi garganta. Lo dije con tanta fuerza y entusiasmo que por alguna extraña razón sentí que había susurrado mis palabras. Me incliné apoyando las manos sobre mis muslos: necesitaba respirar antes de encontrarme con sus ojos marrones.

—Señorita, ¿qué es lo que acaba de decir? —La voz del juez de paz me hizo levantar la cabeza con un orgullo muy poco propio de mí—. ¿Acaba de decir que protesta?

—¡Sí, protesto! —Hice una breve pausa—. Llevo toda la vida enamorada de ese hombre, lo siento por la preciosa novia que tiene al lado, pero no voy a dejar que se case cuando aún recuerdo nuestro último beso.

La novia se giró atónita. Tenía razón, la muchacha era preciosa. Su cuerpo era menudo y su larga cabellera estaba recogida en un sencillo moño del que escapaban dos bucles en tono chocolate. Deslizó su mirada hacia el hombre que tenía al lado en busca de respuestas; y Bryce, que parecía distinto a como lo recordaba, no dejó escapar ni una palabra.

—Pensaba que nuestra historia sería perfecta —dijo la muchacha con la intención de encontrar algún atisbo de esperanza en él—. ¿Has estado con alguien?

—¿Cómo le haría algo así a tu familia? —Carraspeó erizando mi piel, porque tampoco encontré ese deje burlón que echaba de menos—. Quiero decir, a ti.

Ella negó con la cabeza varias veces, se sentía avergonzada y expuesta en un cuento de hadas al que yo había dado un fatídico final; agarró las puntas de su vestido sin importar el murmullo que aleteaba a su alrededor.

Sus pasos se convirtieron en un suave trote, y este se volvió una carrera para escapar de aquel infierno. Pasó por mi lado sin ni siquiera dedicarme una mirada fulminante, creo que fue suficiente para que me sintiera culpable y nada victoriosa

El aire pareció volver a mis pulmones, tosí llamando la atención de los invitados, que aún seguían acomodados en sus sillas de madera, y me dirigí al templete donde se estaba llevando a cabo la boda.

No podía creerme que mi sueño estuviese tan cerca. Tan solo tenía que encontrarme con su mirada chocolate, hablar de mi extraña aparición en el momento más importante de su vida, y puede que con el tiempo nosotros pudiésemos...

Cuando Bryce se giró, la sangre se me heló por completo. No me encontré con esa mirada juguetona que tanto echaba de menos; unos ojos azul oscuro me escrutaron de manera fulminante, toda mi fortaleza se hizo cenizas a su paso.

—Tú no eres Bryce...

—Muy evidente, Blancanieves.

Mi corazón dejó por completo de latir, miré hacia todos lados con la intención de despertar de aquella pesadilla en la que me había metido. Autumn estaba en mi punto inicial, jadeando desesperada; al parecer era eso lo que intentaba decirme mientras corríamos con la intención de darnos de bruces con la realidad: el hombre que se estaba casando no era Bryce sino su mejor amigo: Nathaniel Carter.

Y acababa de joderle su bonita y perfecta boda.

Capítulo 2

Mi mundo hecho trizas

Nathan

—¿Hay alguna posibilidad de que dejéis de reíros? —gruñí molesto, mirando simultáneamente a mis dos amigos. Al parecer estaban muy felices de mis desgracias mientras se acomodaban en sus sillas de cuero marrón disfrutando de nuestra conversación—. Porque no tiene ni puta gracia.

—Vamos, Nathan, no ha sido para tanto. —Bryce, con su típico gesto chulesco, se acomodó de lado en su asiento, cruzó una pierna sobre otra y mostró uno de sus colmillos—. Es lo más interesante que te ha pasado en años.

—No necesitaba que mi vida se convirtiera en la nueva película de Sandra Bullock —dije exasperado—, no sabes con cuánta mierda voy a tener que lidiar ahora.

—Te has librado de un matrimonio sin amor. —Vincent, mi otro colega, se echó hacia adelante para coger la carta. Siempre quedábamos en Thinking Cup para ponernos al día. Mi trabajo no me permitía reunirme con regularidad, así que intentaba encajar aquellos momentos de la mejor manera posible—. Puede que hubiese sido un gran acuerdo con la familia Cooper, pero ¿después?

—Lo dice el que se casó por amor y vive abrazado a la lavadora de su exmujer. —Estalló en carcajadas Bryce, llevándose consigo la mirada fulminante de nuestro amigo—. ¡¿Qué?! ¿Acaso no es cierto? Has terminado siendo el

felpudo de una de las mujeres más exitosas de Boston. No sé cómo no has cogido las maletas y te has largado con tus padres a California.

—¿Para aguantar los discursos de mi madre y que me recuerde lo decepcionada que está? —Alzó una ceja conforme negaba con la cabeza—. No, gracias. Prefiero seguir comiendo fideos instantáneos durante semanas antes que tener que lidiar con más ansiedad.

—¿Fideos instantáneos? —Bryce se mordió el labio inferior—. ¿Qué fideos instantáneos vas a comer si te está pagando la comida?

—¿Vas a recordarme que me estoy aprovechando de Autumn? Porque no necesito que me lo digas tú para saberlo.

La voz de Vincent pareció alzarse por encima de nuestras cabezas, el ambiente se caldeaba por momentos, y si mi colega perdía los estribos no iba a separarlos. Bryce y él eran diferentes: mientras que al primero le importaba poco ir en contra de todo, Vince vivía en una continua nube gris tras su divorcio.

—¿Podéis relajar la masculinidad durante unos segundos? —suspiré acariciándome el puente de la nariz—. Me dais dolor de cabeza.

—De todas formas, no estábamos hablando de mí —recordó Vincent mientras optaba por lo más económico de la carta—, sino de qué piensas hacer ahora. ¿Por qué terminó irrumpiendo en tu boda si buscaba a Bryce?

—Porque soy el guapo —dijo él guiñándole el ojo a la camarera mientras se cruzaba de brazos—. En realidad, se equivocó de boda. Zander me comentó que estuvo mirando sus redes sociales y él estaba en tu celebración, no en la mía.

—Winter, siendo la torpeza personificada como de costumbre —suspiré nuevamente—. Mis inversores están que echan humo por la imagen que he dado. Y no solo eso, íbamos a cerrar un jugoso trato con Danvers, pero como es evidente, se han echado hacia atrás por mi bonita fama que ha corrido como la pólvora en cuestión de pocos días.

La camarera volvió con nuestra orden, le dedicó una bella sonrisa a Bryce, que prometía un encuentro después, y dejó la comanda sobre la mesa. Fruncí el ceño un tanto asombrado al ver que había sido el único en pedir un café negro. Vince había optado por un refresco y Bryce contaba con un enorme crepe repleto de fresas, plátano y sirope de chocolate.

—Una pregunta estúpida. —Deslicé la mirada hacia Vince, que hacía tintinear el hielo en su vaso—. ¿No te casaste ayer, B? ¿No se supone que cuando uno se casa deja la putería?

—Bueno, sobre eso... —Carraspeó haciéndose el idiota. Ese simple gesto me hizo percatarme de que la mía no había sido la única boda fallida en los últimos días—. La soltería no quiere abandonarme, por eso voy a acostarme con esa

bonita pelirroja que no deja de ponerme ojitos.

—¿Y Shelly?

—En su casa, supongo. —Encogió los hombros restándole importancia—. ¿Cómo lo voy a saber?

—¿Qué le hiciste?

El silencio incómodo por parte del más divertido de nuestro grupo comenzó a preocuparme considerablemente. Bryce no era una persona que se callase ningún pensamiento. No solo destacaba por sus brazos tatuados, sus mechones castaños y su barba perfectamente perfilada; también lo hacía por su sinceridad desmedida.

—Esta vez no puedo ponerme el título de «polla inquieta» —cortó con delicadeza el crepe y se lo llevó a los labios—, especialmente cuando fue ella la que se estaba acostando con su mejor amiga. ¿Os acordáis de Jenna? Es la chica que la acompañó a la prueba del vestido, con la que salía a cenar, de fiesta y a la que se tiraba mientras yo intentaba dejar la putería a un lado. Supongo que es el vivo ejemplo de que hay tías que son igual de inquietas que nosotros.

—¿Estás cabreado porque te puso los cuernos con una mujer? —pregunté con cierta preocupación.

—Estoy enfadado porque era la primera vez que confiaba en alguien de verdad —dijo de forma sincera—, no por su condición sexual. Y sin duda será la última: vivo mejor sin deberle nada a nadie.

Pasamos parte de la mañana intentando desviar la atención de nuestro amigo. Les hablé de mi nuevo proyecto en la empresa, de las continuas ofensas de mi familia al confirmar que Spring Cooper no sería mi mujer y de mi desesperación con los rumores. Vincent comentó que la culpabilidad atacaba su sueño cada noche. La inquietud que le había provocado lo hacía danzar por su pequeño sótano como alma que llevaba el diablo; no solo había vuelto a fumar, sino que el primer aniversario de su divorcio lo estaba matando.

Agradecí aliviar mis inquietudes. No era un hombre al que le gustase demasiado hablar de sus sentimientos, pero el café me supo amargo en el paladar y necesitaba aligerar la carga que descansaba sobre mis hombros.

—Ahora que lo estoy pensando... —Vince me hizo escapar de mis pensamientos, levanté con lentitud la cabeza y lo observé con cautela—. No has dicho nada sobre Winter, Bryce. ¿No te da sentimiento su forma de llegar a ti?

—La verdad es que no —admitió frunciendo el ceño—. Nunca he estado enamorado de Winter. Compartimos muchos momentos en la universidad, pero mientras ella me veía como a un héroe, yo seguía haciendo de las mías. No sé por qué ha llegado a la conclusión de que ser temeraria me haría cambiar de opinión. Además, tú te acostaste con ella, ¿verdad, Nathan?

—¿Te acostaste con Blancanieves, Nat? —Vincent me miró asombrado. Era un tema que no había hablado con nadie, cada vez que lo recordaba me frustraba—. ¿Por qué no me lo habías dicho nunca?

—Porque no hago una lista de todas las mujeres que pasan por mi cama, Vince.

—No seas mentiroso —canturreó mi otro amigo—. Ha ignorado ese pequeño detalle porque le tocó las pelotas. Qué casualidad que sea ella quien haya jodido tu boda.

Chasqueé la lengua, molesto. Se suponía que el recuerdo de Winter Adams debía quedar en un rincón de mi mente. Aislado y sin ningún ápice de salir a la superficie. Porque cada vez que emergía, me recordaba lo gilipollas que había sido; no tenía edad para aguantar tonterías.

Ya no era un universitario que sintió curiosidad por la chica que parecía hecha de nieve. Era un empresario con demasiados problemas en la cabeza y no estaba dispuesto a aguantar las dudas de nadie.

—Para mí no existe —aclaré restándole importancia—, la universidad quedó atrás; lo único que me preocupa es que sus locuras me hayan puesto en el punto de mira y es algo que no puedo tolerar.

—¿Y qué harás? —Bryce alzó las cejas, burlón—. ¿Vas a hacer como Vincent y fingir que podéis tener una buena convivencia mientras os tiráis la cubertería entera?

Sus palabras me dejaron anonadado durante unos instantes. Me sorprendía la facilidad que tenía mi amigo para dar con la solución más acertada. No pensé en la posibilidad de llevar la situación a mi terreno, tan solo quería que mi desastre se redujese a cenizas cuanto antes; y si tenía que hacerlo llevándome a Winter a mi territorio, estaba dispuesto a hacerlo.

—Te lo estás pensando, Nathan —Vince nos miró consecutivamente—, y es una mala idea.

—¿Por qué? —inquirí con curiosidad—. Tomó la decisión sin pensar en las consecuencias y toda elección las tiene.

—Esto se va a poner interesante. —Bryce curvó sus labios hacia arriba, parecía disfrutar demasiado lo ocurrido—. ¿Cuánto tardarás en terminar en su cama, Nat?

—Se trata de una función, no de un amor de folletín.

—Vais a terminar muy mal. —Vince acarició sus mechones oscuros hacia atrás—. Ni siquiera sabes si va a acceder a algo así.

—No tiene opciones. —Arrastré la silla para darme la oportunidad de levantarme, sacudí las arrugas de mi chaqueta en tono oscuro y abroché el botón

del centro—. De hecho, voy a hacer que no las tenga.

—¿Qué quieres decir?

—Tu mujer y ella son muy amigas —le recordé de manera casual—. Incluso la vi acompañar a Winter el día de mi boda.

Mi amigo no estaba al tanto de aquel diminuto detalle. Puede que conviviese con su exmujer, pero no solían compartir todo el tiempo juntos. Parpadeó un tanto sorprendido al imaginarse a Autumn Miller corriendo tras nuestra torpe Blancanieves mientras maldecían en voz alta, y me pareció ver en su rostro una nostálgica sonrisa.

—Ya sé que son amigas, Nathan.

—Pues vas a decirme dónde trabaja Blancanieves, si está siendo mantenida por el príncipe azul o si trabaja para los siete enanitos.

Ellos se miraron sin dar crédito a mis palabras. Conocían mi parte más tranquila, pero ahora que mi mundo estaba hecho trizas, debía sacar otras facetas de mí. Entre ellas la que iba a colocar a Winter en el lugar que necesitaba. De esa manera, la prensa perdería la voz y yo retomaría mi apacible y aburrida vida.

Capítulo 3

Vivir en la mansión de Barbie

—¿Es mi impresión o estás huyendo?

La voz de Autumn me hizo poner los ojos en blanco. Para ser una persona influyente en redes sociales tenía demasiado tiempo libre.

—Estoy trabajando —le recordé alzando mi mano para mostrarle le aplicación que usaba mi empresa para comprobar los precios—. Ya sabes, eso que se hace sin ganas para conseguir un sueldo a final de mes y poder darte un capricho.

Ella torció los labios en un mohín un tanto adorable. Debo admitir que iba preciosa con aquel vestido marrón chocolate con estampado de flores. Había recogido su larga melena rubia en una coleta baja y la línea del ojo era tan firme que parecía un cuadro de Da Vinci.

La mañana en Economy True Value, la tienda donde trabajaba, me estaba resultando demasiado aburrida. No solo parecía que sería un día con pocos clientes, sino que hacer inventario me daba ganas de bostezar. Agradecía enormemente que mi horario fuese de solo tres días a la semana, porque trabajar en una ferretería no era lo mío.

—Sé en qué consiste, Winter. —Se acomodó en una de las sillas plegables que había en el pasillo y se cruzó de piernas—. Lo que quiero decir es que parece que estás bajo arresto domiciliario: vas del trabajo a casa y de casa al trabajo.

«Es que la he cagado suficiente en un solo día».

—Estoy bastante ocupada.

—Eso díselo a otra que no te conozca. —Se cruzó de brazos buscando la verdad en mis palabras—. Nathan no va a venir a esposarte, si te sientes tan mal podrías escribirle por redes sociales y disculparte.

—¿Y qué le digo, Autumn? —Me giré mostrándole mi ridícula gorra en tono azul que hacía juego con el delantal del uniforme—. «¡Hola, Nathan! ¿Te acuerdas de mí? Sí. Soy aquella idiota que correteaba detrás de Bryce en la universidad, esa con la que te acostaste, te ignoró y jodió tu boda».

—Yo habría abreviado un poco.

—De todas las metas que quería ponerme en estos meses, lo último con lo que contaba era encontrarme con él —aseguré escaneando el código de barras de una de las latas de pintura en tono salmón—. Se merecía ser feliz, espero que haya podido solucionar mi modo Cameron Díaz y se haya ido de luna de miel. ¿Sabes algo al respecto?

—Sé que Vincent fue a verlo esta mañana —dijo de manera casual mientras miraba su móvil—, siguen siendo amigos y de vez en cuando se reúnen en alguna cafetería.

—Pensaba que no te hablabas con él. —Fruncí el ceño un tanto extrañada, las manos me sudaban debido a los guantes blancos que llevaba, los metí en mi bolsillo y suspiré—. ¿Estáis en otra fase del divorcio?

—Que sea mi ex no significa que tenga prohibido dirigirle la palabra. —Se levantó con aquella elegancia tan destacable en ella, no me extrañaba que dejara anonadada a toda persona que pasase por su lado—. Me preguntó qué tal la experiencia de irrumpir en una boda ajena, le dije que no volvería a correr de esa forma nunca y me dejó caer que sería interesante verme apostar por lo que yo quiero con toda esa insistencia que uso para ayudarte a ti.

Nos quedamos en silencio durante unos instantes, sabía que Vincent todavía no había superado el divorcio, pero mi amiga estaba en el mismo punto de la relación. Me percataba de que había intentado conocer a otros hombres, su trabajo le permitía danzar por un mundo competitivo y repleto de gente; sin embargo, nunca volvía con una anécdota que iluminase sus ojos azules.

—¿Cuánto tiempo vas a seguir mintiéndote?

—Quizá cuando la gente deje de pedirte autógrafos pensando que eres Katy Perry. —Llevó su dedo índice de manera pensativa—. Es decir, nunca.

El sonido de las dobles puertas llamó mi atención, me centré en el cliente. Ya estaba preparada para dedicarle mi mejor y fingida sonrisa. Toda mi fortaleza se redujo a cenizas cuando me encontré con aquellos ojos azules que parecían fulminarme con la mirada. Sus pasos decididos y la ridícula manía de los

empresarios de entrar a un sitio y abrocharse el botón de la chaqueta me hicieron querer salir corriendo.

—No me jodas —susurré tirando del vestido de mi amiga—, creo que mi subconsciente me está jugando una mala pasada, pellízcame.

Ella, ni corta ni perezosa, no dudó en apretar un trocito de mi piel y torcerlo hasta que me hizo maldecir. Solté un quejido que llamó la atención de Nathaniel, había venido con la intención de dar conmigo.

Podía admitir para mis adentros, mientras me sobaba la parte afectada de mi brazo, que estaba impresionante. Aquel hombre había cambiado mucho con el paso del tiempo. Tenía el pelo perfectamente recortado por ambas partes de la cabeza, donde destacaba un reflejo blanquecino por la edad. La barba que siempre se negó a llevar estaba recortada de manera impoluta sobre su rostro, y su aspecto era el propio de un empresario que hace y deshace a su antojo.

—¿Crees que me confundirá con Katy Perry y me libraré de esto?

Autumn me miró de soslayo, alzando una de sus cejas.

—No te lo tomes a mal, pero estoy a tu lado —dijo sin dejar de mirarme—; no suelo ir a desayunar con ella, ni se pondría ese uniforme para ir a una ferretería. Aunque tampoco creo que fuese a ninguna...

—Gracias, me siento más tranquila —susurré con ironía—. ¡Mierda, viene hacia aquí!

Nathan se detuvo delante de nosotras como un depredador que se encuentra a escasos metros de su víctima. Me mordí el labio inferior con cierta impotencia, no sabía si debía saludarlo como si nada o salir corriendo y dejarlo con la palabra en la boca.

—Autumn —saludó él con su bonito y elegante tono aterciopelado—, parece que el divorcio te sienta bien.

—Suele pasar cuando tienes la infelicidad y las mentiras lejos de ti —contestó en un tono mordaz mientras nos miraba a los dos—. Yo debería volver a mi oficina, seguro que me necesitan allí.

—Puedes quedarte.

—Tiene que irse —dijo Nathan llamando mi atención—, debemos hablar, Blancanieves, así que no uses a tu amiga de escudo.

«Mierda».

Nathan esperó como un guardaespaldas a que terminase mi turno. Me hubiese gustado que se hubiera cansado, incluso pensé en la posibilidad de salir por la puerta del personal para escabullirme de él. Pero había decidido hacer frente a mi timidez; y si tenía que enfrentar a ese hombre para escapar un poco de mi zona de confort, lo haría.

—¿Estás lista?

—Siento que me estás secuestrando, más bien —suspiré mientras caminaba a su lado en dirección a Caffe Bene, me encantaban los gofres con trocitos de fresa de allí—. ¿Vas a denunciarme?

—¿Por joderme la vida? —soltó mordaz, observándome de soslayo—. No creo que una demanda sirviese de mucho.

No fui capaz de contestarle. Me hice pequeñita como de costumbre, entramos en el establecimiento disfrutando del dulce olor a *croissant* recién hecho y chocolate caliente. Me senté en una de las mesas de madera cercanas a las cristaleras, desde allí se observaba la calle por la que habíamos llegado.

—¿Podrías decirme qué quieres de mí? —dije llamando su atención mientras hacía un barrido visual desde nuestra posición—. Quizá si hablase con tu prometida, la convencería de...

—No tienes que hablar con nadie, Winter —me cortó alzando su mano para que el camarero nos tomase nota—. Si quisiera que le dieses explicaciones a Spring, hubiese venido al día siguiente y no considero que sirviese de nada.

—¿Entonces? —pregunté de nuevo deslizando mi dedo sobre la imagen del gofre repleto de fresas que iba a degustar como una posesa—. Si no has venido a traerme una demanda ni quieres que hable con tu exprometida, ¿qué buscas de mí, Nathaniel? Porque si quieres que te compense económicamente, puedes acomodarte en esa silla.

—Deseo soluciones —comenzó a decir con aquella tranquilidad que tanto le caracterizaba—, y tú puedes proporcionármelas. He estado pensando en lo ocurrido estos días. No solo has roto un enlace provechoso, sino que gracias a tu impulsividad estoy en el punto de mira como uno de los empresarios más puteros de Boston.

—¿Y cómo esperas que solucione yo algo así? —Alcé una ceja sin entender muy bien sus palabras—. Ni soy empresaria ni tengo poder en tu mundo.

—Vas a venir a vivir conmigo —finalizó el problema sin más—, te harás pasar por mi pareja y terminaremos con las habladurías en unos meses. Cuando todo se haya calmado, volverás a tu mundo, y yo olvidaré este mal trago y respiraré en el mío.

Mis labios se abrieron debido a la sorpresa. No sé exactamente qué esperaba escuchar, pero creo que aquello se escapaba de mis pensamientos. Desde mis encuentros con Nathan, él y yo no habíamos vuelto a tener ninguna conversación. Por mi forma de actuar suponía que se vengaría, no contaba con que quisiera llevarme a vivir a la mansión de Barbie.

—¿Qué te hace pensar que voy a decir que sí?

—Porque no tienes opciones. —Encogió los hombros restándole importancia—. La situación no baila alrededor de tu escarcha, Winter, ahora soy yo quien decide cuándo se deshace la nieve de tu alrededor.

La voz no escapó de mis cuerdas vocales, no sabía cómo librarme de todo aquello. Podría haberle dicho que no sacaría beneficio fingiendo ser su pareja, pero la frustración en sus ojos azules me recordó a aquel chico perdido que había dejado atrás.

—Solo serán unos meses, ¿no?

—No tengo intención de que se alargue.

Esa noche Nathan me hizo pausar mi vida mientras me llevaba al condado Suffolk, al sur de Nueva York. Todo a mi alrededor perdía nitidez mientras me acomodaba en la ventanilla del copiloto de su coche. No sabía si sentirme aprisionada por su decisión o notar ligereza al aliviar su decepción hacia mí.

Cuando llegamos al garaje y subimos en el ascensor hasta la última planta de su edificio, las piernas me temblaban. Tenía mucho miedo a lo desconocido, a las miradas juiciosas de los demás y a sus sonoras carcajadas. El leve tintineo nos dio la bienvenida, me condujo hasta la última puerta del pasillo; giró la llave con delicadeza y me invitó a su pequeño mundo.

Mis deportivas repiquetearon sobre el blanquecino suelo que decoraba la enorme estancia. Di unos pasos a su interior, deleitándome con una cocina en tonos plateados y una pequeña mesa ovalada de madera; a su derecha descansaba un sofá de dos plazas en el mismo tono. Un par de estanterías se alzaban delante de él, y en el centro se encontraba la televisión.

—Las dobles puertas que ves tras el sofá dan a la habitación —dijo él a mi espalda—. El baño está detrás del mueble de la cocina, y las escaleras que dan a la planta superior llevan a una pequeña terraza donde hay una mesa para tomar el desayuno.

—¿Y cómo vamos a dormir si tienes solo una cama? —pregunté en un hilo de voz—. ¿Me harás dormir en el sofá?

—Tranquila, Blancanieves —curvó sus labios hacia arriba de manera divertida—, vas a vivir en la mansión de Barbie, no en un albergue. Puede que no esté contento con la situación, pero soy un caballero.

—¿Eso significa que te quedarás en el sofá mientras esté aquí?

—No —negó con la cabeza con suavidad—, significa que compraré una cama para ti que...

—¿Pondrás en el salón? —interrumpí algo nerviosa.

—Estará en la habitación —contestó sin más—. ¿Echabas de menos los tiempos en la residencia? Porque esto será como volver a aquella época.

Si pensaba que de esto podría salir una nueva amistad entre nosotros, recordé que los enanitos no existían en la actualidad y que el amigo del príncipe era más parecido a un ogro poco hospitalario que a un caballero.

Capítulo 4

La mujer de Kennedy

La primera noche en el ático de Nathaniel Carter fue un auténtico desastre. No podía decir que se comportara mal conmigo, su forma de tener una tregua entre nosotros era proporcionarme una parte de su armario y del sofá.

No estaba muy de acuerdo en volver a la época universitaria donde tus zonas privadas pasaban a ser comunitarias. Desde que me gradué había desechado la idea de compartir mi espacio con nadie. No tenía ningún trauma, pero en mi pequeño apartamento de una sola habitación, donde si me despistaba podía abrazar el váter, no tenía que darle explicaciones a nadie. Y esa sensación, tras años siendo señalada con el dedo, era gratificante.

Pasé parte de la noche en el sofá, a pesar de sus protestas. Consideraba que debía estar prohibido que nadie durmiera en un sofá más de dos horas seguidas, pero compartir cama con una barrera de cojines limitando la distancia me resultaba una auténtica idiotez.

Me enfrasqué en las series turcas del canal veintiocho, mandé miles de mensajes a Autumn, hasta que me recordó que no era prima de Drácula y que tenía que irse a la cama. Dancé de una postura a otra hasta que decidí subir las escaleras que daban a esa bonita terraza; si estuviésemos en el campo, me habría enamorado de la cantidad de estrellas que decorarían el cielo esa noche.

Mi melena azabache se mecía al compás de la suave brisa, me abracé un poco a mí misma, pensando en cómo había aceptado una situación como esa. Era

cierto que Nathan y yo fuimos amigos los dos últimos años que estuvimos en la universidad, pero destruí nuestra confianza cuando la amistad rozó unos límites que no deseaba vivir con él: lo usé buscando el calor de sus palabras, lo abracé olisqueando esa fragancia marina que me hacía estar como en casa y le entregué mis inseguridades, pero nunca mi corazón.

«Y huiste hasta el día de hoy».

—¿Una mala noche?

Di un pequeño brinco al escuchar su voz a escasos centímetros de mí, me giré de manera torpe y le dediqué una fingida sonrisa.

—¿Tú tampoco puedes dormir?

—¿Sabes que es de mala educación responder a una pregunta con otra? —Alzó una de sus cejas mientras acomodaba las manos dentro de los bolsillos de su pantalón.

Su aspecto desaliñado me hizo ver al chico que yo conocía. Iba descalzo, con la parte inferior de su pijama de cuadros azules y una básica del mismo tono. Me centré en sus facciones, en el aspecto cansado que destacaba bajo sus ojos, pero me mordí la lengua para no preguntarle.

—Será una de tus nuevas normas como empresario. —Encogí los hombros restándole importancia—. La curiosidad nos hace inteligentes, no maleducados.

—No has cambiado nada, Blancanieves.

Torcí el gesto, odiaba que siguieran llamándome así.

—Sabes que no me llamo así. —Deshice el abrazo que intentaba protegerme del aire nocturno y me acerqué a él—. Puede que no haya cambiado demasiado, pero sí tengo en mente hacerlo.

—Es solo un apodo.

—Blancanieves necesitaba ayuda para volver a respirar. —Hice una breve pausa—. Necesitaba los labios del príncipe para vivir y tener su cuento perfecto. Lo único que deseo yo de toda esa historia es encontrar el aire que le faltaba a ella.

Nathan me escrutó durante unos segundos, su semblante mordaz desapareció en un mísero instante. Decidí pasar por su lado, aún tenía que darme una ducha antes de prepararme para ir al trabajo, hoy tenía que cuidar a los hijos de Greta y hacer mi turno en la ferretería.

Dio unos pasos hacia adelante para detener mi huida, suspiré un poco ansiosa de comenzar la vida en pareja y sus discusiones tan pronto.

—¿Dónde vas?

—A prepararme, tengo que trabajar en unas horas.

—No irás —dijo de una manera tan tajante que fruncí el ceño—. He hecho

café, sírvete y acomódate en el sofá, tenemos que hablar sobre nuestros planes de hoy.

Me mordí el labio inferior un tanto molesta, creo que al único que permitía negarle algo era a mi padre.

Descendí los escalones de dos en dos, el suave aroma del café acarició mis fosas nasales y agradecí que ese pequeño mimo aliviase la tensión de mis músculos.

—Pensaba que iba a ser tu novia en las sombras —alcé un poco la voz mientras vertía el café humeante en una taza de color azul—, porque si vas a ser mi carcelero mejor me marcho.

—No intentaba decirlo con esa intención. —Nat echó algunos mechones canosos hacia atrás, me dio la impresión de que sus palabras rugían más que él mismo—. Lo siento. Estoy acostumbrado a tenerlo todo bajo control; si hay algún detalle que se queda en el aire, intento solucionarlo cuanto antes.

—Supongo que tú sí has cambiado.

—Sí, lo he hecho —admitió sentándose a mi lado en el sofá—, ya no me ilusiono con nada hasta que estoy completamente seguro.

Nos quedamos en silencio mirando hacia el televisor. Estaba apagado, pero no parecía importarnos a ninguno de los dos. Mis pulgares acariciaron el asa de la taza con suavidad, y concluí que callar mis pensamientos como hacía siempre no era la mejor decisión.

—¿Puedes explicarme por qué no puedo ir a trabajar? —Lo miré con curiosidad—. Espero que no seas un asesino en serie y te estén buscando.

—Es un motivo más cotidiano, Winter.

—Tú dirás.

—Tengo que reunirme con mis inversores en George Wright Golf —comenzó a decir con lentitud—. Vamos a jugar mientras hablamos de negocios y necesito que vengas conmigo.

Parpadeé sintiéndome la mismísima mujer de Kennedy. Deduje que esa interpretación era importante para su negocio, pero no había jugado en mi vida al golf y era tan torpe que, quizá, si levantaba el palo mataba a alguien sin querer.

—¿Esto estaba dentro de nuestro acuerdo «Me has jodido la boda»?

Él enarcó una ceja.

—¿Cómo voy a demostrar que no me acuesto con cualquiera si no voy contigo de la mano?

—Te dejaré en ridículo... —dije sin ni siquiera pensar en mis palabras. La sola idea de presentarme delante de personas que no conocía, fingiendo ser

alguien que no era, me inquietaba—. ¿No hay algún lugar donde pueda esperarte?

Nathan me miró durante unos segundos, se levantó del sofá y caminó hacia la habitación; desde allí me miró con su semblante serio.

—Eres mi novia, aunque sea de manera fingida, como tal te trataré como mereces y te aseguro que nadie pensará nada malo de ti.

—¿Entonces puedo ir a trabajar mañana?

—De eso nada.

—¡Pero has dicho que nadie me juzgará! —Me levanté ofendida—. ¿Pretendes que viva del aire?

—Yo me encargo de todo, tú solo limítate a ir de mi brazo.

«Prepotente y gilipollas».

***

George Wright Golf nos recibió con una horrible temperatura de veinticinco grados, unos campos de golf demasiado grandes para mi gusto y unos inversores que no me quitaban la vista de encima.

No sé cómo podía importar tanto la vida sentimental de un director ejecutivo que hacía bien su trabajo; si ejercía sus funciones con eficacia no entendía por qué se tenía que juzgar lo que hiciese fuera de la empresa.

«Parece que tienen visión láser e intentan descifrar el nombre de la última persona con la que me he acostado. Lo siento, solo vais a encontrar telarañas».

—Señores —Nathan estrechó la mano con ellos—, al parecer hemos elegido un día poco típico de invierno.

—No se preocupe, Carter —dijo el más alto de los tres, mostrando su chándal de marca—, para los negocios no importa la temperatura que haga.

—Deberíamos pasar al primer hoyo antes de que las ideas se esfumen de nuestras mentes —contestó el más cercano, con su destacable bigote y su semblante regordete—. ¿No deberías presentarnos a tu acompañante de hoy?

—Es Winter Adams, mi pareja. —Nathan apoyó una mano en la parte baja de mi espalda, noté un cosquilleo extraño en mi piel, pero intenté ignorarlo—. Winter, ellos son el señor Burnes y el señor McGregor.

—Es todo un placer —sonreí utilizando ese gesto tan propio que usaba en la ferretería—, espero que la larga caminata hasta el hoyo valga la pena.

Burnes se rio de manera estridente, mi sinceridad le debió parecer el mejor

chiste que había escuchado en su vida.

—Debo admitir que es una belleza y parece tener más temperamento que la hija de Cooper.

«Qué manía tenéis los hombres con comparar a mujeres diferentes».

—Sin duda es una caja de sorpresas, ¿comenzamos?

Emprendieron el paso, el interés por cerrar el trato con Nathan les parecía más jugoso que contemplar a su nueva conquista. Seguía pensando en por qué no le había enseñado un dedo y me había marchado a casa de mi mejor amiga para quejarme de los hombres. Supongo que era así de masoquista: prefería arreglar heridas que debían haber desaparecido con el tiempo.

Observé mi alrededor con cierta envidia. Mi mirada grisácea había interceptado una pequeña cafetería repleta de sombrillas en color rojo. Me habría encantado desviar mis pasos hacia el lugar, pero no quería parecer esas típicas mujeres que alzaban la barbilla al cielo y actuaban de manera egoísta.

—Winter.

Nathan se quedó rezagado con la intención de buscar algún motivo a mi manera de escabullirme. Sus pantalones blancos, la camisa de tono rosa y el jersey sobre sus hombros le daban un aspecto casual que me desarmaba por completo. Era consciente de lo importante que era para él todo esto, por eso intenté danzar alrededor de sus normas para no liarla demasiado.

—¿Crees que podría ir hasta esa explanada del infierno por mi cuenta?

—Si sabes llegar, sí —dijo sin darle demasiada importancia—. Ten cuidado. Si puedes decirle a alguien que lleve nuestras bolsas con los palos, te lo agradecería.

Él retomó la charla con Epi y Blas mientras yo me escabullía hacia los carritos de golf que se alquilaban para hacer el recorrido con elegancia. Con una sonrisa victoriosa en mis labios, di el nombre de mi novio de mentira para subirme a uno; si había que pagar algún depósito lo haría él de la misma forma desinteresada con la que yo no había ido a trabajar.

—A esta belleza le falta una radio —susurré mientras me subía en la parte del piloto. Hice un barrido visual para comprobar si se conducía de la misma forma que un coche y recogí las tres bolsas de golf, con mis gafas de sol y *California Girls* en mi cabeza—. Vamos, pequeño. Vamos a demostrarle a don Perfecto que no se nos da mal sobrevivir en un mundo ajeno al nuestro.

Pisé el acelerador con efusividad, diversión y el sabor de la victoria en el paladar, giré el volante con la velocidad acariciando los mechones oscuros que escapaban de mi larga trenza y me dispuse a llamarlo a gritos.

—¡Eh, Nathan! —Alcé una de mis manos, saludándolo de manera efusiva. No

sé qué pasó por su cabeza, pero no dejaba de mirarme como si hubiese atropellado a toda su familia—. ¡Ya voy!

—¡Winter, espera!

—Ya estoy llegando, dame un minuto para esquivar esa montaña de hierba.

Mi maestría debía ser impoluta, tan solo tenía que girar el volante con coquetería. De esa forma llegaría delante de aquellos tres hombres que pensaban que era una chica sin neuronas en la cabeza.

El problema fue que no conté con que la velocidad me jugaría una mala pasada, que no calcularía bien la manera de esquivar ese maldito montículo de tierra para llegar de manera triunfadora. Así que, con mi saludo tan propio de Jacqueline Kennedy, el carrito se alzó en dos ruedas, quedándome atrapada por la parte donde yo me encontraba.

«Si es que no se me puede sacar de casa».

No llegué a sentir el impacto mucho más allá que un dolor incesante en el codo. Cuando abrí los ojos y me deslicé con mi peinado deshecho, mi sonrisa avergonzada y mi cuerpo escurriéndose por la parte del copiloto, me encontré con unos ojos tan azules que no supe si querían asesinarme o abrazarme con todas sus fuerzas.

—¡Estoy bien! —grité con la intención de calmarlo, aunque por la forma en que me juzgaba todo el mundo entre risas, solo deseé esconderme dentro del carrito y no salir hasta dentro de mil años como mínimo.

Capítulo 5

Baúl de inferioridad

Nathan

—Así que debes quinientos dólares por el depósito de un carrito de golf y por los daños ocasionados por una Winter que se pensaba que estaba en Las Vegas.

El leve trote de Bryce me hizo poner los ojos en blanco. Quizá pensaba que estaba enfadado con Blancanieves por su aparición interestelar delante de mis inversores. Pero, por el contrario, había sentido que el corazón se me escapaba por la garganta cuando la vi sonriente, con sus manos alzadas, cayendo de bruces contra el suelo.

—Me importa más la vida de una persona que el puto dinero —dije de manera tosca mientras me agazapaba esperando su ataque—; lleva un cabestrillo, podría haberse roto el brazo.

—No lo digas como si hubiese sido yo quien la hizo caer al suelo, Nat. —Torció los labios colocándose en posición de defensa—. Todos tus problemas no giran alrededor de mí, y si quieres darme una paliza es el momento idóneo.

—Empiezo a pensar que te das por aludido con cualquier cosa que digo de ella. —Mi tono fue tembloroso, no me gustaban demasiado las discusiones, pero odiaba la despreocupación de mi amigo por los demás. A veces me preguntaba si detrás de toda esa piel habría un corazón helado—. ¿Alguna vez sentiste algo por ella?

—¿Por qué no me pegas una paliza en el *ring* y después hablamos?

Retrocedí unos pasos, exasperado, quise quitarme los guantes y salir del cuadrilátero.

Había decidido ir esa mañana al gimnasio de Hooke, un colega de la universidad que competía de manera profesional en las pistas de atletismo. En aquellos últimos años se atrevió a montar su propio gimnasio para deportistas. Por eso Bryce y yo nos animábamos a boxear algunos días en los que yo no necesitaba estar presente en mis reuniones o había hecho las horas extras suficientes para que nadie me echase de menos.

—Eres un capullo.

—Ya lo sabías.

Me atreví a darle un golpe lateral con la intención de llegar a su rostro. Mi colega chasqueó la lengua y se protegió con ambas manos. Quiso despistarme con sus movimientos de derecha a izquierda; sin embargo, estaba tan acostumbrado a entrenar con él que conocía sus secretos.

Bryce intentó propinarme un golpe desde abajo, eché unos pasos hacia atrás y le di un derechazo que lo hizo maldecir.

—¿Vas a contestarme?

—No me has ganado, Nat. —Mostró una media sonrisa tan pícara que desvié la mirada un tanto aburrido—. No empieces a hacer trampas.

—Me da la sensación de que te has vuelto a interesar por el mismo copito de nieve. —Me hubiera gustado no despistarme, pero era una persona que perdía el interés en lo banal, por lo que no conté con que aprovecharía la ocasión para propinarme un golpe directo a la mandíbula—. ¿Tantas ganas tienes de volver a la época universitaria? ¿Es por eso por lo que mi plan de aprovechar la situación te pareció tan bueno?

—Han pasado diez años y sigo sin entender por qué fuiste un amigo de mierda conmigo. —Bryce tomó una actitud defensiva, alzó sus brazos para resguardar su rostro de mis golpes—. ¿No se supone que los amigos se protegen un poco el culo?

—Estás enfadado.

—No es eso —negué quitándome algunas gotas de sudor que se deslizaban por mi frente—, quiero hablar contigo sin pensar que te estoy traicionando, joder.

La sonrisa de mi colega se evaporó en cuestión de segundos, incluso dio por finalizado nuestro entrenamiento quitándose los guantes. Algo me decía que había tocado un punto sensible que no creía encontrar en él, pero allí estaba turbando su mirada.

—Tú nunca me traicionarías —comenzó a decir en un hilo de voz—, ni tú, ni Vincent ni Zander; no lo haríais.

—¿Entonces qué sientes, Bryce? —suspiré acercándome a él—. Porque es una mierda tener que acertar lo que tienes en la cabeza.

—Te lo dije. Lo único que siento por Winter es cariño. Siempre se ha portado muy bien conmigo, a pesar de ver mi mierda no tuvo nunca malas palabras para mí. —Guardó silencio durante unos instantes—. Si llamé su atención cuando os acostabais fue porque no quería que te hiciese pedazos.

—¿Te estás escuchando?

—Soy muy consciente de lo que he dicho. —Su semblante se volvió oscuro y un tanto serio—. ¿De qué te sirve tirarte a una tía que tiene a otra persona en la cabeza? Puede que sea un mierda, Nathaniel. Incluso podría decir que mis escrúpulos se deshicieron hace muchísimo tiempo, pero no tienes que ser mi sombra para gustar a alguien. Supongo que eso es lo que hacen los amigos: proteger, aunque no vuelvan a mirarte.

Mi mirada azulada quiso traspasarlo, me habría encantado ver más allá de aquella fría armadura que lo envolvía, pero ni siquiera fui capaz de acortar la distancia entre nosotros.

—Soy mayorcito para enfrentar un corazón roto.

Bryce apoyó una de sus manos en mi hombro, me dio unas palmadas y rio de manera irónica.

—Por eso estás fingiendo una relación con la mujer que te hizo trizas —suspiró derrotado—, lo que tú digas, Nat. Pero como ya sabes, no todos decidimos cambiar con el tiempo, y puede que lo que no conseguiste en su momento sea imposible ahora.

Las palabras de Bryce me escocieron todo el camino a casa. Una parte de mí seguía enfrascada en el deseo de mantener todo bajo control. Quiso pensar que alzando la mano hacia Winter podría mantener el mundo que una vez se redujo a cenizas, pero por más que mis palabras mordaces se deslizasen por su cuerpo, no era capaz de dibujar cicatrices en su piel.

No era una persona que me moviese por la rabia, me bastaba estar tranquilo en mi zona de confort. Por eso me detuve en una pastelería, pedí varios *donuts* con coberturas de distintos sabores y aparqué el coche en el garaje con la intención de sacarle una sonrisa.

Desde que volvimos del George Wright Golf, Winter había perdido parte de su esencia. Parecía pensativa, como si no supiese con exactitud cómo dirigirse a mí. Cuando abrí la puerta y el dulce olor a algodón de azúcar me invadió, me sorprendió verla tumbada en el sofá. Por lo que había deducido en el poco

tiempo que llevábamos viviendo juntos era una persona inquieta, compartir su espacio la incomodaba bastante.

—¿Qué tal ese codo?

Sus ojos grises se encontraron con los míos, bajó sus pies del sofá un tanto avergonzada y me miró con una sonrisa.

—Está mejor de lo que parece —Winter alzó su hombro intentando controlar su ceño fruncido—, estoy acostumbrada a tropezar, caerme y quedar en ridículo.

—¿Eso es lo único que te preocupa?

—Y que pienso devolverte los quinientos dólares que tienes que abonar por el carrito de golf —hizo una breve pausa—, aunque si puedo ser sincera, me parece un robo a mano armada.

—¿Puedo saber por qué?

—¡La que se dejó medio codo en la hierba fui yo! —Su mohín incómodo me pareció adorable, pero intenté contener la carcajada—. Creo que si van a la pista encontrarán una parte de él allí.

—¿No decías que estabas bien?

Winter carraspeó, tirándose de uno de sus mechones azabache.

—Lo que quiero decir es que está bien que pagues el depósito, pero lo demás no. Así que me encargaré personalmente de dártelo en estos meses y no acepto una negativa, seguro que soy el hazmerreír de tu empresa.

Me senté a su lado, dejando la caja con los *donuts* sobre la mesa. Me había fijado que podía ser despistada y tener una sonrisa para todo el mundo, pero un halo de inferioridad la envolvía como si se tratase de una sombra que no estaba dispuesta a soltarla.

—Déjame ver ese brazo. —Extendí la mano—. Lo del dinero lo hablaremos más tarde.

—Está hablado —quiso zanjar el tema antes de que pudiera decir nada más —, y no acepto negativas.

—Te dije que yo me encargaba de tus gastos durante este tiempo, Winter.

—Deberías hacerlo si fuésemos pareja de verdad, pero no es el caso. —Su tono sonó preocupado, parecía darle demasiadas vueltas al asunto del campo de golf—. Así que déjame hacer las cosas a mi manera.

No insistí en llevar la razón, deshice el nudo de su cabestrillo y me centré en la venda que parecía cortar su circulación. Una vez que su piel dejó de estar oculta, contemplé con seriedad el hematoma: cubría parte del brazo y la hinchazón mostraba el dolor que intentaba esconder.

Fui a la cocina a buscar cualquier bolsa de guisantes congelados o ensaladilla que tuviese en el congelador, la envolví en un paño y se la llevé.

—Intenta alzarlo durante unos minutos mientras te aplicas el frío, después volveremos a vendarlo. —Señalé hacia la mesa—. Antes te gustaban mucho los dulces, te he traído algunos *donuts*.

—G-Gracias...

—Winter —la llamé encontrándome con su mirada—. Te pedí que me acompañaras para callar las habladurías, los percances no nos hacen peores personas.

—Solo nos dejan en ridículo.

Su preocupación turbó mi temperamento. Estaba tan afectada que me limité a abrir la cajita marrón que le había llevado y le metí un pastelito en la boca a pesar de sus protestas.

—Dicen que la nieve suele ser fría además de temperamental. —Mi voz tomó un tono burlón que le hizo cruzar los brazos—. Deja de derretirte por cosas sin importancia.

—Me derretiría por placer, no por culpabilidad, Nathaniel.

Separé los labios un tanto sorprendido, no esperaba esa respuesta. Carraspeé un poco centrándome en el programa del corazón que estaba viendo. En primera plana salía yo con mis gafas de sol y el móvil pegado a mi oreja. No sé en qué momento habían tomado esas fotografías, aunque tampoco me sorprendía: seguía siendo el interés de todo el mundo.

—¿Te sientes culpable por lo que pasó entre nosotros?

—Sí.

Volvimos a ese incómodo silencio que no nos beneficiaba a ninguno de los dos, no quería indagar en sus pensamientos. La conversación con Bryce había despertado aquel sentimiento de inferioridad que me seguía acompañando hasta ese momento. No sé cuándo se gestó, pero me afectaba a la hora de acercarme a alguien; era imposible dar una oportunidad que consideraba inútil. Quizá por eso, con el paso de los años, me había convertido en un lobo solitario.

—Nathan...

—Vivir contigo me da la estabilidad que necesito para sobrevivir, puede que no te importe, pero es por lo único que estamos haciendo esto. A veces las personas precisamos usar los trucos que nos ayudan a sobrevivir.

—¿Son como la carta de la suerte del Monopoly?

Mis labios se curvaron hacia arriba, apoyé la espalda en el sofá y suspiré un tanto cansado.

—Puede que sí.

Una calidez que no conocía me hizo dar un respingo, descendí con suavidad mi mirada hasta que contemplé cómo su dedo índice rozaba fugazmente el mío.

No dije nada al respecto, me limité a entrelazarlos de manera casual, como si fuese lo más común entre dos personas que tuvieron una historia que terminó de manera trágica.

—Entonces deberías enseñármelas, me vendrían geniales para protegerme de todo.

—Eres tu propio mundo, Blancanieves. Solo tú decides qué te hace temblar.

Por una vez en mucho tiempo me habría gustado pensar que el alivio que intentaba proporcionarle no lo esperaba de Bryce, sino solo de mí.

Capítulo 6

Ladronas de guante blanco

—Estoy empezando a pensar que eres otro de mis bonitos tapetes de *crochet*, Winter. —Autumn me miraba de soslayo, intentaba mostrar su lado más profesional mientras tecleaba en el portátil—. ¿Puedes dejar de tumbarte en mi mesa?

—No me estoy subiendo encima ni te estoy bailando sobre ella. —Torcí los labios mientras contenía un gemido de frustración—. Mi vida se está convirtiendo en una comedia romántica, tiene que ser una pesadilla. No, no vuelvas a pellizcarme; si estoy en tu casa viéndote con esas zapatillas de unicornio, esto tiene que ser real.

Mi amiga ladeó su cuerpo hacia la derecha para observarme. Debía admitir que su necesidad de permanecer impoluta me parecía un tanto desesperante. Estaba vestida con uno de sus trajes de pantalón blanco con chaqueta a juego, por lo que no consideraba que esos bichos que tenía en los pies combinaran demasiado.

—Se acabó —dijo dando un golpe en la mesa que me hizo dar un brinco—, no voy a consentir que la culpabilidad te ahogue, Win.

—¿Y qué piensas hacer al respecto? —Hice una mueca aniñada—. Sería genial dejar la vida por unos instantes e irnos a Santa Mónica, pero seamos realistas: aunque tú te lo puedas permitir, yo no sobreviviría más de tres días fuera.

—Ni que fuese rica.

—Casi.

Autumn puso los ojos en blanco. Puede que no fuese una mujer materialista, pero su nivel de vida era una pasada: contaba con una enorme casa de dos pisos en pleno Boston. Estaba reformada con las últimas novedades del mercado, me encantaba dar un par de palmadas para abrir y cerrar las persianas.

—¿Sabes qué? Voy a dejarte uno de mis bañadores y nos vamos a la piscina.

—¿Eres consciente de que estamos en invierno?

Ella cerró con suavidad su portátil, curvó sus labios hacia arriba y me percaté de las nuevas uñas otoñales que llevaba. Destacaban por su abanico de colores en tonos marrones y anaranjados, sin embargo, lo que más me llamó la atención fue cómo su dedo índice y anular estaban decorados por hojas propias de la estación.

—Si quisiera convertirte en un cubito, te metería en el congelador que tengo en el sótano.

—No puedes hacer eso —alcé mi barbilla con orgullo—, tendría un testigo a mi favor allí y terminarías perdiendo tu bonita perfección.

«Vincent, gracias por ser el guardián de manera inconsciente de esta casa».

Ella masculló entre dientes, pero adoraba que escapase un poco de aquella máscara que llevaba decorando su rostro desde el año pasado. Siempre había sido una mujer de armas tomar, tras todo lo sucedido se había vuelto más esquiva que de costumbre.

—Piscina de agua caliente, Win.

—¿Y conoces algún lugar donde podamos disfrutar de algo así? —pregunté con curiosidad. Normalmente me aferraba a las tradiciones que implicaban cada estación del año, me resultaba extraño poder ponerme un bikini en invierno y bañarme en un lugar así—. Tienes demasiado trabajo para irnos a un *spa*, tu nueva colección sale en unas semanas.

—No te preocupes por eso, conozco un sitio no muy lejos de aquí donde podremos disfrutar de ello.

Me hubiera gustado preguntarle en ese momento dónde se encontraba, pero llevaba casi dos semanas con el brazo inmovilizado y quizá me vendría bien ejercitarlo. Así no tendría que lidiar con Nathan, sus medias órdenes y sus miradas cargadas de preguntas.

***

Abrí la boca asombrada por la belleza del edificio que teníamos delante. El sol se reflejaba en sus enormes ventanales, proporcionándole un tono azul tan elegante como las olas del mar. Era alto. Despampanante. Con una elegancia que me hacía sentir con los bolsillos rotos conforme más me acercaba a la puerta.

—Esto es un bloque de apartamentos, Autumn.

—Deberías preocuparte si no supiera ese detalle. —Se quitó sus gafas de sol, observando lo mismo que yo con una expresión un tanto agridulce, acortó las distancias con el enorme telefonillo que informaba de nuestra llegada a la persona que íbamos a visitar, y me moví inquieta tras ella—. ¿Lista?

—¿A quién hemos venido a ver?

—A nadie.

Fruncí el ceño en una recta línea al ver que contaba los diferentes pisos como si los estuviese echando a suertes. El estómago me dio un brinco pensando en la posibilidad de que fuésemos a hacer algo malo, pero eso era imposible: Autumn jamás haría algo que no fuese políticamente correcto.

Su dedo índice no llegó a alcanzar los números que estaba pensando pulsar, la puerta se abrió y como toda una espía, tiró de mí para escondernos en una de las columnas. El vecino no se percató de nuestra presencia, así que mi amiga aprovechó para sostener la puerta y darme paso.

—Autumn —la llamé nuevamente entre susurros—, ¿puedes explicarme de quién es este apartamento y por qué nos hemos colado?

—Es de mi suegra, bueno, mi exsuegra —contestó sin más conduciéndome al ascensor—. La piscina cubierta está en la planta uno.

Me quedé anonadada mirándola, conocía de manera directa la relación entre Ava Rogers y ella. No podía decir que fuese mala del todo, aunque existía cierta tensión entre ambas.

Supongo que la madre de Vincent era una leona protegiendo a sus hijos.

Antes de que pudiera decir nada, el tintineo del ascensor nos condujo a la planta que estábamos buscando. Me encantó la alfombra oscura de formas circulares que teníamos bajo los pies. La seguimos hasta el final dando con una pequeña puerta acristalada que mostraba la bonita piscina; parecía estar dentro de una cúpula como si el cristal aprovechase los escasos rayos de sol para mantener el agua caliente.

—Pensaba que Ava y su marido vivían en California.

Cuando entramos me sorprendió no encontrar hamacas en su interior, los asientos que había fuera del agua eran de azulejos en tono azul; pasé la mano por ellos con delicadeza, notando la calidez que transmitían.

—Y así es. —Autumn dejó su bolso sobre una de las improvisadas butacas,

colocó sus gafas de sol sobre su cabeza y comenzó a quitarse la blusa color chocolate que se había puesto antes de salir—. Cuando vienen a Boston se quedan aquí durante largas temporadas, pero no te preocupes, no están. Como has visto, es un edificio muy lujoso repleto de instalaciones similares a las de un hotel. Y bueno, si nadie las aprovecha, nosotras si lo haremos.

—Diría que estamos allanando sus privilegios.

—No se van a enterar —aseguró dejándome igual de inquieta que al principio—, aprovecharemos que la piscina estará abierta hasta las nueve, después nos iremos a comer chino. ¿Qué me dices? ¿Aceptas?

Asentí con suavidad, quitándome el condenado cabestrillo. La hinchazón había desaparecido considerablemente, pero me costaba hacer algunos movimientos. Lo dejé abandonado al lado de mi mochila, y mientras pensaba en la posibilidad de quitarme la chaqueta de cuero azul, deslicé mi mirada hacia mi amiga.

La sencillez con la que dejaba caer su ropa me hizo envidiarla un poco, llevaba un bonito bañador en color negro con un destacable escote hasta el estómago.

—¿Vamos?

Yo la miré sintiéndome atrapada. Sé que le estaba dando demasiadas vueltas a enseñarle a nuestro invisible público el bikini de volantes en la cintura que me había prestado, pero sentía una aversión tan grande hacia mi propio cuerpo que prefería meterme vestida en el agua.

—Winter —mi amiga se acercó a mí soltando un pequeño suspiro, cogió mis manos y esbozó una suave sonrisa—, no hay nada malo en ti. Eres preciosa. Además, estamos solo tú y yo, puedes ser tú misma sin preocuparte en tropezar.

—Lo siento, soy un auténtico trasto.

—Eres una persona con dudas como todo el mundo.

Autumn esperó más de veinte minutos a que me decidiera a desnudarme. No soltó mi mano en ningún momento. De hecho, me condujo hasta los escalones que daban al interior de la piscina. Una vez que mis pies acariciaron los azulejos, solté el suspiro que estaba conteniendo; el agua me alivió el alma y los pensamientos sobre mí quedaron encerrados tras una puerta durante unas horas.

La temperatura coloreó mis mejillas en un tono rojizo, deslicé mis brazos con suavidad sobre el agua y me permití dejar mi cuerpo boca arriba mientras observaba cómo el sol nos proporcionaba sus brillantes rayos durante las horas restantes del día. Mis músculos perdieron la rigidez; y aunque me dolía llevar a cabo algunas brazadas, me limité a nadar en forma de perrito para no sobresforzarme.

—¿Qué tal tu codo?

—Duele un poco, pero no tienes que preocuparte por él —prometí. Cerré los ojos y me atreví a hundirme bajo el agua durante unos segundos. El silencio me supo a liberación, ya no estaba tan inquieta por disfrutar de unas instalaciones sin permiso—. ¿Sueles venir aquí de vez en cuando?

—La verdad es que no. —Autumn apoyó los brazos sobre el borde, alzó su cuerpo y quedó sentada en él—. Intento esquivar todos los sitios que frecuentaba con Vince, así que puedes imaginar las pocas ganas que tengo de lidiar con su madre.

—¿No la has visto en este tiempo?

—Un par de veces.

No quise indagar demasiado en el tema, por lo que no presioné en sus heridas. Había muchos asuntos de aquel divorcio que no entendía. Mi relación con Vince no era demasiado cercana, coincidíamos y disfrutábamos de la compañía, nada más.

—Espero que Nathan te esté tratando bien —dijo sin más, llamando mi atención—, o me aseguraré de que recuerde que no hay que crucificar a nadie por un error.

—No me trata mal —respondí acercándome a ella—, está muy atento por lo que me pasó, solo hay veces que parece impenetrable. ¿Crees que una herida puede durar diez años?

—Incluso más, Win —suspiró ella—. Ten en cuenta que nosotros nunca hemos roto el contacto. Puede que hayamos estado distanciados, pero Vincent, Nathan, Bryce y Zander son amigos de toda la vida.

—Mi relación con Bryce en estos años ha sido intermitente —aseguré apoyando la espalda en la pared—. Sabes que me daba hasta vergüenza hablarle, además las veces que me lo he encontrado no he sido capaz de volver a pedirle el teléfono.

—Pero aun así has mantenido la puerta abierta. Con esto no te quiero decir que le debas nada a Nathan, solo digo que si intenta llevar esta farsa a otros extremos que me lo digas, le cantaré las cuarenta.

—Esto es como firmar un contrato de tres meses, Autumn —dije mirando hacia la cristalera, desde mi posición podía ver el edificio de al lado—, lo toleras durante un tiempo y el último día la empresa olvida lo que hiciste por ellos. Cuando su reputación vuelva a ser la de siempre, yo volveré a mi apartamento.

—Lo profesional a veces se vuelve carnal. —Movió sus pies de manera despreocupada—. Si no fuese así no existirían tantos clichés.

—Tú y tu gran pasión por la novela erótica.

Unos pasos llamaron nuestra atención, no sé qué hora sería, pero no estábamos cerca de la hora de cierre. Autumn se mordió el labio inferior un tanto nerviosa. La idea de allanar la piscina de su suegra le pareció una bonita venganza, pero ser descubierta cuando no teníamos acceso a ella no estaba dentro de su plan.

—¡Escóndete!

—¿Dónde quieres que me esconda? —Enarqué una ceja sin dejar de mirarla—. ¿Saco el submarino que llevo escondido en el escote?

—Coge aire.

—No me jodas, Autumn.

No me dio tiempo a huir de sus intenciones, dio un salto y me hundió con ella bajo el agua. Creo que se le olvidó aquel detalle de que no éramos sirenas, además de que no estaba acostumbrada a aguantar la respiración de manera seguida.

Tuvimos una pequeña lucha donde me sostenía para que no volviese a la superficie tan pronto, para mí eso era una de las tantas formas de morir que no me apetecía llevar a cabo. Cuando creí que moriría y encontrarían mi cuerpo al día siguiente, emergí desesperada; abrí la boca buscando el aire que había perdido por su culpa.

—¡¿Quieres matarme?!

—Lo que buscaba era sobrevivir —dijo ella echándose el pelo hacia atrás—, creo que va siendo hora de la retirada.

—Me parece que has confundido conceptos, cariño —hice una pausa dirigiéndome hacia las escaleras—, o se te ha olvidado presionarte el ano para hacer aparecer las branquias. Pensaba que éramos amigas y has querido matarme.

—¿Es necesario que seas tan dramática? —gruñó ella—. Anda, te invito a cenar para que olvides nuestra pequeña huida.

«Nuestro suicidio querrás decir».

Me enrollé en mi toalla durante unos minutos, me daba mucha dentera salir con el pelo y la ropa mojada. No vino nadie mientras me deleitaba con el calor de los azulejos, ni mientras Autumn ordenaba en modo tetris su bolso.

Nos dirigimos a la puerta hablando de la ración doble de *xiao long bao* que comeríamos esa noche, ya podía sentir cómo mis dientes mordían la masa de zanahoria con suavidad, llegaban a la carne y mi paladar lo degustaba.

Mi amiga se quedó estática delante de la puerta, giró el pomo varias veces sin ningún tipo de éxito. Puse los ojos en blanco, si era otra de sus bromas para aliviar la tensión del ambiente, me iría a casa sin dudarlo.

—Está cerrada.

—No tiene gracia.

—¿Crees que esto tiene gracia? —Se giró algo inquieta—. Si quisiera hacer esto lo haría en un momento que no tuviese que ir al baño.

—No me jodas... ¿y ahora qué? —Miré el ojo de la cerradura, seguramente el vigilante había decidido dar por finalizada su jornada laboral antes de tiempo, por eso ahora no podíamos salir—. No tienes una copia de la llave, ¿verdad?

—¿Tengo pinta de Catwoman?

—Genial, mañana encontrarán nuestros cuerpos aquí como si fuésemos dos flotadores —susurré con pesar.

—Win, no vamos a morir por pasar la noche en una piscina. —Intentó restar importancia a la situación—. Me preocupa más que mañana vengan a abrir y nos encuentren aquí sin ser propietarias. Llamarían a Ava, y darle explicaciones en estos momentos es lo que menos me apetece.

—¡Espera, espera! —Di una palmada llamando su atención—. ¡Ya lo tengo! Seguro que Vincent tiene una copia de las llaves. Imagino que vendrá de vez en cuando a comprobar que todo está bien.

Autumn me escrutó durante unos instantes, no sé si vio la salvación en mis palabras o quería hundirse en la miseria.

—Déjame que recapitule —comenzó a decir con sutileza—. ¿Vamos a decirle a mi exmarido que nos hemos quedado encerradas en la piscina climatizada de su madre?

—Es eso o romper parte de la cristalera, pero no quiero deber más dinero.

—Joder, maldita la hora que dije de venir aquí para relajarnos —dijo enfadada—. La próxima vez vamos a un condenado *spa*.

La conversación que tuvo mi amiga con Vincent fue incómoda. No es que le molestara tener unas palabras con él, pero nos habíamos colado en el edificio de su madre y se lo estaba contando con las mejillas sonrojadas. Lo más sensato habría sido que nos hubiese abandonado para aprender la lección, pero vino a por nosotras veinte minutos después de haber recurrido a él en busca de auxilio.

—¡Sorpresa! —Fueron las únicas palabras que escaparon de mi garganta al ver cómo la puerta que limitaba nuestra huida se abría de par en par. Vince me miró negando con la cabeza varias veces, estaba segura de que sería una nueva anécdota que hablar entre colegas en el próximo café en el que quedasen.

Jamás olvidaré el barrido visual que nos dedicó a ambas, creo que no sabía si amonestarnos por nuestra aventura o reírse a carcajadas.

—¿Dónde están las dos ladronas de guante blanco más torpes de la historia? —dijo él intentando contener la risa para no avivar la ira de su exmujer—. ¿Ha

sido divertida la experiencia?

—Muy educativa —respondí entre dientes.

Autumn levantó la cabeza, observaba a nuestro salvador con cierto recelo.

—No se lo habrás dicho a tu madre, ¿verdad?

—Ella guarda las llaves de la piscina, Autumn —dijo él de manera despreocupada—. Y he tenido que entrar en el apartamento, llamarla y dar con ellas para poder salvarte de tu pequeño plan repleto de agujeros.

—Gracias por dejarme en ridículo.

—No he sido yo quien no ha pedido permiso para venir hasta aquí —suspiró Vince metiéndose las manos en los bolsillos—, no te habría dicho que no.

Algo me decía que esa conversación se alargaría hasta llegar a casa, se recordarían que lo del uno no era del otro. Y que sus vidas, a pesar de vivir en el mismo lugar, no estaban entrelazadas.

—Bueno, ¿quién quiere chino?

Los dos me observaron fijamente, dejando su futura discusión en el aire; me atreví poner un pie fuera mientras les hablaba de toda la carta del restaurante como si yo fuese la camarera.

Al menos había desviado la guerra para otro día.

Capítulo 7

El enemigo en casa

Nathan

Si pensaba que mi pequeño teatro con Winter me abriría las puertas hacia la normalidad, estaba terriblemente equivocado. En la oficina no solo se hablaba de la poca profesionalidad que había empleado para cerrar el trato con los inversores, sino de mi nueva faceta de rompecorazones, y por supuesto, mi mala elección con las mujeres.

Preferí no comenzar ninguna disputa: era el director general y debía dar ejemplo de que un rumor no confirmaba nada.

Aunque, si era sincero, me molestaba demasiado la etiqueta invisible que le habían colocado en la espalda a mi compañera de apartamento. No es que de repente quisiera protegerla del mundo, pero había visto un halo de preocupación en sus ojos grises acerca de la opinión de las personas y no quería que todo esto pudiera afectarla.

—Señores —dije entrando a la sala de reuniones—, espero no haberlos hecho esperar demasiado.

Mis compañeros de equipo se levantaron en señal de respeto, mantuvieron los labios sellados y volvieron a acomodarse en una actitud esquiva. Estaba acostumbrado a la desaprobación, a las protestas, además de la inquietud en la que llevábamos viviendo desde aquel último año. No me achanté, simplemente

me dejé caer en mi silla y abrí la carpeta que tenía entre mis manos.

—Me gustaría hablar del proyecto que teníamos que valorar en estos días —comencé a decir con cierta lentitud—. Les recuerdo que consistía en un nuevo soporte similar a los manos libres que usan los turismos, pero que distraiga menos la atención del conductor.

—Hablamos de la posibilidad de intercambiar unos correos electrónicos con Amazon, proponiéndole la opción de que Alexa, su asistente, estuviese dentro del dispositivo —contestó Wallace, mi mano derecha en los últimos prototipos con los que estábamos experimentando—. De esa forma solo habría que pedirle que llamase a cualquier número de nuestra agenda. Además, si supiese el diámetro de nuestro vehículo y el peligro que acontece podría zanjar la conversación para que no desvíe la atención del conductor: contaría con un sistema que, en caso de accidente, avisaría a emergencias.

—Y sobresale un diecisiete por ciento por encima del presupuesto de este año.

Giré con suavidad la cabeza. Conocía perfectamente aquel tono mordaz de voz. Si consideraba la oportunidad de que mi matrimonio limara asperezas entre nosotros, sabía que había perdido toda posibilidad para ello.

Jorell Cooper llevaba tocándome los cojones desde que decidí que fuese parte de mi plantilla. El año pasado, tras las pérdidas ocasionadas por Vincent, decidí recurrir a su gran bolsillo para aliviar el problema que nos haría caer por la borda. Después de todo, cuando me casase con Spring todo conflicto quedaría reducido a cenizas: teníamos un trato que uniría a ambas familias y mi empresa podría respirar.

Por supuesto, me equivocaba.

—Puede hacernos ganar un setenta por ciento —insistí sin mostrar mis emociones—, ¿no sería adecuado arriesgar?

—¿Y seguir haciendo más grande el agujero? —Él mostró sus perfectos dientes, algo me decía que le encantaría hincarlos en mi piel y hacerla tiras—. Debemos mirar al futuro, Nathaniel, no al presente.

—Para solventar el gran agujero económico con el que estamos lidiando, deberíamos tener algo novedoso en el mercado que llame la atención del cliente.

Mi excuñado se sentó presidiendo la mesa en el lado opuesto en el que yo me encontraba, su pelo castaño parecía mucho más claro con la luz de la estancia. Me miraba con cierto escepticismo, no sé si deseaba ver alguna doble intención tras mis palabras.

—¿Y qué sugieres, Cooper? —Alcé las cejas mirando a los presentes—. ¿Dejamos que muera todo para que de esa manera tengas más posibilidades en la

empresa?

Sus iris esmeralda me fulminaron con elegancia, si no lo conociese lo habría confundido con el amante de Barbie.

—Las deudas hay que saldarlas —dijo sin más—, al igual que la presencia de un director general proporciona ciertos puntos a la empresa, aunque me temo que no es tu caso.

—Dejé a Spring en el altar por...

—¿Por un amor de toda la vida? —Continuó poniendo los ojos en blanco—. Para de fingir, Nathaniel. Mi hermana es demasiado ingenua y preferías otro tipo de mujer en tu cama. Por eso elegiste a la primera que estaba en tu camino.

Apreté los puños sintiéndome vulnerable. No me gustaba que se inmiscuyeran en mi vida sentimental. Nadie sabía nada acerca de mi relación con Winter; quizá no estábamos juntos, pero no podía decir que no hubiera sido alguien importante en su momento.

—¿Es necesario exponer esto en una reunión de equipo?

—Puede que no, pero el presupuesto sale de nuestros bolsillos y si quieres alcanzar a Gallagher o a Danvers primero necesitas nuestro visto bueno. —Hizo una breve pausa—. Además, creo que ninguno de los presentes estamos dispuestos a regalar nuestro dinero en un proyecto que no sabemos si merecerá la pena, ¿no es cierto, señores?

Me mordí el labio inferior y me tragué los juicios, los números rojos y la mirada de soslayo que me dedicaba Anwen Cornwell: mi vicepresidenta y la mujer que se sentaba en el lugar de Vincent.

Decidí levantarme antes de que cualquier nuevo comentario terminase por agriar por completo mi humor. Estaba en la cuerda floja y me sentía ese bufón que caminaba por ella a punto de caer al vacío.

Si tenía que demostrar que Winter y yo estábamos juntos, lo haría.

«Después de todo, lo único que te importa es la empresa. Puedes preocuparte por su bienestar, o que no le falte de nada, pero si está en casa es por tus propios deseos».

***

—¿Y dices que no han aceptado el prototipo?

La voz de Vincent tras el teléfono me devolvió a la realidad. Tenía un horrible dolor de cabeza y el nuevo ambientador con olor a fresas que había

comprado Winter no ayudaba demasiado.

—Se han negado a escucharme —dije acariciándome el puente de la nariz con cierta impotencia—. Entiendo que el gasto asusta, pero podríamos solventar todo lo que debemos a Cooper.

Mi colega soltó un suspiro tras la línea, lo escuché moverse y me imaginé que se había tumbado en el sofá de la misma forma que yo.

—Siento que estés pasando por todo esto por mi culpa —continuó en un hilo de voz tan débil que por un momento creí que se echaría a llorar—, si no me hubiese dejado llevar puede que...

—Ni siquiera te has atrevido a decirme por qué solventaste la mitad de la deuda con tus acciones y tus ahorros. Entiendo que cometiste un error que podría haberme costado la empresa, ¿qué hay detrás de todo esto?

—Solo una cagada por mi parte.

—Sabes bien que no soy de insistir en estas cosas —comencé a decir con cierta suavidad—, si hay algo que no quieras contarme lo dejaré en el aire. Pero todo se evaporó el año pasado: la empresa, tu matrimonio..., no tendrá que ver con Cornwell, ¿verdad?

—¿Por qué has llegado a esa conclusión?

—Desde que ella se sienta en tu puesto no has vuelto a venir por la empresa. —Alcé un poco mi cuerpo para desabrocharme el pantalón del traje—. Te dije que podías hacer un trabajo inferior mientras se solucionaba todo esto y has preferido escoger algo temporal que se aleja mucho de tus queridas finanzas. Estoy seguro de que ni siquiera le has dicho a Autumn que estás consiguiendo una miseria.

Él guardó silencio durante unos instantes, había presionado sobre una cicatriz tan fuerte que volvía a supurar.

—Anoche tuve que rescatarla, ¿sabes? —Su cambio de tema no me sorprendió, solía hacerlo cuando no quería profundizar en algo que le causaba dolor—. Hacía tiempo que no me sentía un héroe, aunque fuese en una situación tan ridícula.

—¿Debo preocuparme?

—No demasiado. —Lo escuché reír tras la línea de forma breve—. Solo decidió colarse en la piscina climatizada de mi madre con Winter y se quedaron encerradas.

Me detuve unos instantes a analizar la situación. Autumn y ella siempre habían sido uña y carne. Donde empezaba una, terminaba la otra. Quizá fue ese gesto el que tanto nos llamó la atención a Vince y a mí en la universidad: Win era timidez, mientras que Autumn era bravuconería.

Estaba seguro de que había sido idea de la segunda terminar en el edificio de Ava sin pensar en las consecuencias. Me parecía un tanto ridícula la situación, pero me habría encantado ser parte de ese pequeño espectáculo que había vivido mi colega.

—Nunca te lo he dicho, pero Ava y tu exmujer tienen la misma relación que Jane Fonda y Jennifer López en *La madre del novio*.

Vince estalló en carcajadas por mis ocurrencias. Me habría encantado decirle que no estaba de coña. Ava era la protectora del pobre con su hijo: pizpireta, un tanto soberbia y no le importaba decir verdades como puños, incluso si ofendía a su nuera. Luego estaba Autumn, que también era de armas tomar: temperamental, un tanto irónica y no se dejaba pisar por las ocurrencias de su suegra.

Juntas podrían destruir el mundo si se lo propusieran.

—Puede que ya sea tarde para que puedan entenderse —suspiró mi colega, dando por finalizada sus risas—. Ya no importa si discuten, si mi madre echa algún ingrediente en la cena que Autumn no soporta o si hacen guerra de *muffins* como la última vez. Todo eso acabó hace un año.

—Vincent, yo...

—No tienes que sentirte cohibido por Jorell —me cortó volviendo a dar por finalizadas mis palabras—. Se está dejando llevar por la ambición, pero eres tú quien puede limitar eso. Lo sucedido con Winter no tiene que cargarte de culpabilidad, Nat, ella decidió detener tu boda, no tu vida.

—Gracias —susurré sintiéndome un poco más tranquilo conmigo mismo, la puerta se abrió dejando ver los mechones azabaches de mi compañera de piso y me incorporé en el sofá—, tengo que dejarte; parece que Win no entiende que cuando un tío con dinero te dice que no vayas a trabajar es de verdad.

Sus ojos lobunos me escrutaron durante unos instantes. Su mohín molesto y su forma de quitarse el delantal de la ferretería, entre pisotones, me hicieron contener una carcajada. Era asombroso cómo una mujer que transmitía tanta frialdad pudiese ser tan dulce y tímida como un gatito recién nacido.

—¿Y acceder a tus deseos de no moverme de aquí como si fuese la protagonista de *365 días*? No, gracias. —Negó con la cabeza frunciendo la nariz—. No me van las cuerdas, los azotes ni los mafiosos con cara de mierda.

Parpadeé sorprendido por su respuesta. Sus arranques de sinceridad nunca dejaban de sorprenderme. Crucé los brazos mostrando mi curiosidad, aunque preferí dedicarle unas palabras un poco más irónicas.

—No he dicho que te quiera aquí para tenerte amordazada a la cama. —Hice una breve pausa—. ¿He dado a entender algo así?

—Tú has dicho que...

—La parte del sadomasoquismo la has sacado tú, Winter. —Curvé mis labios hacia arriba—. No pongas palabras en mi boca que no he dicho, pero siempre puedo ir a comprar una fusta.

Ella torció los labios y saboreé la victoria que parecía tener un sabor similar al ambientador de la entrada.

—Eres horrible, Nathaniel.

—Pensaba que las mujeres tenían como meta atrapar a un millonario para ser felices, si no es tu caso puedo seguir guardando mi cartera debajo de la almohada.

Dejó el bolso sobre la mesa que conectaba el salón con la cocina mientras me miraba con un deseo frenético por asesinarme.

—Ya veo que tu lado considerado es temporal, como la regla.

—Los contratos siempre tienen su lado bueno y la parte que te da ganas de irte de la empresa. —Me levanté con la intención de acortar la distancia entre ambos—. Estamos en esta situación porque queremos lograr una meta.

—No, cariño. —Su última palabra me erizó la piel, no estaba acostumbrado a sus palabras irónicas y un tanto melosas—. Vivo contigo porque te jodí la vida y ahora quieres que te la devuelva fingiendo ser algo que no somos.

—Pero fingir se nos da fatal —admití tras lo sucedido en el campo de golf—, puede que les reste importancia a las situaciones, pero los dos sabemos que no se aprecia nuestra cercanía.

—Estoy deseando escuchar tu solución a ese pequeño detalle. —Su sonrisa se volvió mucho más amplia, ni siquiera alcanzó sus iris—. ¿Qué plan maquiavélico tienes entre manos?

—Siéntate, vamos a aprender a tener una relación con todo lo que conlleva.

—¿Qué quieres decir con eso? —Mis palabras la alertaron considerablemente, por su forma de mirar hacia la puerta no le importaba salir corriendo y dejarme con la palabra en la boca—. No voy a acostarme contigo.

—Me alegra saber que eso es lo único que te preocupa. —Rocé su hombro con el mío cuando me dirigí hacia el frigorífico—. Voy a preparar algo de cena para tener esta conversación de manera más tranquila.

—Solo se puede lidiar con algo comiendo tacos.

—¿De carne picada, queso parmesano, aceitunas cortadas y champiñones?

Winter se quedó estática en el lugar. Creo que no se había percatado de que era algo muy nuestro cuando quedábamos para estudiar: ella solía hablarme de todo lo relacionado con Bryce, mientras que yo me empapaba del olor a tomate triturado, especias y carne recién hecha.

—Winter. —Capté su atención nuevamente. Hasta ese momento no me había percatado de sus largas pestañas y de las pequeñas pecas que descansaban sobre sus mejillas—. Espero que no allanes mi habitación mientras me encargo de todo esto.

Ella me miró, giró sobre sus talones para emprender el rumbo hacia el baño, pero cuando se percató del doble sentido de mis palabras, abrió la boca ofendida.

—¡Vincent te lo ha contado! —gritó sonrojada—. ¡¿Es que en esta casa no se pueden tener secretos?!

—Si te cuelas en la piscina de Ava Rogers siendo Vincent mi colega de toda la vida es un poco difícil, Blancanieves.

Capítulo 8

Fingir como dos idiotas

—Estaría genial que me pusieses en contexto —dije sentada en el suelo mientras saboreaba mi taco. La sensación era maravillosa, noté cómo el pan de pita se deshacía en mi boca, acompañado del tomate y las hebras de carne—. Si vamos a aprender a ser una relación de mentira significa que la situación en tu empresa no ha mejorado en absoluto.

—La verdad es que no —admitió. Me resultó gracioso cómo cruzaba las piernas en el sofá y se llevaba el taco a la boca—. Nadie cree que lo nuestro sea algo más que una noche desenfrenada y ese detalle me está dando problemas.

—Creo que la reunión con Epi y Blas te ha traído más inconvenientes. —Nathan me miró extrañado mientras yo suspiraba—. Lo siento mucho, no era mi intención.

—Nadie piensa en la posibilidad de hacer volcar un carrito de golf mientras se lo está pasando bien, Win —contestó él restándole importancia—. ¿Epi y Blas? ¿Así les has puesto a mis inversores?

—No me digas que no les pega.

Ocultó sus labios tras la servilleta marrón que tenía a su derecha, a mí no me engañaba, sabía que se estaba riendo.

—El caso es que deberíamos acordar unas pautas para que, de cara a los demás, seamos creíbles. —Hizo una breve pausa—. El que hayas irrumpido en la boda me está trayendo problemas con uno de mis inversores y tengo que

demostrar que mi trabajo no es ninguna tontería.

—¿Está cabreado porque no has querido casarte?

—Más bien porque considera que le he jodido la vida a su hermana.

Mi mordisco quedó en el aire, ni siquiera me resultó gratificante tocar con la punta de la lengua el taco. Entiendo que mi locura había acabado con la felicidad de aquella chica que vestía de blanco, pero no sabía hasta qué punto mi decisión le había traído desdicha.

—Podría hablar con él y...

—No vas a darle explicaciones a una persona que no conoces —gruñó él degustando las últimas pinceladas de la cena en la yema de sus dedos—, me basta con callarle la boca.

—¿De verdad no sentías nada por ella?

Nathan resopló, creo que no veía la situación de la misma forma que yo. Por mi parte siempre fui enamoradiza, no daría un paso sin estar completamente segura, mientras que él parecía centrado en que toda decisión estuviese atada a su empresa.

—A veces los negocios nos llevan a tomar acciones y las mías me condujeron a Spring Cooper. Siento que no sea lo que querías escuchar, Blancanieves: no todo el mundo desea un cuento para sobrevivir.

Guardé mi opinión en mi pecho. No era la primera vez que le insistía en que dejase de llamarme así. Era un apodo que utilizaban en la universidad y quería que estuviese fuera de mi vida lo más pronto posible.

Me levanté de manera abrupta, recogí los platos que habíamos puesto en la mesa de café que teníamos en el salón y me apresuré a lavarlos. No decidimos quién haría cada tarea del apartamento ahora que vivía aquí, así que me limitaba a hacer lo que consideraba correcto.

El agua fría me hizo temblar de los pies a la cabeza, cogí el estropajo, un poco de jabón y me dispuse a acabar con la suciedad de la vajilla. Todo habría sido fantástico si no hubiese insistido más en el tema: él se habría marchado a la habitación que compartíamos y yo me habría quedado en el salón hasta bien entrada la madrugada. Con aquella planificación en mi cabeza, no me percaté de que había acortado la distancia entre nosotros, el calor de sus brazos rodeando mi cintura me dejó sin aliento, ni siquiera sabía cómo reaccionar. Por un momento olvidé cómo se respiraba, el aire era incapaz de llegar a mis pulmones. Nathan no hizo ningún movimiento más para acortar la distancia, apoyó su barbilla en mi cuello y observó cómo aclaraba los platos.

—Lo siento.

—¿P-Por qué exactamente? —pregunté sin ni siquiera girarme—. ¿Por tus

aires de millonario imponente o por llamarme Blancanieves?

Él suspiró cerca de mi cuello, su aliento volvió a inquietarme, como si el breve aire que escapaba de sus labios me convirtiese en una muñeca de porcelana.

—Es la costumbre —comenzó a decir con lentitud—. Cuando te llamaban así no lo consideraba un insulto, solo pensaba que tenían razón.

—¿Porque soy ingenua y débil?

—Porque eres preciosa, Winter.

Giré sobre mis talones hasta que nuestras miradas se encontraron. Sus iris azul oscuro se fundieron con mi tono plata. Me hubiera gustado apretar la encimera para no caer al suelo como un acordeón, pero me sentía de piedra en esos momentos.

—¿E-Esta es tu forma de fingir?

Él hizo un barrido visual por mi cuerpo, aún conservaba los vaqueros desgastados y la camiseta con cuello de pico en color negro que usaba para el trabajo.

Si buscaba belleza, estaba segura de que no la encontraría con aquel aspecto.

—Se me da bien, ¿verdad?

El aire que estaba conteniendo en mi pecho se deshizo por completo. Por un momento me sentí idiota por pensar que su disculpa había sido real, me limité a curvar mis labios hacia arriba como si comprendiese el punto en el que quería que estuviésemos.

—Así que debemos acercarnos sin limitaciones.

—Habías dicho que no querías sexo —me recordó sin demasiado interés—, escucharé tus condiciones sin rechistar, después de todo ya me consideras tu carcelero.

«Es que lo eres, don Perfecto».

Terminé de acomodar los platos sobre el mueble que había sobre mí, me sequé las manos y acaricié mi labio inferior con el dedo índice. Supongo que debía olvidar mis sentimientos, dudas e incertidumbres para aquella función.

—No voy a terminar en tu cama fingiendo que nos acostamos —aseguré demasiado tarde, aunque sabía que estaba pendiente de mis palabras—, si quisiese un polvo ya te lo habría dicho.

—Vaya, y yo que pensaba que después de diez años seguías pensando en Bryce.

—Los sentimientos y la pasión no tienen nada que ver —aclaré caminando por la estancia—. Mis limitaciones y condiciones son las siguientes: me acercaré a ti delante de los demás, te permitiré que me acaricies y acortes la distancia

conmigo. Pero no dormiremos juntos, no nos acostaremos, y me invitarás todos los miércoles a comer chino.

Él enarcó las cejas ante mi última petición.

—¿Qué tiene que ver eso?

—Nada, pero tengo que aprovechar mi secuestro todo lo que me permita la situación.

—Creo que estás pidiendo una habitación de travesuras. —Nathan tiró de mi brazo, choqué con su cuerpo y le gruñí como el oso polar que era—. Siempre puedo poner un toldo en la terraza y prepararla allí.

—No hace falta, gracias. —Sonreí con cierta ironía—. ¿Cuándo tenemos que demostrar que somos perfectos el uno para el otro?

—Esta tarde me encontraré con mi plantilla en el río Charles. —Fui a protestar, pero no me lo permitió—. Una vez al año solemos competir todo el personal para ver quién se encargará de hacer los regalos en Navidad a los demás.

—¿Competir? —repetí sin entender bien la situación—, ¿hacéis concurso de pesca?

—Con canoas, Winter.

Una carcajada improvisada escapó de mi garganta como si tuviese vida propia. Esperaba que no me estuviese sugiriendo que me apuntase a aquella locura, porque la idea de subirme en una barca que tenía altas probabilidades de darse la vuelta cuando no estaba acostumbrada a nadar en lugares con tanta magnitud me provocaba un bonito ataque de risa: si ya me costaba mover los brazos en una piscina sin hundirme, afrontar algo así nos llevaría directos a mi funeral.

—No me estás pidiendo que participe, ¿verdad? —pregunté sin ocultar mi risa nerviosa, pero al ver que negaba con la cabeza, quise matarlo con mis propias manos—. ¡Estás de coña! ¿Vas a meterme en el río lleno de tiburones?

—No te quiero ofender, pero no suele haber tiburones en un lugar de agua dulce.

—Los tiburones son tus compañeros de trabajo —gruñí zafándome de su cercanía, me habría quedado muy a gusto lanzándole algún cojín—. Me niego a hacer una locura así, Nathan.

—Te llevaré al Carl’s esta noche.

—¿Cuándo nos vamos?

***

El Charles River Esplanade, con sus bonitos tonos de verde, la brisa que traía consigo el olor a la madera de los árboles y sus puentes de piedra, nos recibió con tanta alegría que hubiera sido fantástico dejar el ridículo chaleco salvavidas a un lado. Lo habría abandonado a su suerte en la mochila de Nathan, llamaría a Autumn y con suerte estaría lejos de todo esto en cuestión de pocos segundos. Pero había prometido cumplir como novia de mentira y eso consistía en subirme en aquella maldita canoa que no dejaba de balancearse de un lado a otro.

—¿Cuál será el recorrido este año, jefe?

Una voz femenina me hizo alzar la cabeza, me habría gustado encontrar compañía en ese momento, pero cuando observé su largo cabello castaño y sus ojos rasgados y oscuros supe quién era: Anwen Cornwell.

No la conocía en persona, solo había escuchado la versión de Autumn en sus largas noches de borrachera. Según me contaba, esa mujer había sido la guinda del pastel en su matrimonio: no la odiaba, solo no podía perdonarle a Vincent tal traición.

—Hasta Hatch Memorial Shell, como siempre —contestó Nathan sin intercambiar ninguna palabra más. Para ser su vicepresidenta, su relación me resultaba terriblemente fría, pero no quise indagar demasiado en el tema. Después de todo no era asunto mío—. Cooper, ¿no te apetece ir a la cabeza de la otra canoa?

—Para nada.

El hombre que le contestó parecía muy seguro de sí mismo. Me resultaba asombroso que hubiese elegido unos pantalones de traje y una camisa de gran calidad para meterse de lleno en el agua. Por un momento pensé que sería ropa desgastada por el uso, pero cuando se sacudió con elegancia su impoluta presencia supe que prefería destacar sus aires de grandeza.

—Además, hoy vienes con ella. —Me señaló el tal Cooper con diversión—. Podría encargarse de ser la cabecilla de nuestro equipo, seguro que nos conduce a la victoria con tal de llevarte la contraria.

«O a la tintorería, porque te va a hacer falta».

—¿Te parece bien, cariño?

Nathan me miró buscando la aceptación en mis movimientos. Me habría encantado que toda esa dulzura que desprendía fuese real, quizá de esa manera todo eso no me habría parecido una misión suicida.

—Por supuesto, Nat. —Me acerqué a él y acaricié una de sus mejillas—. Ya sabes que si ganas o pierdes vas a tener que pagar los regalos igualmente.

—Vaya cruz.

—La que llevo yo en la espalda gracias a ti —susurré entre dientes

poniéndome de puntillas para dejar un casto beso en su piel—, espero que la cena de esta noche merezca la pena.

—Todo conmigo vale la pena, Win.

—¡Vamos, tortolitos! —gritó Jorell alzando sus brazos—. Podéis discutir después.

—O siempre puedo mandar a Nathan al sofá.

Me fulminó en cuestión de pocos segundos, yo me limité a decirle adiós con la mano mientras me subía a aquella trampa acuática de la que no escaparía nunca. Ya podía ver mi lápida, el epitafio y a mi padre diciendo: «Te dije que tuvieras cuidado con el mundo, Win. Para las mujeres como tú es demasiado peligroso y siempre se te olvida».

Nos dividimos en grupos de diez. A la cabeza de la canoa 1 se encontraba Nathaniel, con su semblante despreocupado y con un horrible sombrero de pescador en la cabeza. Por mi parte, dirigía la número 2, donde no podía dejar de mover las piernas inquieta, ocasionando que nos balanceáramos de un lado a otro.

—¡¿Preparados?! —gritó Blas con su largo cuerpo escapando de su asiento—. ¡Ya!

Miré a ambos lados sin saber muy bien qué hacer. La canoa comenzó su recorrido con los rápidos movimientos de remo de los inversores. A mi izquierda escuchaba cómo mi novio de pega chillaba órdenes que no entendía, por lo que preferí mantenerme en silencio.

—¿Hacia dónde, jefa?

—¡Estribor! —Escuché decir a Nat, que parecía sentirse el mismísimo Barbanegra en aquellos momentos.

—¡Estribor a la izquierda!

Epi, porque ni siquiera me acordaba de su apellido, enarcó una ceja ante mi orden, metió el remo dentro del agua e hizo un movimiento cíclico con los brazos. Lo habría aplaudido orgullosa, pero estaba tan nerviosa por no cargarla que no dejaba de mirar de un lado a otro; no veía el fondo del agua y el solo hecho de volcar me estaba provocando ansiedad.

Tanteé mis pantalones militares repletos de bolsillos, saqué mi teléfono móvil a pesar de las protestas de mis supuestos compañeros y comencé a marcar el número de mi heroína: Autumn Miller.

El primer tono pasó por su vida sin pena ni gloria. El segundo me dio a entender que estaba haciendo *ghosting* y al tercero decidió descolgar, regalándome un chasquido de lengua de los suyos.

—¡Autumn! ¿Qué tal tu día? —dije de manera tan efusiva que escuché decir

tras la línea: «Sujétame el móvil»—. ¿Sabes que eres mi mejor amiga?

—¿Qué has hecho, Winter? —suspiró ella con cierto pesar—. Dime que Bryce no se está casando en segundas y quieres que vayamos a joderle la boda.

—No, es peor.

Mi amiga guardó silencio tras la línea y carraspeó.

—¿Qué puede ser peor que eso?

—¡¿En qué dirección, Adams?! —gritó Cooper de una forma tan despreocupada que me pregunté para qué insistía.

—¿Winter? —preguntó mi amiga tras la línea—. Dime que no te has enamorado de otro capullo.

—¡¿Qué?! ¡No! —grité engurruñendo la nariz—. Nathan me ha obligado a venir a una competición de canoas, me tiraría de ella si no fuese porque me ahogaría y mañana irías de velatorio.

Autumn no pudo contener la carcajada. Me tomó tan de sorpresa que me resultó adorable escuchar cómo hacía ruiditos con la nariz. Esperaba por su parte una protesta, un nuevo discurso sobre tener cuidado con los hombres, pero no, ahí estaba, descojonada de risa por mis desgracias.

—¡A babor! —gritó mi novio muy cerca de nuestra canoa.

—¡A *pabor*! —repetí como un loro. Mi amiga estalló en risas nuevamente, no sé si le divertía mi desgracia o si se estaba imaginando la situación—. ¡¿Qué te hace tanta gracia?!

—Nada, que esa palabra no existe para dirigir una canoa, tonta. —La escuché tomar aire con la intención de que llegase a sus pulmones—. Es que no me puedo creer que estés en medio de un río, lago o lo que sea. ¿Cómo esperas que te ayude?

—¿No tienes un helicóptero como la Barbie?

Su felicidad se evaporó cuando recurrí a sus accesorios; si es que me encantaba molestarla más de lo que me gustaría admitir. Abrí la boca para disculparme, pero cuando Nathan impactó con nosotros no dudé en fulminarlo con la mirada.

—¡Aléjate o te aseguro que duermes en el sofá!

—¿Estás bien, cariño? —preguntó él con cierta diversión.

—No eres Brad Pitt, Nathaniel, ni yo Angelina Jolie, así que haz el favor de tomar distancia o te doy con el remo en la cabeza —lo amenacé ante las carcajadas de todos, creo que aquella conversación era propia de una pareja con problemas de comunicación, a los que les encantaba solucionar los problemas con un poco de sexo salvaje—. ¿Autumn?

—Lo siento, Win, la moto de agua se la quedó Vincent tras el divorcio.

«Esto tiene que ser una broma de muy mal gusto».

La adherencia de nuestra canoa volvió a desestabilizarse. Colgué de manera abrupta, tenía que hacer algo para no caer de bruces al agua. Tomé mi remo con rapidez, alcé mi brazo hasta que hice presión sobre la barca de Nat. El impacto entre ambas nos hizo bailar de un lado a otro. Tiré nuevamente con fuerza, mi única idea era que nos llevara a la orilla cuanto antes, pero por supuesto no conté con que Jorell no estaría dispuesto a dejar a un lado la victoria.

Él y algunos compañeros que se sentaban a su lado remaron hacia el lado opuesto mientras yo insistía en utilizar toda mi fuerza para anclarme en la otra canoa. El nuevo impacto hizo que nuestra barca terminase su espectáculo de baile. Cuando creí que todo estaría perdido y me hundiría en la miseria, extendí mis manos hasta alcanzar el brazo de Nathan: caí al agua, pero él cayó conmigo.

Capítulo 9

Cuando el mundo no mire

Nathan

—¿E-Esta es tu forma de fingir?

—Se me da bien, ¿verdad?

Era un idiota.

Un auténtico e incomparable idiota.

Me dejé caer en el sofá, aturdido por mi maldito comportamiento. Acaricié mis sienes durante unos instantes y me perdí en mis pensamientos. No sé cómo había tenido la facilidad de decirle algo así.

Era cierto que todo lo relacionado con Winter Adams aún escocía en mi pecho. Puede que incluso me plantease la posibilidad de que todo ese circo fuese una forma de castigarla, pero verla caminar a mi alrededor con su semblante inocente y sus disculpas en los labios me hacía sentir como un universitario que se enamora de la amiga de su mejor amigo.

«Vaya jodida casualidad».

Que fuera parte de la expedición de hoy solo era una excusa para que todos la viesen a mi lado. No pensé en la posibilidad de que aquel deporte pudiera exaltarla, que llamase a Autumn como si estuviese en peligro de muerte y nos hiciese volcar de forma similar a la caída de una baraja de cartas. Después de todo, solo estaba pensando en lo que necesitaba yo para callarle la boca a Jorell y

que me dejase respirar durante unas semanas.

—¿Nat? —Escuché su voz desde el salón, me puse más tieso que un palo porque no sabía cómo seguir sonriendo cuando la había traído tiritando a casa—. ¿Estás cerca?

—¿Pasa algo?

—He olvidado mi gel de baño en la maleta que tengo en la habitación —susurró con pesar—, ¿podrías traérmelo?

—Dame un segundo.

Agradecí que el suspiro que escapó de mis labios no llegase a sus oídos. Le había dicho mil veces que podía utilizar mis utensilios de aseo. Compré algunas sales de baño, champú para cabellos sedosos, además de esencias para la piel: no era capaz de aceptar nada. Para Winter decir que sí a mi manera de mantenerla la asfixiaba tanto como a mí perder el control de la situación.

Me dirigí a la habitación. Como le sugerí el día que puso un pie en mi apartamento, había comprado una cama individual que coloqué a los pies de la mía. De esa forma, el cabecero quedaba pegado a la pared y la parte inferior a la bonita cristalera que proporcionaba vistas a la calle; pensé que le gustaría.

Cuando di con el condenado gel con aroma a vainilla fui al baño. No sabía con exactitud si tenía limitaciones a la hora de entrar; conocía la timidez de mi compañera de piso, por eso decidí tocar antes de poner un pie dentro de la estancia.

—¿Puedo?

—Sí.

Aceptó sin demasiadas excusas, di un paso en el interior, donde disfruté del suave murmullo del agua que ocasionaba en la bañera con cada uno de sus movimientos. La escena que vi me caldeó por completo el corazón. Allí estaba con su pelo oscuro recogido de manera improvisada, su cuerpo agazapado y escondido tras la espuma y ese semblante perdido que quise palpar más de una vez.

Todo el mundo decía que era intocable, que solía aprovechar su bonita tez blanca para calentar a los hombres. Por eso decidieron apodarla como Blancanieves: la joven princesa alemana que destilaba belleza. No para alabarla, sino para dar a entender que era un auténtico témpano de hielo.

—¿Estás enfadada conmigo? —Acorté un poco la distancia entre nosotros, me acomodé en el borde de la bañera y acaricié sus mechones húmedos por el agua —. No quería avergonzarte.

—Puedo hacerlo yo sola sin que tú quieras, Nat. —Win se abrazó a sí misma, ocultando cualquier detalle de su cuerpo. Parecía incómoda, como si el hecho de

poder vislumbrar una mísera parte de piel fuese a matarla en cualquier momento —. Siento que haya sido tan ridícula como de costumbre, pero no sé nadar. Pensé que moriríamos en el río Charles y todo lo vivido se evaporaría. Si te soy sincera, he pasado bastante miedo.

Su franqueza me erizó la piel, deseé acariciar su rostro con la excusa de que todo esto nos beneficiaba a ambos, pero rehusó el contacto. Insistió en hacerse diminuta bajo el agua, de tal manera que escondió la boca bajo ella.

—Lo lamento —contesté—, aunque me encantaría entender tu manera de ver el mundo, Winter. Estás dispuesta a luchar por tu cotidiana vida, pero pareces rota en pedacitos muy pequeños. ¿Tanto miedo tienes de que pueda verte desnuda? Recuerdo hasta la cicatriz del apéndice que llevas en el vientre, ¿debo asustarme por ello ahora?

Su mirada plateada me atravesó por unos instantes. Pensé que vería miedo o enfado por mis palabras, pero solo encontré sorpresa. Sus mejillas blancas como la nieve se tornaron rojizas, y yo deslicé mi pulgar por su pómulo hasta llegar a su barbilla.

—No me aterroriza que me veas —hizo una breve pausa—, solo considero que no vale la pena.

Fruncí el ceño por la tranquilidad con la que me contestaba. Debería estar echa una furia por terminar empapada por mi gran plan por acallar los rumores.

Pero no. Estaba muy preocupada por su cuerpo, por las locuras que escapaban de manera improvisada de su personalidad y solo por eso no deseaba que la mirara.

—¿Y vas a actuar así cada vez que te meta en un lío? —pregunté de manera un tanto más profunda—, ¿o solo cuando quiera verte desnuda?

Winter se mantuvo callada durante unos segundos, deseaba desmenuzar mis intenciones.

—Pensaba que solo fingíamos cuando estábamos con los demás.

—Deberíamos hacerlo en cualquier momento para que parezca más fluido.

Separó los labios, no sé si con la intención de protestar, solo volvió a abrazar al silencio mientras volvía a moverse con sutileza. Perdí el contacto con sus iris grisáceos, además del semblante serio que me dedicaba.

—Empiezo a pensar que te gusta demasiado el erotismo. —Encogió un poco los hombros sin desaprobar mis palabras, me daba la impresión de que deseaba saber hasta qué punto quería llegar—. Solo espero que dentro de tus intenciones no esté saltar en paracaídas, disparar un arma o escalar una montaña.

—Tengo una empresa que trabaja en las últimas tecnologías, no en los deportes de riesgo. —Curvé mis labios hacia arriba—. Pero si tanto insistes en

hacer locuras...

—No, gracias. He tenido suficiente con mis órdenes de pirata que no sabe ni dónde está el norte. —Su piel se erizaba por la gélida brisa que se colaba por la ventanilla del baño—. Solo espero no tener que ahogarte en cloroformo para evitar las actividades peligrosas.

Una carcajada rasgó mi garganta de manera divertida.

—Nuestra convivencia tiene que dar a entender que nos queremos en el ámbito afectivo, no que deseas asesinarme. —Ladeé la cabeza entrelazando sus mechones a mis dedos. No era la primera vez que me embelesaba con aquel gesto, pero no tenía que darle explicaciones por hacerlo; fingíamos y tenía la libertad de poder acercarme a ella—. Nada de cloroformo, pastillas para dormir, atracar mi cuenta bancaria con intenciones que no sean lúdicas ni alimenticias.

—Sí, señor, ¿cuál es el siguiente paso en nuestra misión?

Winter alzó su brazo haciendo un saludo militar, negué con la cabeza varias veces porque no daba crédito a todo aquello que le pasase por la cabeza.

—Me encargaré de lidiar con mis tiburones. —Me levanté y sacudí un poco mis pantalones. No es que estuviesen sucios, era una manía que reproducía de manera involuntaria—. Parece que tienes frío, prepararé algo de café para cuando termines de bañarte.

—Debería preguntarles a los guardias forestales del parque si podrían pescar mi móvil de las profundidades del río —dijo como si nada—. ¿Crees que habrá posibilidades de que me libre de comprar uno?

—Lo dudo —contesté extendiéndole una toalla para que se levantara—. Iremos a comprar otro esta misma tarde si lo necesitas. No te preocupes por Autumn, le he dicho a Vince que no estamos preparando tu funeral, para que ella se quede tranquila.

—Gra...

Cuando tomó la decisión de levantarse, se tapó con las manos como si realmente fuese un desastre su desnudez. Se giró de manera abrupta, volviendo a esconderse dentro del agua, y me pregunté qué podía pasar por su cabeza para que no quisiese aceptar la toalla.

—Puedo salirme si lo deseas, Win —comencé a decir algo inquieto—. No tengo la intención de hacerte daño, si te sientes incómoda puedo esperarte fuera.

Ella suspiró con cierto pesar.

—Sé que no vas a hacerme nada —asintió con suavidad—. Nunca dudaría de tu manera de respetar a los demás. Es solo que no me encuentro cómoda mostrando mi cuerpo delante de nadie. Siento que...

Mis hombros se tensaron de manera considerable, esperaba no oír ese

rechazo sobre sí misma que tanto destacaba. Esa breve intuición por mi parte me llevó a soltar la toalla, quitarme el condenado pantalón de estar por casa, la básica blanca y los calzoncillos.

Los ojos de Winter bailaron por mi cuerpo sin dar crédito a lo que veía. No solo parecía recordar algunas partes que solo habían quedado grabadas en su subconsciente, sino que se puso tan colorada que parecía a punto de explotar.

—Pero ¿qu-qué estás haciendo? —Su pregunta quedó atascada en su garganta, tosió varias veces para no atragantarse con su saliva y desvió la mirada —. Si quieres bañarte solo espera a que salga del baño y...

No le contesté, me limité a tirar de su mano para sacarla de la bañera.

Cuando sus pechos chocaron con mi torso, no fuimos capaces de decir absolutamente nada. Sentía su corazón desesperado por escapar cuanto antes de su caja torácica. Estaba nerviosa. Encogida. Mostraba un halo de temor en sus iris plateados.

Mi mano izquierda se alzó nuevamente hacia sus mechones, mis dedos se volvieron a entrelazar con el color ébano de su pelo; cuando temí que dejaría de respirar, le mostré una pequeña sonrisa.

—¿Quieres hacer una locura?

—Yo no soy la de las locuras. —Win tragó saliva mirando alrededor un poco perdida—. Esa es Autumn.

—¿Lo dices por esa vez que fueron Ava y ella a probar tartas de boda, se pelearon y le metió la cabeza de manera sutil en el plato?

Mi compañera de piso se mordió los labios para no reírse. Sus mejillas parecían más vivas al desviar un poco el tema hacia otra persona, pero había que admitirlo, yo no sabía cómo Vincent no había dimitido de la vida en ese momento: enfrentar a tu futura mujer y a tu madre no debía ser nada bueno.

—Ven conmigo. —Tiré de sus brazos para sacarla del baño, correteé con ella pisándome los talones y me decidí a subir a la terraza con el semblante de ella turbado por el pavor.

—No puedes estar diciéndolo en serio... ¿y tu faceta de don Perfecto?

—Es de noche —le recordé—. Estamos en un décimo piso y solo nos va a ver el cielo repleto de estrellas. Bueno, también de contaminación lumínica.

—No tienes que demostrar nada, Nathaniel. —La rigidez de su cuerpo me supo a mala señal—. Sé muy bien que siempre seré ese témpano de hielo que todo el mundo teme acariciar. Pero ¿sabes qué? Me da absolutamente igual. Lo único que quiero es que nadie me mire, me juzgue o se ría de mí.

—Lo único que quiero demostrarte, Winter, es que incluso el hielo puede tener unas tonalidades de luz preciosas.

Nos mantuvimos la mirada durante unos largos segundos que me parecieron horas. De su piel escapaban breves senderos de gotitas que huían a una superficie plana que no las hiciesen caer. Me mantuve quieto en el primer escalón, con su mano entrelazada y la seguridad en mis ojos.

Yo no era un hombre temerario, me gustaba mantenerlo todo bajo control, pero los miedos de aquella mujer que lo significó todo para mí me dañaban más que la herida del pasado. Me atreví a dar otro breve tirón para que ascendiera hasta nuestra locura, quería que se sintiera preciosa como una estrella más en Boston.

—¿Estás seguro de eso?

—Completamente. —Sonreí con suavidad—. Además, seguro que te encantará decirle al mundo que le has enseñado el culo a la luna.

—¿Antes o después de beberme una botella de güisqui? —preguntó mirando hacia la vinoteca que tenía en la cocina—. No me cuesta nada correr hasta tu pequeño tesoro.

—Será más divertido salir en pelotas a la terraza, que te arrepientas y te bebas una de mis mejores botellas intentando olvidar el recuerdo.

—Eres astuto —me miró de reojo—, se nota que eres un hombre de negocios.

Como si hubiésemos retrocedido diez años, subimos corriendo los escalones. La muy bellaca me dio con la cadera con la intención de dejarme atrás. No sé si era una carrera hacia el exterior o si tenía que ver con mi imagen de hombre perfecto. Lo único que sé fue que me encantó oírla chillar de emoción con los brazos alzados mientras enseñaba su cuerpo al mundo.

Mis brazos apresaron su cintura con fiereza y mientras intentaba zafarse del calor de mis manos, me balanceé de un lado a otro disfrutando de aquel momento que me hizo sentir alguien normal y corriente, no un empresario que debía demostrar por completo su entereza.

¿Estaba fingiendo?

Era probable, pero si estaba rompiendo aquellos condenados límites por error, grabaría en mi piel su olor a vainilla, su maraña azabache moviéndose por el viento nocturno y aquella sonrisa que nos aferraba en un juego un tanto aniñado y que me recordaba lo bien que habíamos encajado siempre.

Capítulo 10

Saciar las necesidades femeninas

—Te pone.

La voz de Autumn me hizo dar un pequeño respingo. Intenté ignorar cada una de sus acusaciones porque debían importarme entre poco y nada.

—Sabes que no es verdad —contesté con cierta pesadez mientras doblaba el arsenal de ropa que había dejado caer sobre el sofá—. Que viva con un hombre no significa que exista tensión sexual.

—No sé cómo lo verás tú, Winter. —Su tono llamó mi atención. Estaba sentada en una de las sillas que conectaba la cocina con el salón. Sus pantalones de rizo en tono champán se adherían a la perfección a sus piernas. Llevaba una blusa bombacha en blanco roto que se anudaba por encima del ombligo y su pelo estaba recogido en una larga coleta baja—. Pero normalmente los compañeros de piso no corren desnudos hasta la terraza y se magrean como si estuvieran viviendo el amor más visceral de sus vidas.

—¿Nunca tuviste escenas poco adecuadas con Vincent?

Ella se llevó el dedo índice a los labios. No me sorprendió en absoluto que hubiese cambiado el color de sus uñas por un tono morado donde descansaban unos lirios perfectamente dibujados.

—Recuerdo haberle pedido que me acompañase a comprar ropa y que se metiera conmigo en el probador con otras intenciones.

—No sabía que te gustaban esas cosas. —Elevé la comisura de mis labios

hacia arriba, buscando ese punto que la haría torcer la boca—. ¿Hay algo que deba saber?

—Nunca he tenido problema de hablar sobre mi vida sexual, Win. —Ladeó la cabeza devolviéndome la jugada, la muy idiota me había hecho sonrojar con su movimiento de cejas—. Aunque tendrías que haberme preguntado hace un año porque ahora está un poco inactiva.

—¿Y qué me dices de tu asesor? Me comentaste que estaba insistiendo en la belleza etérea que desprendes todos los días.

Autumn engurruñó la nariz con cierta molestia, no llevaba demasiado bien gustar a los demás. Aunque hablase de todo solía ser bastante cerrada en algunos aspectos y este era uno de ellos.

—¿Adler? —La pesadez que mostró en sus ojos azules me dio a entender que se encontraba en un punto neutral de la relación—. Sé que desea muchas cosas de mí que yo no estoy dispuesta a dar. Lo único que quiero ahora mismo es saber vivir por mi cuenta y que mi felicidad no dependa de nadie.

—¿No has pensado en la posibilidad de conocerlo?

—¿Nunca has oído que no hay que mezclar los negocios con el placer? —Se acercó a mí y me dio una palmada en el hombro—. Pienso que es muy cierto.

—Pero necesitas un hombre para acabar con toda esa tensión que cargas en tu espalda. —Presioné con mi mano su mejilla, estaba un poco preocupada por su adicción al trabajo además de intentar ser impenetrable—. ¿No crees que algo de sexo te vendrá bien?

—Las mujeres tenemos necesidades femeninas, no necesitamos recurrir a un hombre para cubrirlas. —Como si acabase de recordar algo, me miró de manera traviesa—. He dicho que no quiero depender de nadie, pero sé quién nos haría muy felices en estos momentos.

—Solo espero que no se trate de otra de tus aplicaciones de citas —suspiré un poco cansada—. Cada vez que me arrastras a una de ellas tenemos que salir corriendo.

—La última no fue tan mala, Win, no seas dramática.

Abrí la boca terriblemente ofendida. Por supuesto que había sido un auténtico desastre. El hombre que había ido a su encuentro se había hecho una película tan grande que había hincado la rodilla sin ni siquiera conocerla.

Autumn casi se desmaya y yo habría aprovechado cualquier foto para recordarle que, por más que cenase de vez en cuando con alguien, jamás encontraría a un segundo Vincent.

Teníamos la estrategia de que, cada vez que mi amiga se animaba a salir con alguien, yo la esperaba en la barra. Si el chico presentaba algún síntoma de CDCF

(Capullo Desesperado Con ganas de Follar), yo me levantaba del taburete, llegaba a la mesa y le rodeaba los hombros como si fuésemos una pareja que buscaba una tercera persona para algo más íntimo. Las primeras veces no era nada creíble, me moría de vergüenza cada vez que tenía que fingir ser su novia. Después me acostumbré a pasar tiempo en los bares más bonitos de Boston: ella cenaba con algún hombre que no le llegaba al corazón y yo hablaba de mi vida con los camareros.

—¿Por qué ha derivado en esto la conversación? —Mi tono reflejó lo ofendida que me sentía—. No quiero acostarme con Nathan, nunca lo he visto de esa manera.

—Hace diez años no tuviste ningún reparo en llevártelo a la cama. —Alzó su dedo índice para hacerme guardar silencio—. Que no digo que esté mal buscar a alguien para pasar un buen rato, pero le hincaste las uñas en la piel y le dejaste unas marcas tan profundas que aún las conserva.

El corazón me dio un vuelco al pensar en mi época universitaria. Nathan y yo tuvimos una gran conexión desde el primer momento: podía contarle cualquier pensamiento que danzase por mi cabeza que me escucharía sin juzgarme.

Ese hecho me hizo tomarle cada día más confianza. Cuando salía de clase me esperaba con un café en la mano, su sonrisa tímida y las ganas de ponerme al día con sus proyectos de futuro.

No sé en qué momento le hablé de Bryce, la extraña relación que teníamos y lo intocable que me parecía. Nathan no se enfadaba al escucharme hablar de mis sentimientos, se sentaba a mi lado y narraba algunas anécdotas con sus amigos.

Ese día en el que mi ropa cayó al suelo y él me abrazó con todas sus fuerzas, supe que no debía dejarme caer al vacío. Tenía que haber retrocedido cuando mis labios buscaron los suyos, mis manos palparon su ardiente piel y nos tambaleamos sobre el sofá de su pequeño apartamento cerca del campus.

—Sé que no tendría que haber sobrepasado esos límites —admití algo avergonzada—, pero si tomé esa decisión hace años quizá la necesitaba. No voy a arrepentirme de lo que hice, Autumn, solo voy a improvisar como mejor me parezca.

—Y haces bien. —Su voz estaba cargada de sentimiento, acarició mi cabeza con suavidad y depositó un suave beso en mi mejilla—. El pasado ya está escrito, no merece la pena mirar hacia atrás con nostalgia.

—Supongo que tienes razón.

—Aunque no significa que ahora Nathan no esté como un queso, que estés viviendo con él y que tengas muchas oportunidades que Bryce eclipsaba en tu cabeza. —Volví a abrir la boca para excusarme, pero agarró mi nariz y tiró como

si tuviese tres años—. Nada de evasivas, Hielito. Lo que necesitas es a un viejo amigo que te recuerde que puedes tener el mundo bajo tus pies y vamos a ir a por él.

Parpadeé intentando hilar cada uno de mis pensamientos.

—¿Me acabas de llamar «Hielito»?

—Vamos, Winter, el invierno te favorece tanto como a Blake Lively su último vestido en la Met Gala.

—Empezaré a llamarte «Hojitas secas». —Di unos pasos hacia atrás notando cómo su mirada me fulminaba—. Ya sabes, te queda bien el color calabaza.

—Claro, como las que me dio Vince hace un año, ¿verdad? —Autumn se mordió el labio inferior, había empezado una guerra que no sabía si podría ganar—. Ven aquí, Win, y dímelo un poquito más cerca.

—N-No, prefiero morir en otro momento.

Mi amiga pareció intuir que mi forma de retroceder implicaba una huida brusca además de poco elegante. Con cierta sutileza se quitó los enormes tacones que se aferraban a sus tobillos, corrió tras de mí; y entre chillidos donde yo le pedía por favor que no me asesinara, Nathan abrió la puerta.

Nos quedamos quietas simulando ser dos estatuas griegas. Quién sabe, si aprendíamos a no respirar durante unos instantes habríamos pasado desapercibidas, pero mi compañero de apartamento, siendo tan listo como lo era, dejó el periódico sobre la mesa de la cocina y nos miró sin entender lo que sucedía.

—Bienvenido —dije sin ni siquiera buscar su mirada, estaba algo avergonzada por haberme atrevido a exponerme desnuda delante de él—, ¿un café?

—Solo si no estáis haciendo de las vuestras. —Sus ojos se deslizaron de mí a Autumn—. Tengo una reunión y no puedo ir a salvaros después.

—¡Maldito Vincent! —exclamó mi amiga, acomodando las manos sobre las caderas—. Es que sois unas malditas marujas, ¿dónde ha quedado el «no me importan los consejos de ministras que soléis hacer»?

—Lo siento por ti, Ángel —Nat se deshizo el nudo de la corbata con despreocupación—, pero vuestras trastadas siempre nos han dado la vida, portaos bien y tened cuidado.

Antes de que mi amiga pudiese protestar, Nathan pasó por mi lado y se metió en su habitación, quizá nos sentimos dos niñas de tres años que tenían intención de subirse al tobogán más alto para sentirse las reinas del mundo.

***

—¿Debo preocuparme porque estés conduciendo por VFW Parkway con Anne Marie haciendo temblar los altavoces del coche?

Mi voz se alzó por encima de los acordes de la cantante, quería llamar la atención de mi amiga, que no dejaba de rasgarse las cuerdas vocales con *Say My Name*. Sus dedos tamborileaban sobre el volante, parecía perdida, como si el ambiente en el que solíamos danzar le quemase de una forma similar a una traición.

—¿Qué?

—¡Que si tienes ganas de que nos convirtamos en una loncha de queso en la carretera! —Autumn dio un respingo y bajó el volumen—. Parece que estás en el *Need for Speed*.

—Lo siento —susurró muy bajito, echándose unos mechones traviesos hacia atrás—, es que odio que se hable de nosotras como si fuésemos la versión cutre de *Chicas malas*.

—Debes admitir que nos pasa de todo.

—Lo sé —contestó un poco pensativa—, me encantaría decir que lo hacemos a propósito, pero creo que hemos gastado el cupo de suerte para toda la vida. Ahora me gustaría ser un Sim, quizá cambiaría de aspiraciones y me iría algo mejor.

Deslicé mi mano sobre la suya, intentando infundirle algo de fortaleza. Sabía que sus emociones eran una montaña rusa cuando no se sentía protegida tras su máscara de indiferencia, por eso apreté el contacto sobre ella y esbocé una sonrisa.

—¿A quién vas a presentarme? —Autumn me miró sin comprender—. Dijiste que sabías de alguien a quien necesitaríamos, ¿recuerdas?

—¡Ah! —Un brillo travieso pareció despertar en sus iris azulados, deshizo el contacto entre nuestras manos y puso en el reproductor *California Girls* con la intención de empoderarnos—. Solo vamos a una tienda erótica en West Roxbury.

Parpadeé un poco aturdida. Por un momento pensé que había entendido mal sus palabras, pero cuando divisé el enorme letrero morado con el nombre Amazing Intimates & Smoke supe que no estaba bromeando.

Autumn aparcó en batería cerca de la puerta. No sabía dónde nos encontrábamos, deduje que se trataba de un pequeño polígono industrial alejado de la mano de Dios. Intenté cubrirme del sol, no es que calentase mucho, pero me molestaba en los ojos.

—Si no fuera porque voy contigo pensaría que vas a secuestrarme.

—¡Qué exagerada! —Cerró de un golpe la puerta mientras se colocaba sus bonitas gafas de marca—. Hemos venido a por alguien que no nos va a traicionar, principalmente porque no habla ni se queja.

Subimos los escalones que nos separaban de la tienda. Una vez que entramos, el olor a cereza acarició por completo nuestras fosas nasales. Me sorprendió que el interior fuese tan amplio. La enorme moqueta en tono gris perla provocaba que nuestros pies se deslizaran por el lugar. Nada más entrar observé un maniquí con una peluca castaña rizada que iba ataviado con un traje de cuero negro y una fusta en la mano. Tragué un poco de saliva; no es que me pareciese mal, pero a mí me suponía un mundo el juego de dominar en la cama.

—Win —giré sobre mis talones viendo como mi amiga me hacía señales desde un estante—, están aquí.

Fruncí un poco el ceño, seguía sin saber a qué se refería, pero eso no disipó la curiosidad que tenía sobre el tema. Caminé hacia ella observando la hilera de consoladores que descansaban sobre la pared. Había algunos kilométricos, otros diminutos para esconder en el bolso y alguno con mando para que fueses la víctima perfecta de tu pareja.

Yo nunca había usado ninguno. No había un motivo concreto tras ello, simplemente no se había dado el caso. Alcé la mano sobre uno que no era más grande que mi mano, hice girar la caja para leer la descripción, tan abrumada como sorprendida.

—¿Vas a llevarte ese? —Autumn se acercó a mí con una sonrisa en los labios. Me daba la impresión de que no habíamos venido hasta aquí solo por su deseo de olvidar a los hombres—. ¿Por qué no lo pruebas?

—¿Tu intención es que llegue a casa con un mini Nat para que lo vea? —pregunté mientras imaginaba la escena, sintiéndome un poco payasa—. Creo que me moriría de vergüenza.

—Es algo natural. —Restó importancia a cada una de mis preocupaciones. Sin ni siquiera pensarlo, alzó su mano para dejar caer en las mías un consolador pequeño de color azul claro y biodegradable—. Deberías darte un capricho de vez en cuando.

Con la misma socarronería que solía dedicarme, miré de reojo a los «penes de bolsillo» que había en la pared, atrapé uno en tono grisáceo, algo más grande que el mío y se lo extendí.

—Te presento a Vinny, espero que os llevéis bien. —Autumn abrió la boca ofendida—. Tranquila, no tendrás que soportar a su madre ni volver a pedirle los papeles del divorcio. Es un poco más sumiso.

—Y tú, un poco traidora —contraatacó de manera mordaz—, sabes que me la cobraré, ¿verdad?

—No lo dudaba.

Cuando fuimos a pagar no recordé que mi dinero esas semanas era más escaso de lo habitual. Estaba trabajando mucho menos ante la insistencia de Nathaniel por encargarse de mis necesidades. Abrí el monedero y me encontré la parte de los billetes vacía, un sentido de la vergüenza me envolvió.

¿Cómo se me había ocurrido comprar un juguete sexual cuando debería preocuparme por cómo llegar a finales de mes?

La culpabilidad hizo que mis manos temblaran, incluso sentía la necesidad de marcharme sin comprar nada. Autumn pareció comprender mi posición, sabía que mi compañero de apartamento era muy cabezota con su forma de lidiar con la convivencia. Atrapó de mis manos el consolador azulado al que apodó como Naty, y nos marchamos cogidas de la mano como dos hermanas que habían conseguido llevar a cabo la trastada perfecta.

—Lo siento.

—Discúlpate cuando hayas hecho algo malo y de verdad quieras demostrarle a la otra persona que te has equivocado, Win. —Me abrazó con todas sus fuerzas —. No por unos trozos de papel que tú me darías en cualquier otra situación.

—¿Sabes que te quiero, verdad? —Torcí los labios, algo aniñada.

—Siempre.

***

El apartamento de Nathan estaba en penumbra cuando giré la llave y me empapé del aroma a fresa que había sugerido como ambientador. Tanteé la pared hasta dar con el interruptor que iluminaba parte de la estancia. Como era algo desordenada, dejé las llaves sobre el mueble del recibidor, canturreé algo de Becky G mientras me descalzaba y bailé un poco en dirección a la habitación.

No esperaba que mi compañero de apartamento estuviese sentado en el sofá con sus gafas de cerca y el ordenador sobre los muslos. Tampoco conté con la posibilidad de que sus ojos pasasen de mí a la bonita bolsa morada de purpurina con el eslogan de la tienda erótica.

—¿Has estado de compras?

Su pregunta me pareció que tenía doble sentido. Pensé rápido varias posibilidades de respuestas, pero ninguna excusa me parecía lo suficiente buena

para salir del paso. Cogí aire, apreté la bolsa con fuerza y dije:

—He comprado un consolador.

Nat alzó las cejas un poco sorprendido por mi respuesta, dejó el portátil sobre la mesita de café y me miró con curiosidad. El iris azul oscuro de sus ojos parecía cambiar a un negro un tanto peligroso. Quizá tanteaba cualquier posibilidad para desarmarme como últimamente hacía.

—¿Para quién?

—¿Para mí? —Mi tono fue un tanto irónico, ni se me había pasado por la cabeza comprar algo para los dos. Era cierto que estábamos dentro de un terreno peligroso con el tema de fingir, pero no me arriesgaría de esa manera—. ¿Por qué me preguntas algo así?

—Pensaba que era para nosotros.

Su respuesta me cortó por completo la respiración. Me hubiese gustado mostrar mi sonrisa más estúpida y esconderme en la habitación. Pero no podía dejar de mirarlo, se había levantado con aquellas gafas de ejecutivo cansado que lo hacían mucho más atractivo de lo que ya era; se acercó a mí, tomó la bolsa en su mano y ladeó la cabeza divertido.

—Hay cosas que no tenemos por qué compartir y Naty es una de ellas.

Me di un bofetón mentalmente por mis palabras. Pensaba que en mi mente sonaban mucho más imponentes, pero solo le había dejado caer que mi nuevo amigo se llamaba como él.

Lo normal, vamos.

—Así que «Naty». —Una risa suave escapó de sus cuerdas vocales—. No sé hasta qué punto tu inocencia me está pasando factura, Blancanieves, lo mejor sería que pidiésemos tu pizza favorita y pongamos una película.

—Pensaba que te gustaba fingir en todo momento.

—Y así es —tiró de mi mano para acomodarme en el sofá—, pero hay situaciones que es difícil enfrentar en una posición así y yo necesito procesar que tu nuevo consolador tiene mi nombre. Ahora mismo mis pensamientos giran alrededor de la condición que me impusiste y quiero seguir en mi posición de empresario capullo.

—¿Puedo saber el motivo con sinceridad?

—Porque la idea de acostarme contigo para que luego vuelvas a marcharte me parece tan macabra como tu silencio.

La película que estaban echando en la televisión nos pareció mucho más interesante que tener que lidiar con aquella conversación.

Capítulo 11

Domadora de fieras

Estaba decidida a imponerme.

Me resbalaría que don Perfecto prefiriera que me tomase mi nueva vida como si fuera la mujer de Elvis; podía levantarme a cualquier hora, usar la cafetera italiana en color rosa que me había comprado, o tomar el sol en la terraza.

Pero se había acabado.

Era hora de volver a la realidad y seguir ahorrando para comprarme el diminuto apartamento en el que llevaba viviendo parte de mi madurez. Ese lugar me había traído demasiadas cosas buenas. Aprendí a cocinar sin miedo a llamar a los bomberos, decoré a mi gusto, olvidando las críticas de las personas de mi alrededor, y dormí en el sofá con una camiseta mal puesta disfrutando de que nadie entraría por la puerta y me despertaría con un horrible estruendo.

Podía ser un sueño de lo más típico o quizá no podría considerarlo como tal, pero si había aprendido algo en la universidad era que acallar los juicios de mi cabeza me hacía comerme el mundo.

Cuando llegué a Commonwealth Avenue tuve que agarrarme a la farola más cercana para no caerme de culo al suelo. Me dejó sin aliento la hilera de mansiones del año 1899 que se alzaban con su ladrillo rojizo como si tuvieran vida propia. Tragué saliva deslizando mi mirada para seguir por mi aspecto. Me sentía fuera de lugar por haber elegido unos pantalones de chándal oscuros, una blusa que le había regalado a mi padre y me había terminado quedando, además

de un moño mal hecho del que escapaban algunos mechones.

Caminé hasta el 167, comprobando si aquella puerta de madera con pomos dorados era el lugar donde trabajaría ese día. Al confirmar cada una de mis sospechas, permití que mis nudillos la acariciasen. Debía mostrar un semblante relajado, como si estuviese acostumbrada a bailar entre ricos todos los días.

Un hombre de unos sesenta años con un bigote que parecía un acordeón me dio la bienvenida a una mansión con nombre y apellidos, ni siquiera recordé cómo la había apodado; sonreí algo tonta y caminé pisándole los talones mientras me mostraba la planta baja de la casa.

En el anuncio que había leído por internet buscaban a una chica joven, con experiencia, que pudiese encargarse de los hijos de la familia. La labor no me supuso demasiado problema, estaba acostumbrada a cuidar niños tras salir de la ferretería los fines de semana y cada vez que se me presentase. Pero me extrañó no verlos sentados en el salón ni correteando por las amplias estancias en un acto de rebeldía.

—¿Y los niños? —pregunté con curiosidad—. Entiendo que me tenga que enseñar dónde está la cocina para preparar las comidas y el baño para mis propias necesidades, pero no los veo por ningún sitio.

—No debe preocuparse por atender el hambre de los hijos de los señores. —Fruncí el ceño sin comprender muy bien a qué se refería, me condujo hasta el enorme patio interior, donde unas amplias mesas decoradas con la mejor vajilla esperaban a sus invitados—. Su labor consiste en atender a todos los menores que asistan a la fiesta.

—¿Cómo dice?

—Son doce niños entre siete y diez años —continuó su discurso como si se lo hubiese preparado antes de abrirme—, pero no se preocupe, estamos preparando la bomba de aire para inflar el castillo hinchable.

Una carcajada irónica escapó sin previo aviso de mi garganta. Me encantaba la publicidad engañosa de los últimos trabajos en los que había estado. La última vez consistía en cuidar a una señora mayor, sin apenas movilidad, que necesitaba ser vigilada por la noche. Debía ser fácil. Me sentaría a su lado mientras la oía hablar de sus amores del pasado y me pondría a leer cuando se durmiese.

Cuando el hijo mayor de Dorothea, que así se llamaba la señora, me presentó a su madre con una carita de pena horrible, me temí lo peor. Me habló de su medicación, de lo que podía cenar y qué debía restringir. Al salir por la puerta, Thea, siendo una auténtica caja de sorpresas, se levantó del sofá reclinable donde se estaba haciendo prácticamente la vegetal, quitó la manta que cubría su cuerpo y mostró su falda larga en tono caoba, su blusa en tono plateado, los largos

collares que descansaban sobre su cuello y los tacones que escondía bajo el brasero.

«¿Ya se ha ido? Entonces ya podemos irnos al bingo. Ponte un cinturón en las bragas, Blanquita, esta noche no se duerme», me dijo mientras me llevaba por medio Boston entre cartones que ganar al condenado juego, margaritas y bailes que me tuvieron la espalda adolorida durante semanas.

Esperaba que esto no fuese del mismo estilo.

—¿Entonces qué se supone que debo hacer? —insistí ganándome su mirada repleta de reprobación—. Si son niños tan grandes, no creo que quieran escucharme desafinar mientras hago palmas.

—Solo debe ser su entretenimiento, señorita Adams, ¿lo ve demasiado difícil?

—Ha dicho que serán doce niños —contesté con la misma elegancia que usaba para hacerme pequeñita—, no la edad, ni qué es para usted el entretenimiento.

Él se giró con las manos entrelazadas sobre su vientre, no me había fijado en la camisa perfectamente planchada que llevaba, ni tampoco en la pequeña plaquita donde ponía «Smith» en la parte derecha de su pecho.

—Se suponía que tenía experiencia para lidiar con cualquier infante —me recordó intentando descubrir si mi currículum era una mentira—, seguro que se le ocurre algo.

Abrí la boca para protestar, no quería sentirme como un pulpo en un garaje. Deseaba poder moverme a mi propio ritmo sin tener que estar preguntando continuamente si mis decisiones eran acertadas. Smith no me permitió hacer más preguntas, pasó por mi lado mientras decoraban el jardín con globos, luces en forma de flor y el condenado castillo se alzaba.

«¿Dónde me había metido?».

***

Los acordes del grupo instrumental que había contratado la familia eran eclipsados por los gritos desgarradores de los pequeños demonios que tenía que supervisar. Quizá el violín podía llegar a su nota más alta, la trompeta hacía reverberar mis oídos, pero nadie superaría los chillidos de unos niños de primaria que se te metían en el órgano auditivo.

Había hecho todo lo posible para tenerlos a todos en el mismo sitio: propuse juegos de búsqueda, me animé a cantar alguna canción acorde a su edad e

incluso me senté con ellos en el suelo para hacer algunas posturas de yoga.

Nada aliviaba el nerviosismo que les hacía correr de un lugar a otro.

Opté por dejarlos corretear por el jardín; mientras no molestasen a los invitados ataviados en sus mejores trajes de etiqueta, Smith no tendría por qué amenazarme con la mirada. Pero estaba cansada de correr detrás de cada uno cuando se atrevían a meter las manos en la comida del cáterin, pegaban patadas a una pelota y caía sobre la mesa.

«¿Y Autumn decía que los hijos de Greta eran monstruos? Estos parecen ser los hijos del monstruo que vive debajo de mi cama».

Tenía que pensar y debía hacerlo antes de que los bonitos globos en tono pastel terminasen por desaparecer por completo. Uno de los niños más pequeños, Dutch creo que se llamaba, no dejaba de subirse a uno de los árboles para hacer caer la pequeña cuerdecita donde se encontraban: quería explotarlos y yo no entendía, con lo que me gustaban los niños, las ganas que tenía de asfixiarlo.

Una de las camareras que pasó por mi lado con una bandeja repleta de champán llamó mi atención. Miré disimuladamente a mi alrededor para que nadie dudase de mi eficacia con las fierecillas, cogí una copa y no tardé en degustarla en cuestión de pocos segundos. Opté por tomar otra con la misma sutileza que tendría Catwoman en un evento con tanta gente y alivié un poco la tensión de mis hombros.

Necesitaba un plan.

Uno de verdad.

Mis ojos se deslizaron por las sillas vacías, no sé cuánto tardaría en dar comienzo la celebración, tenía que aprovechar ese instante para entrar, esconderme en el baño y sacar mi arsenal más pesado.

Dejé mi mochila caer al suelo, me acuclillé sobre ella y tanteé el delantal rosa decorado con flores de goma eva, purpurina, además de lazos de colores. Un rostro pálido que conocía demasiado bien me devolvió la mirada. No me gustaba mucho el maquillaje, así que podía ver a la perfección mis ojeras.

La noche anterior había tenido un sueño de aquellos de los que hablaba Autumn. En él me encontraba en la cocina, preparando un poco de pasta de manera despreocupada hasta que los brazos de Nathan rodearon mi cintura. Su aliento erizó hasta la última parte de mi cuerpo, cuando creí que volvería a sentir el frío de la noche me aferró contra la encimera, tiró de mis pantalones cortos de estar por casa y buscó la fricción de nuestros cuerpos.

Me desperté sudorosa, sin ser capaz de que el aire llegase a mis pulmones. Tuve que levantarme, prepararme un poco de leche caliente e intentar olvidar la mala jugada de mi subconsciente.

Yo no era así.

Era mucho más romántica que amante del sexo, pero esa extraña conexión que se palpaba entre nosotros me enfadaba y tentaba por partes iguales.

Sacudí la cabeza con la intención de volver a la realidad, saqué mi pequeño estuche con ceras faciales y coloreé mi nariz de rojo, sintiéndome una auténtica payasa. Cambié de tono, dibujé unas alas en mis mejillas y espolvoreé purpurina por mi rostro.

Quizá de esa manera llamaría la atención de aquellas fieras.

Mis labios se curvaron hacia arriba, volví a buscar mi rostro en el espejo. Cuando me encontré con esa chica sin preocupaciones me apresuré hacia el jardín dando unas palmadas para llamar la atención de mis pequeños.

Una vez que me vieron, se quedaron estáticos observando cada trazo que recorría mi rostro. No era muy buena en las artes gráficas, me anoté mentalmente un punto positivo por los ruegos para que hiciera de sus caras un auténtico Picasso.

Me senté en el suelo con una larga fila de doce niños esperando su turno. Para algunos deslicé la cera, creando coronas de princesa. Otros me pidieron unas grandes formas circulares en las mejillas, como el payaso satánico de Saw, y los restantes disfrutaron con orejitas de oso y un gran círculo que cubría sus narices y bocas.

Deseché la idea de los juegos con normas, lo único que conseguía con ellos era perder por completo su atención, así que terminé saltando efusivamente en el enorme castillo hinchable que cubría la mitad del jardín. En un principio quise controlar a mi niña interior, pero la dejé hacer lo que le diese la gana: alcé mis brazos cantando a pleno pulmón, salté de rodillas, me tiré sobre la parte hinchable y rodé como si me tratase de un rollito de primavera.

Era curioso que mi lado adulto guardase silencio durante todo aquel tiempo, estaba tan ensimismada en la diversión que me percaté de que nos enfrascamos tanto en el deber que perdemos por completo nuestra esencia.

Me quedé tumbada boca abajo, apoyé los codos sobre la parte inflable y sostuve mis mejillas mirando al exterior: qué fácil sería volver a tener menos de dieciocho años.

—¡Señorita Adams! —gritó Gretchen, la niña de pelo rizado que llevaba un vestido estampado de flores—. ¡A que no puede saltar mucho más alto que yo!

No dudó en tumbarse sobre mi espalda, y seguidamente solté una carcajada.

—Soy más alta y podré atraparte.

Dutch se alzó sobre ella, apoyó la cabeza en su hombro, mirándome con una chispa de diversión en sus ojos marrones.

—Pues jugaremos al escondite, y como eres taaaan grande, te atraparemos en poco tiempo.

—Soy amiga de la gata más astuta de Gotham, dudo que puedas hacerlo. —La diversión en mis labios era visible, me reí a pesar de que el pequeño peso que tenía encima comenzó a hacerse más notorio cuando la torre se hizo más y más grande—. Pero voy a morir antes de poder demostrarlo.

Deshice mi posición actual con la intención de apoyar las manos sobre el castillo, hice fuerza sintiéndome el mismísimo tiranosaurio rex. Los chillidos de emoción eran estridentes y bailaron por mis oídos cuando nuestra tambaleante torre se hizo añicos en cuestión de pocos segundos: ellos cayeron a mi alrededor y yo salté emocionada alzando los brazos en señal de victoria.

—¿Winter?

Esa voz aterciopelada deshizo por completo la sonrisa que se alzaba sobre mis labios. Conocía a la perfección ese matiz grave que envolvía cada una de las sílabas que usaba para decir mi nombre.

Mis ojos se deslizaron hasta la entrada donde Nathaniel Carter, ataviado con un traje gris oscuro y una carpeta entre sus manos, me miraba con una mezcla de desconcierto y asombro.

No sabía qué hacía allí, ni por qué era el invitado de mis jefes esa tarde, lo único que entendía era que la purpurina que coloreaba mis mejillas no le hacía justicia a mi sonrojo. Me mordí el labio mientras salía de la fortaleza: él impoluto, yo disfrazada de payasa.

En ese momento me di cuenta de lo diferentes que éramos. Por mi parte solía improvisar mi día a día. No me importaba trabajar en una tienda, en casa de alguna familia o reponiendo los alimentos de un supermercado. Podías encontrarme en cualquier lugar porque no me cerraba a nada. Y luego estaba él, aferrado a su deber como director ejecutivo de su empresa, con sus iris azul oscuro serios y su gran séquito pululando a su alrededor.

Pude ver cómo Anwen caminaba a su derecha, a los ingeniosos Epi y Blas correteando tras los pasos de su superior y, por supuesto, a Jorell, observándome por encima como si fuese mucho mejor que yo.

—¿Q-Qué estás haciendo aquí? —pregunté en un hilo de voz.

—El señor García es uno de los inversores de mi empresa —comenzó a decir con lentitud—, ha preparado este evento para hablar sobre las baterías solares para los teléfonos móviles.

Quise que me tragase la tierra. Al parecer no había tenido suficiente con el carrito a la deriva y la canoa hundida. Con esto acababa de terminar de demostrar lo ridícula que era, por lo que escondí mi vergüenza tras mis manos.

Quizá de esa manera el mundo desaparecería.

Capítulo 12

La parte más ridícula y adorable

Nathan

—Qué mierda.

Su protesta escapó de sus labios de una forma tan espontánea que me habría gustado reírme si no fuese por la situación en la que me encontraba. Winter cerró los ojos, maldiciéndose por su pérdida de papeles, miró hacia atrás y encontró a varios niños saltando como locos con aquella bonita palabra en la boca.

—Me van a echar. —Pellizcó el puente de su nariz. Me encantó ver cómo su gesto la llevó a tocarse la punta, coloreando las yemas de sus dedos de rojo—. Tengo que solucionar esto.

—Creo que deberías irte.

Sus ojos grises me traspasaron en cuestión de pocos segundos. No sé si fue mi tono, la forma en la que apretaba la carpeta o mi propio miedo a quedar en evidencia por tercera vez. Quería zanjar cuanto antes los susurros a mi espalda, las estúpidas risas cuando observé cómo escapaban de sus mechones oscuros algunas pegatinas.

—¿M-Me estás echando de mi propio trabajo? —Su pregunta la dejó sin voz—. ¿Crees que tienes el poder suficiente para decirme que me vaya a casa en estos momentos?

—Avisaré a García de que te encontrabas mal. —No fue capaz de responder,

me centré en la suave brisa que mecía la hilera de globos—. Tanto tú como yo no queremos que esta situación sea incómoda.

—Es decir que te avergüenzas de que no lleve un bonito vestido de marca. —Asintió en silencio encogiendo mi corazón—. Tranquilo, puedo parecer idiota, pero he entendido la situación. Quizá si no fuese la chica que finge ser tu novia, te daría igual que estuviese saltando dentro de un castillo hinchable.

—Winter —la amonesté sin querer llamar demasiado la atención—, hablaremos después.

Ella no dudó en mostrarme su decepción. Me había preocupado de su bienestar en situaciones anteriores, pero mi trabajo peligraba y si quería que todo volviese a su cauce, debía imponerme.

Aunque me sintiera culpable más tarde.

La sonrisa fingida que mostró a mi equipo fue demasiado elegante para mi gusto. Supo de primera mano que estaba siendo juzgada, que las carcajadas no se alegraban de verla, sino que se mofaban de su posición.

Actuó como una mujer de los pies a la cabeza; podría haber alzado una guerra con tal de dejarme en ridículo, pero se limitó a guardar los utensilios de su jornada laboral y marcharse sin dirigirme ni una palabra más.

—¿Esa era tu novia? —Jorell apoyó una mano sobre mi hombro—. Espero que al menos sepa chuparla bien, porque...

—Lo que me haya cautivado de Winter es asunto mío, no tienes que denigrar su posición ni su género porque estés cabreado conmigo. —Le dediqué una mirada lo suficientemente fulminante para que levantase las manos en son de paz—. Hazme un favor y deja de actuar como un adolescente que intenta vengarse: no me das miedo, me causas pesadez.

—No te lo tomes a mal, Nat, pero creo que has sido tú quien la ha despachado de manera amable.

Cerré los ojos sintiéndome derrotado.

No podía llevarle la contraria en ello. Había sido yo quien le había susurrado que se fuese a casa, que dejase de destacar de una forma tan ridícula que me hacía poco creíble para mis trabajadores.

«Eso es siempre lo que más te ha gustado de ella y acabas de presionar en una herida sin cicatrizar, imbécil».

Me acomodé en la mesa sin importar que el evento no hubiese empezado. Tenía grandes expectativas con la propuesta de García, pero ahora me sentía un gilipollas más en el mundo. Alcé una de mis manos buscando una copa de cristal decorada con el champán más caro que Brenna García hubiese elegido para la ocasión. Permití que el líquido dorado acariciase mis labios y descendiera por mi

garganta como si se tratase de la mismísima ambrosía de los dioses.

—¿Continuamos con la reunión o la posponemos?

Anwen se sentó a mi derecha, parecía saber muy bien qué tenía en la cabeza. No podía decir que no me gustase su forma de trabajar en Carter's; era lista y tenía una gran intuición para los negocios, aunque odiaba la seguridad que transmitía cuando estaba a mi lado.

Desde que ocupaba el puesto de Vincent, parecía dispuesta a hacer y deshacer a su antojo. No me desagradaba su manera de buscar innovación para mi empresa, pero me daba la sensación de que no tenía límites para llevar a cabo todo aquello que pululaba por su cabeza.

—No tengo nada que posponer.

—Pensaba que no estarías de humor —contestó como si nada—. Sé que intentas demostrar que Winter es perfecta para caminar a tu lado tras lo sucedido con los Cooper. Quizá no sea la adecuada. No te lo tomes a mal, por favor, es solo un consejo: un hombre de negocios necesita a una mujer segura de sí misma a su lado, no a alguien que pueda romperse por unas míseras carcajadas.

—Toda mujer es válida para ir de mi brazo si yo soy quien la ha elegido.

Ella me observó durante unos largos segundos, abrió el portátil pequeño que llevaba entre sus manos y mantuvo el silencio entre nosotros. Le importaba mucho más tener los honores que desviar la conversación por un ámbito más personal.

«Es que le encanta dejar la semillita de la inseguridad en las personas de su alrededor».

—Caballeros.

La voz de García me hizo levantarme de la silla. A pesar de encontrarse en su propio hogar, iba vestido con un traje de corte italiano en tono chocolate. Tiró de las solapas de la chaqueta, curvó su sonrisa escondiendo la comisura de sus labios tras su poblada barba y presidió la mesa con una seguridad abrumadora.

—Gracias por la invitación —dije asintiendo brevemente con la cabeza—. Podríamos haberlo llevado a cabo en la oficina, pero esto ha sido un auténtico privilegio.

—Cuando hablamos de negocios —comenzó a decir con cierta delicadeza—, te comenté que los cerraríamos por todo lo alto y creo que este es el vivo ejemplo de que cumplo mis promesas.

—No dudaba de ello.

Me acomodé en la silla, soltando un leve suspiro, aunque la tranquilidad no duró demasiado tiempo. Llevaba trabajando con mi inversor latino desde hacía dos años: era codicioso, seguro de sí mismo, además de caprichoso.

La mirada con la que me encontré cuando entrelazó sus dedos me supo amarga en la garganta. No hallé ningún atisbo de diversión en sus ojos, incluso podría decir que no estaba demasiado seguro de tenerme en su bonito evento.

—¿Algo va mal?

—Me temo que sí —respondió él con cierta aspereza—. Estaba convencido de que nuestra confidencialidad jamás se vería afectada, pero me temo que saber que han copiado mi idea de utilizar la energía solar para baterías móviles me hace sentir decepcionado.

—¿Copiado? —Parpadeé algo aturdido—. De mí no han salido ningunas palabras relacionadas con tu idea, García.

—Nadie más sabía sobre ello. —Se levantó de manera abrupta, me alegré de que la silla no chirriase cuando tiró de ella hacia atrás—. Exijo una indemnización por romper esa pequeña cláusula.

—Ni siquiera firmamos el acuerdo.

El corazón me dio un vuelco, no tenía la intención de tenerlo de enemigo. Sabía lo peligroso que podía ser en los negocios y no me interesaba que todo esto alzase una guerra entre nosotros.

Yo no había hablado nada sobre el proyecto. Tan solo acababa de comentárselo a Winter para que supiese del asunto, así que no habría tenido tiempo para decírselo a Autumn y colgarlo en redes sociales.

—Es curioso que destaques por tu sinceridad y ahora mientas de una forma tan vil. —Me enseñó sus dientes de una manera un tanto cínica—. Danvers ha publicitado mi idea y pronto la sacará a la venta.

—¡¿Cómo es eso posible?! —Di un golpe a la mesa, alarmado—. Llevo muchos años en esto y nunca iría a la competencia a vender las ideas de un amigo, Hugo.

—Me encantaría creerte, de verdad, pero estamos hablando de mi trabajo, mi nivel de vida y el de mis hijos, así que no estoy dispuesto a hacerlo sin hechos. —Acomodó las manos dentro de sus bolsillos, dirigiéndome una última mirada—. Ochenta mil dólares por este estúpido escándalo que ha llegado a Londres, Nathaniel. Si no es solventado en este mes me veré en la obligación de retirar mi dinero de Carter's.

—No puedes estar diciéndolo en serio.

—Solo hay dos cosas que me hacen ir a contracorriente: las traiciones y mi mujer.

Apreté los puños sintiéndome impotente. Deslicé mis ojos hacia Jorell, que cruzó las piernas de manera despreocupada. Algo me decía que estaba complacido de ver a Winter con sus mejores galas y a Hugo García al borde de la

ira. Pero debía callar, porque acusar a mis confidentes tan solo haría que me señalaran, y ya tenía suficiente con su hambre por los rumores.

***

Irme de copas con Wallace fue la peor idea de mi vida. No solo tuve que lidiar con sus largas charlas relacionadas con su divorcio, lo injusta que estaba siendo su mujer al descubrir su homosexualidad y su miedo por enfrentar la vida desde fuera del armario; también me contó todos los cotilleos relacionados con Vince, Anwen y las bonitas deudas que empezaban a hacerme daño en la espalda.

Tenía la intención de que mi pequeña huida de la realidad me diese un buen respiro, pero sentía que mi mundo empezaba a reducirse a cenizas. Acaricié mis sienes entre güisqui y güisqui, no sé si fue el alcohol lo que me dio la valentía de volver a casa o simplemente estaba dispuesto a enfrentar cualquier mierda más esa noche; metí la llave en la cerradura, giré el pomo y un delicioso olor a pizza empapó mis fosas nasales.

Me sorprendió que las luces estuvieran encendidas, conociendo a Winter ya se encontraría escondida en su cama de noventa y no querría hablar más sobre lo sucedido.

Me equivoqué.

El ruido parecía haberla alertado. No abrió las dobles puertas que daban a nuestra habitación compartida, sino que descendió los escalones deleitándome con un fino vestido color mostaza poco adecuado para la época en la que nos encontrábamos.

—¿Has pedido pizza?

—Mi adicción a la comida basura —admitió sin ningún tipo de vergüenza, encogió un poco los hombros y escondió sus manos tras su espalda—. Te he dejado unos trozos, suele estar deliciosa incluso fría.

—Gracias, pero si como algo creo que vomitaré.

Me tambaleé un poco hacia el sofá, había sido un día de mierda y lo que menos me apetecía era que me viese de esa manera. No es que no supiese lo que hacía. Conocía mi cuerpo lo bastante como para saber que no era el momento para darle una segunda cena.

—¿Has bebido?

—Puedo contar los dedos de tus manos, Win —gruñí un poco echándome hacia atrás—. Además, siempre eliges cinco, luego tres y después me enseñas el

dedo corazón.

—¿Cómo es posible que te acuerdes de cosas tan estúpidas?

—Porque no se me escapaba ningún detalle de ti. —Me cautivó que sus mejillas tuvieran la facilidad de sonrojarse con unas simples palabras, pero creo que me sorprendía más el hecho de que no quisiese discutir tras lo sucedido antes. Winter no era una persona rencorosa. Solía molestarse con lo que no le parecía justo, aunque era dócil como un gato—. ¿Vas a mandarme a dormir al sofá esta noche?

—Sigue siendo tu casa, Nat.

—Tienes el poder de una novia de mentira —la comisura de mis labios se alzó de manera divertida—, parece ser irrelevante, pero fingir implica todo.

—No tengo tan mala leche. —Acortó la distancia entre nosotros solo para hablarme mirándome a los ojos. Con sutileza apoyó las manos en la mesa de la cocina y me observó con cautela—. Tienes suerte de que no sea Autumn.

—La verdad es que en este momento me gustaría que lo fueras. —Sacudí la cabeza pensando que malinterpretaría mis palabras—. Lo que quiero decir es que no me importaría que me gritaras, la he cagado bastante.

—¿Por qué?

Su pregunta me hizo levantarme un poco perdido, caminé hacia ella y dejé escapar un sonoro suspiro.

—Te he pedido que te marchases porque no quería que te afectara la opinión de nadie y es la peor decisión que he elegido hoy.

—No, Nat. —Su tono me erizó la piel, quizá no destilaba ira, pero sí la decepción con la que me había amonestado anteriormente—. Me has ordenado que me vaya porque te estabas avergonzando de mí.

—Eso no es...

—Quieres sinceridad y aquí la tienes. —Winter alzó sus brazos gesticulando demasiado—. ¿Sabes? No me sorprende que haya alguien que sienta eso sobre mí, pero que seas tú me incomoda. Entiendo que te hice daño diez años atrás. Me pasé, incluso puede que te utilizara para aliviar mis sentimientos por Bryce. Aun así, eso no te da derecho a hacerme sentir un bufón, no soy la muñequita de porcelana que queréis que sea.

La saliva quedó atascada en mi garganta, conocía a aquella mujer lo suficiente para saber que era su forma de estar a la defensiva. Me acaricié el pelo, inquieto, hice un barrido visual por la estancia y no fui capaz de moverme de mi posición.

—El pasado me pasa factura —admití en un hilo de voz—. Lo sucedido hoy no tiene nada que ver con nuestra historia, Win. Sabes que estoy teniendo

problemas en la empresa y no deseo que me señalen más con el dedo por situaciones que no consideran apropiadas.

—Lamento trabajar como animadora y educadora infantil —contestó de manera mordaz, cruzándose de brazos.

—No he dicho que tu labor sea para desprestigiarla. —Acaricié el puente de mi nariz, al parecer la resaca vendría antes de lo que esperaba—. Solo intentaba protegerte de la mierda de unos gilipollas con esmoquin.

—¿Sabes? —Su pregunta llamó mi atención por completo—. Guardar silencio, regañarme como si tuviera cinco años y ordenarme que me vaya a casa no te hace mejor que ellos. Entiendo que estés desesperado por aferrarte a tu mundo, Nathaniel. Sé muy bien qué es esa empresa para ti y todo lo que has luchado por ella. Pero anteponer los sentimientos de los demás a un trabajo es horrible... al igual que tu afán de tenerlo todo cuadriculado.

—¿Qué quieres decir?

—No puedes estar a cada segundo colocándome en el lugar que consideras adecuado para ti. —Su tono de voz se alzó, el agobio que intentaba retener aquellas semanas explotó por encima de nuestras cabezas—. No me permites que trabaje porque tienes dinero para mantenerme. No me permites que falle porque sería poco adecuado para tu imagen. No me permites que sea yo porque te avergonzaría delante de los demás. Deja de colocarme en un tablero con la intención de elegir tu mejor estrategia, estoy cansada de que quieras tenerlo todo bajo control, ignorando lo que yo quiero hacer.

Sus manos se deslizaron por la mesa, estaba dando por zanjada una conversación que me acababa de romper por dentro. Mi intención desde que vivía conmigo era lavar mi imagen, mantenerla a mi lado para aparentar que todo lo sucedido no había sido un error por su parte. Estaba tan acostumbrado a dominarlo todo que no me daba cuenta del daño que le hacía con mi lado más autoritario. Win rozó mi hombro mostrando su desinterés en seguir la conversación, pero mi mano se deslizó hasta su muñeca y la sostuvo para que su mirada plateada me fulminase de nuevo.

Tropezó con el lento movimiento de sus pies. No me reí de ello, era algo propio de su personalidad, chocó con mi pecho y me observó con una mezcla de agobio y decepción. Sus ojos siempre me habían cautivado; sus palabras podían decir poco, pero bastaba una simple mirada de su parte para dejarme sin respiración.

—Solo deseaba tenerlo todo bien atado —dije muy cerca de su oído—, hay menos margen de error si controlo todo lo que tengo a mi alrededor.

—Por todos los chocolates del mundo, Nathaniel, si no cometiésemos errores

no mejoraríamos como personas.

Mi mano se deslizó por su mejilla izquierda, el tacto era similar al de una suave tela. Mi pulgar acarició su pómulo de forma leve, porque recordar cada parte de su cuerpo me abrumaba.

No sé qué fue lo que me enamoró de Winter Adams. Quizá fue la sencillez con la que vivía. Puede que tuviese que ver con lo despreocupada que era con su estilo o puede que simplemente me robase el corazón su sincera sonrisa.

Se suponía que tendría que importarme poco que estuviera junto a mí, que Jorell pudiera mofarse de ella o que mi equipo mirase a otro lado. Pero allí estaba, delante de la mujer que había jodido mi perfección, con la única intención de que sus lágrimas no se deslizaran por sus mejillas.

—Lo siento.

—¿Por qué lo sientes?

Winter no se apartó del contacto de mi piel, era sorprendente cómo el frío que transmitía la suya fuera eclipsado por la palma de mi mano. La sensación me parecía similar a la de una montaña rusa, provocaba que mi estómago diese un pequeño vuelco debido a los nervios.

—Intento no perderme y mis exigencias te están llevando conmigo —susurré—. No te odio por lo que ocurrió hace diez años, solo siento que nunca seré lo suficientemente bueno para nadie. Vincent siempre ha destacado por su astucia. Bryce, por su aspecto de tío duro y Zander, por su afán de compañerismo. ¿Y yo? No tengo nada más allá de una empresa que empieza a quitarme la vida por culpa de algo que ni siquiera estaba dentro de mis planes.

Su cercanía me hizo temblar. No entendía cómo era posible que después de tanto tiempo aún tuviese el poder de dejarme sin aliento. Había querido hacerme el fuerte cada vez que la tenía a mi lado, quise utilizar cada una de mis facetas para tener una buena convivencia, pero me sentía derrotado. Giré la cabeza con lentitud y presioné con suavidad los labios sobre su palma.

Estaba cansado de las barreras, de mentirme, hacerla pedazos y fingir que estaba bien.

—Siempre has sido el chico con la sonrisa más bonita del mundo —contestó—. El que escuchaba, saltaba como un loco cuando ponían su canción favorita, el que compartía su sofá y me dejaba ver la tele a mi antojo.

—Eso no te hizo enamorarte de mí, Win.

—Tienes razón —admitió con una pequeña sonrisa en sus labios—, pero me hizo encontrar un sitio en el que ser yo misma no era un error. ¿Sabes lo especial que me sentía saltando sobre tu diminuta cama mientras cantábamos *Unconditionally* de Katy Perry?

Una carcajada escapó de mis labios, junté mi frente con la suya y noté el olor a hierbabuena del chicle que mascaba.

—¿Si volviésemos atrás me elegirías?

—No quiero volver atrás, Nat —dijo en un hilo de voz, un tanto angustiada—. Deseo vivir el presente, y si tengo que elegirte lo haré ahora.

—¿Por eso has comprado un consolador al que le has puesto mi nombre?

—¿C-Cómo eres así?

Win levantó la cabeza, separó los labios tan ofendida como sonrojada. Carraspeó intentando desviar mi atención, pero era imposible. Eclipsé mi sonrisa en la inseguridad de sus labios. Atrapé su boca con miedo al rechazo y puede que también por ese Nathaniel universitario que deseaba volver a degustar la dulzura de Blancanieves.

Ella cerró los ojos, deleitándome con sus largas pestañas propias de una princesa Disney. Me encajé en sus labios, me enzarcé en una batalla con su lengua y cuando sus brazos rodearon mi cuello, perdí por completo el sentido.

Puede que ese momento fuese efímero y que no se repitiese nunca más. Me permití bajar por completo mis barreras, por mí y por ese Nathaniel Carter que la observaba desde la lejanía.

Sus torpezas la hacían adorable, no ridícula.

Capítulo 13

Las cicatrices de Blancanieves

10 años antes...

Ser diferente no es sinónimo de ser especial. Para la gente que danza a tu alrededor es solo una excusa para poder apodarte de una forma concreta, poder señalarte o creer que eres inalcanzable.

No puedo decir que mi época en la universidad fuese un auténtico infierno. Estaba ilusionada por poder compartir habitación con Autumn. Ya nos veía danzando de fraternidad en fraternidad, moviendo el culo mientras cantábamos a pleno pulmón. Aquello me parecía suficiente motivo para caminar por el campus con mi chándal en color ocre, mi coleta alta y mi carpeta repleta de gatitos. Recuerdo que solía sonreír a todo el mundo con la intención de que mi grupo de amigos creciese, pero no conté con que ser transparente solo me causaría heridas con las que después no sabría lidiar.

Mi piel destacaba por su tono pálido. No ese color que cogemos cuando no nos da el sol demasiado tiempo, sino un tono gélido propio de un copo de nieve. Mis mejillas siempre estaban sonrojadas. Era difícil no sorprenderme, así que mi cuerpo proporcionaba tonalidad a mis pómulos de una manera natural. Por último, el iris de mis ojos era similar a la plata líquida.

Tenía una belleza un tanto etérea a la que nunca le di importancia.

Los chicos se quedaban cautivados por mi aspecto. Me piropeaban,

correteaban a mi alrededor con la única intención de decir con orgullo que habían tenido en su cama algo exótico y diferente. Pero si mi aspecto me hacía parecer una princesa, mi personalidad me convertía por completo en una plebeya.

Me encantaba correr por el campus a primera hora de la mañana, comer a deshoras, solía tropezar con cualquier tontería que estuviese en mi camino, y por si fuera poco, masticaba chicle como una integrante más de *Chicas malas*.

Se suponía que debía ser como las demás. Tendría que haberme dejado cautivar por las palabras subidas de tono, porque me acorralaran y me tocaran sin mi permiso: eso me habría hecho ser una reina, no una mosquita muerta.

Por supuesto, estaba muy lejos de ser lo que se esperaba de mí. Me había costado la vida convencer a mi padre para que me enviase a Boston. Llevábamos una vida normal y nuestra situación no nos permitía excedernos, así que poder estudiar Magisterio donde yo quisiera era un billete de salida hacia la adultez.

Y eso era lo único que me importaba.

Los meses fueron pasando. El tiempo no vino acompañado de esos momentos utópicos con los que soñaba, sino con rumores acerca de lo impenetrable que era. Se había hecho una especie de reunión donde se hablaba sobre mí: mi interés en calentar a los pobres universitarios que se suponía que eran buenos conmigo y la cantidad de operaciones que me habría hecho.

«Una mujer tan perfecta tiene que estar hecha de hielo».

«Le gusta tocar lo que no se va a comer».

«¿No la veis? Ha vuelto a caerse en la cafetería por tercera vez esta semana, seguro que se coloca».

Comencé a alejarme de mis rutinas en las que solo intentaba hacer amigos. A nadie le importó dejarme sola en los trabajos de grupo, en los descansos y rozar mis dedos para confirmar que no era similar a un iceberg.

Los juicios me hicieron tambalearme, nunca me había resultado importante mi físico. Si era ese detalle el que me alejaba de todo el mundo ni siquiera lo miraría. La repugnancia que comencé a sentir hacia mí me hizo taparme más de lo previsto. Daba igual si estábamos en pleno enero o a finales de agosto.

«Quizá si no ven esa parte de mí me toleren», pensaba continuamente como si pudiese ser un hada que hiciese desparecer lo que disgustaba a los demás.

Las largas chaquetas de piel me acompañaron durante los cuatro años. Por supuesto, no iban solas, sino ligadas a los cuellos altos monocolor que complementaban mi aspecto. Me habría encantado decir que eso sería suficiente para pasar desapercibida, pero el apodo de Blancanieves causó tanto ruido que no importó si me escondía bajo las sábanas de mi cama, todo el mundo sabría

que estaba ahí.

La incertidumbre turbó la calma que danzaba por mi mente. No me sentía cómoda en las fiestas, en clase o con los amigos de Autumn. Me sentía observada como si fuese el botín más precioso y que a la vez estuviese maldito.

Bryce fue el único que se atrevió a ser parte de una de mis charlas relacionadas con las carencias afectivas entre los cero y los siete años. Lo había visto en el grupo de mi amiga. Destacaba por su amplia sonrisa, su cuerpo repleto de tinta y su larga barba color chocolate. Siempre se acomodaba sobre la mesa, bebía con la diversión danzando por su viperina lengua y me miraba sin burlarse de mi aspecto.

Tuvo más de una ocasión para señalarme. Como la noche en la que me atreví a jugar *Beer Pong* y elegí una pelota de tenis en vez de la típica de plástico. O aquella vez en la que Autumn me pidió que preparara los cócteles y terminé vertiendo unos cartones de batidos de frutas con leche porque no sabía cómo hacerlos.

Mis ocurrencias siempre lo hacían reír. Me sorprendía que sus carcajadas no estuvieran relacionadas conmigo, sino con la propia situación que yo había creado. Me hizo un hueco a su lado. Quiso invitarme al cine y me integró en ese lugar en el que aún se podía oír el murmullo de los demás, pero donde ya no me sentía un monstruo.

En mi cabeza seguía marcada la culpa. Dejé de apuntarme a los viajes, a las escapadas a la playa y a la montaña; podría sobrevivir siendo una estrella intermitente entre mis nuevos amigos.

Me enamoré de su despreocupación, su deseo de tenerme cerca y hacerme bailar bajo las estrellas. Le oí hablar de sus sueños, de la chica que le gustaba en ese momento, o de sus continuas locuras al lado de sus tres mejores amigos.

Ahora que lo pensaba, jamás fui capaz de decirle lo mucho que me gustaba el hoyuelo que se marcaba en su mejilla derecha, ni que me habría encantado besarlo cuando estaba ebrio y él olvidaba que era la chica que escuchaba parte de sus miedos.

Creo que me bastó, porque nunca fui capaz de declararme; si mis sonrisas de idiota no me habían dejado desnuda frente a él era porque sabía fingir mejor de lo que pensaba.

Nathaniel Carter fue un pilar importante en mi vida a partir de mi tercer año de la carrera. Me sentía un poco más tranquila. Podía ataviarme mi fingida máscara de desinterés cuando me observaban, llamaban mi atención o me veían con Bryce mientras mi amiga se escabullía a darse un par de besos con Vincent.

Mi tranquilidad habría sido finita si no hubiera sido porque el primer gran

amor de mi vida decidió coger las maletas y marcharse a California a vivir una relación sin ningún tipo de base. Se pasó un par de semestres fuera. Lo más sensato habría sido enfadarme, pero no consideraba que tuviera los motivos para hacerlo; éramos amigos que bailaban, reían y se sentaban de madrugada en el coche para hablar de todo aquello que los demás no podían enterarse.

Por eso, cuando se fue, toda mi atención se centró en disfrutar sin atarme a mi romance de ensueño. Aprendí escalada gracias a Zander, conocí qué era tener una resaca y me vestí del Monstruo de las galletas en Halloween, con la única intención de preparar dulces.

Nat fue ese amigo que siempre estuvo ahí, pero con el que jamás hablas porque la vida no te da la opción de dar ese paso. Nos dirigimos la palabra una Navidad en la que calentábamos nubes en la enorme casa de Vince. Hasta ese momento no me había dado cuenta del gran confidente que tendría conmigo.

Era fácil hablar con él.

No me importaba despertarme a su lado con el pelo hinchado tras un nuevo desfase. Tampoco me incomodaba estar en pijama, hablarle de mi fobia a las tortugas y de lo bien que me salían las berenjenas parmesanas.

Mi tiempo pasó a ser suyo. Ya no me recordaba sin él. Sentía que me hacía fuerte poder decirle todo lo que guardaba en mi interior; si deseaba ponerme un vestido y temía por las carcajadas de los demás, él se acercaba y susurraba: «Puedes ponerte unas medias, así no te sentirás tan desnuda frente a los otros».

Aunque fuese una locura, esas tontas palabras elevaban mi armadura invisible; correteaba con mis zapatos de charol y movía las caderas entre mofas, palabras repletas de ponzoña y mentiras.

La burbuja en la que Nat y yo nos envolvimos no se rompió cuando «él» regresó. Se suponía que nuestra loca amistad era solo una época. Bryce había vuelto para quedarse de manera indefinida, podría ser esa confidente que lo trataba con cariño como él hacía conmigo.

Pero eché de menos a Nathan. Añoré su pelo oscuro despeinado cuando me abría la puerta recién levantado. Deseé poder tumbarme en su sofá con las piernas sobre sus muslos mientras veíamos por quinta vez *Crepúsculo* y no dejaba de protestar hasta *Amanecer*, parte dos.

Se suponía que mi corazón estaba en otro lugar. Debía respetar ese utópico amor que había puesto por encima de mi cabeza. Los continuos líos de faldas de Bryce debían ser suficientes para alejarme. Incluso Autumn me insistía por activa y por pasiva que olvidase; que pensase en el gran potencial que tenía sin la necesidad de estar con un hombre. Y habría sido gratificante sentirme empoderada, pero cometí el error más garrafal de la historia: me acosté con

Nathan pensando que así olvidaría mi extraña relación con su amigo. Disfruté de sus brazos ignorando sus preguntas sobre si me quedaría a su lado. Lo enamoré con mis confesiones de madrugada y concluimos nuestras noches follando en el aparcamiento del McDonald's como si nos fuese la vida en ello.

Me permitía respirar, ser esa parte de mí misma que tuve que esconder por miedo. Aunque debía pararlo cuanto antes. Alargar aquellos encuentros solo desgarraba las entrañas de mi amigo.

Si hubiese sido valiente no habría huido sin darle explicaciones. No. Quizá si tuviese un mínimo de fortaleza no desecharía esos recuerdos escudándome en que no fue importante para mí. Porque si fuese verdad, no me importaría que fuese igual que los demás. Me causaría desinterés que pudiera mirarme como si fuera la versión mala de Blancanieves.

Nathaniel Carter siempre me observó de una manera especial. Por eso me dolía tanto cuando su apatía era más notoria que sus propios sentimientos.

Él no era así.

Solo se había quedado todo aquel hielo que tanto me caracterizaba.

Y ahora que volvía a tenerlo entre mis manos, creo que entre todos sus filamentos podía ver retazos de mis sentimientos, esos que quise ignorar y que despertaban la necesidad de seguir con esta farsa.

Capítulo 14

Mis sentimientos por ella

Nathan

—Creo que sigo enamorado de Winter.

El suspiro que escapó de mis labios fue tan tembloroso que parecía venir acompañado de desdicha e incertidumbre. Acaricié mis sienes totalmente derrotado. Me encantaría seguir aferrándome a esa faceta de empresario que hace y deshace a su antojo. Esta vez me resultaba imposible.

Había vuelto a probar sus labios, esos que sabían a hierbabuena en nuestras largas madrugadas. Toda mi entereza se redujo a cenizas de un plumazo tan grande que mi cuerpo notó la sacudida.

—Eso era evidente —dijo mi amigo sacándome de mi pequeña ensoñación—. No sueles darle muchas vueltas al pasado, y a la mínima que ha sucedido algo relacionado con ella te ha faltado ciudad para acercarla a ti.

—Estás exagerando.

Vince no contestó, se limitó a acercarse a su diminuta cocina de acero inoxidable para prepararme un café bien cargado.

Me resultaba extraño que me recibiera en su pequeño sótano. Tan solo contaba con un sofá cama, una enorme pantalla plana donde veía los partidos, la cocina adherida al diminuto salón y un baño. Lo más gratificante del decorado era descender las escaleras y encontrarte bajo ellas la lavadora y la secadora.

—¿Puedes recibir visitas o hay que pedirle a Autumn que rellene unos papeles?

—Qué gracioso eres —Vince contestó con retintín, dejó sobre la mesa una taza de cerámica en color verde manzana y se cruzó de brazos—. Si estuviera recluido llevaría unas esposas.

—Es cierto, si fuese tu carcelera le vetaría la entrada a tu madre hasta el resto de tus días.

Mi colega se dejó caer en la silla que tenía a mi izquierda, aún me sorprendía descubrirlo desaliñado y sin el traje. Estaba acostumbrado a verlo impoluto, con sus atuendos de marca, además de su destacable olor a Hugo Boss. Lo miré de reojo para encontrarme cómo sus mechones oscuros se adherían a su frente. Vince nunca solía dejarse barba y se notaba su propia dejadez en la sombra púrpura que coloreaba sus mejillas. Bajo sus ojos azules, un poco más claros que los míos, encontré unas horribles ojeras. Llevaba un conjunto de pantalón y camisa larga en tono verde bosque que ocultaba su fornida espalda. También noté que tenía las uñas carcomidas por la continua ansiedad que lo acechaba, además del olor a nicotina que danzaba a nuestro alrededor.

—No hablemos de la poca paciencia de Autumn —rogó ocultando su rostro tras sus manos—, estoy seguro de que no has venido al armario de Harry Potter solo para deducir qué piensa mi exmujer.

—En realidad he venido a pedirte ayuda.

Vincent enarcó una ceja sin entender muy bien cómo podía ayudarme en esos momentos.

—Si tus heridas siguen supurando tienes que ser sincero con ella, Nat —suspiró—. Sabes que no soy la persona más transparente del mundo, pero sé cómo la has mirado desde la lejanía; coméntaselo , la negativa ya la tienes.

—¿Y qué le digo? —Una estridente risa escapó de mi garganta—. «Hola, Winter, ¿recuerdas que nos acostábamos mientras decías que querías a Bryce? Desapareciste, me dejaste hecho polvo, y como soy masoquista no puedo alejarte de mi vida. Prefiero fingir que somos pareja, antes de llegar a ese punto de toda esta mentira en que te vuelves a marchar».

Mi colega guardó silencio. No me di cuenta hasta ese momento lo jodido que estaba, apoyó su mano en mi hombro para infundirme unas fuerzas que necesitaba.

Estaba acojonado.

La única forma que conocía para protegerme era dar órdenes que mantuvieran mi zona de confort alzada. Todo debería haber seguido su curso si mis palabras mordaces no le hubiesen hecho daño y sintiese que la estaba

cagando.

—Ya no estarías mintiendo.

—Bryce siempre será su héroe. —El nombre de mi otro amigo me supo amargo en el paladar—. No importa si no fue el único que estuvo a su lado. Siempre brillará por encima de todas las personas que la llamamos «Blancanieves» con la intención de que volviese a sonreír.

—¿Y qué piensa él al respecto?

—¿Qué crees que puede pensar? —Mis iris azules se encontraron con los suyos—. Pasa de todo aquello que suponga una atadura.

—A veces me gustaría que me soplase la polla todo, como hace él —Vince encogió los hombros, se echó hacia atrás y miró hacia las grietas del techo—, pero me ha tocado ser una persona que me quiebro la cabeza por el más mínimo detalle.

—Se supone que prometimos en la universidad que pasaríamos de las tías que se metían en la piel.

La carcajada de mi colega me contagió un poco por su ironía, tenía todo el derecho de reírme de esos dos capullos de veinte años.

—Y míranos: tú, fingiendo que eres un patán sin sentimientos; y yo..., viviendo en el sótano de la casa que llevo pagando desde los veinticinco.

El murmullo de la televisión desvió por completo mi atención. Vince no solía poner ningún canal que no fuese el deportivo. Según él, tener que verse en alguna primicia que hablaba de lo jodida que estaba su vida le impedía conciliar el sueño, y se había aferrado al «ojos que no ven, corazón que no siente».

—En realidad no he venido a lamentarme. —Él me miró con el ceño fruncido. No tenía mucho sentido que hubiese descendido las escaleras con mis sentimientos por Winter en la boca—. Sí, quería decirte lo que siento por ella, pero no es por eso para lo que te necesito.

—Entonces te escucho.

Llevaba días dándole vueltas a lo sucedido con Hugo García. Cuando fui a la empresa para buscar la manera de solventar la indemnización, me encontré que nuestras inversiones habían caído consecutivamente un ochenta y cinco por ciento. Los beneficios trimestrales habían sido un auténtico fracaso, por más que intentaba hacer números en mi despacho nada me cuadraba. Me veía hundido como el capitán que entra con su flamante barco en el triángulo de las Bermudas y jamás vuelve.

No habría recurrido a Vincent si la situación no hubiese sido insostenible. Conocía su deseo de mantenerse al margen de cualquier toma de decisiones. Después de todo, ya no formaba parte de mi empresa y todo lo que pudiésemos

comentar en privado podría romper la condenada cláusula que tanto enfadó a García.

Decidí ponerlo al día de lo mal que iba todo desde que firmó el despido para solventar sus errores; ni siquiera con él fuera de juego, Carter's salía a flote. Había algo en su interior que la perforaba, que le impedía dar el dinero que siempre la hizo imponente frente a los demás.

—En cuestión de meses la empresa quebrará. —Mi voz fue similar a un suspiro—. Me siento atrapado, Vince. Siempre has sido un as de las finanzas, puede que fallases en el pasado por una mala gestión, pero sé que puedes ayudarme.

—¿Por qué no te has reunido con Cornwell?

Él tragó saliva, intentaba ser lo más impasible que le permitía su carácter. Anwen era un tema tabú entre nosotros, puede que sintiese una terrible curiosidad que quería saciar, pero jamás di ese paso.

—No lo he hecho, ni tampoco quiero —admití levantándome algo inquieto—. Estoy seguro de que dará con la solución, pero el ambiente está extraño desde que Winter es mi novia de mentira. Además, su relación con Jorell Cooper es notoria: si no son amigos de antes, seguro que se están acostando.

Vincent se mordió el labio inferior, no supe descifrar el halo oscuro que hizo similar sus iris a los míos, apretó los puños y desvió la mirada.

—¿Qué sabes de Danvers?

—Lo que sabe todo el mundo. —Hice una pequeña pausa—. Fue un negocio familiar que creció gracias a Viktor Danvers. Su sede principal se encuentra en Alemania. Desde que murió, Lottie Danvers, su viuda, se encarga de la gestión. Su hijo, Jason Danvers, construyó desde cero una empresa paralela en Londres que superó las expectativas de todo el mundo. Ahora la lleva su hija pequeña: Charlotte Danvers. Y dicen que es un auténtico monstruo para los negocios. ¿Crees que en nuestra sede puede haber un topo que le ha vendido el prototipo?

—¿Crees que en nuestra sede puede haber un topo que le ha vendido el prototipo?

—Estoy seguro de que ha sido Cooper —afirmé con cierta amargura—. ¿Qué cojones hago, Vince? Mi vida está en esa empresa.

Él acarició su barba de varios días. Sabía que su mente solía funcionar con mucha más rapidez que la mía. Mientras que yo me bloqueaba en una situación de aquel calibre, él alcanzaba la solución sin pensarlo demasiado.

—¿Y si concertamos una reunión con Charlotte? —preguntó al aire—. Quizá desee llegar a una solución que pueda beneficiarla. De esa manera podrías solventar la deuda con García en este mes y no quebraríamos.

—No sé si querrá hablar conmigo, le hemos dado un gran dolor de cabeza años atrás y puede que le encante la idea de verme caer.

—Es posible —admitió él —, pero ¿sabes qué le agrada a una persona poderosa? Que su enemigo le pida ayuda, y es justo lo que deberías hacer.

—Haré todo lo posible para que venga a Boston esta semana, supongo que una chica joven querrá fardar de sus largos viajes por el mundo.

—No la conozco demasiado. —Vince se levantó, al parecer necesitaba algo más fuerte que mi frío café; tanteó en su mininevera y acepté una cerveza cuando me la ofreció—. Solo sé que Jack Danvers debería haber sido el heredero y que hay un gran problema de poder en esa familia.

—Deberías venir conmigo al encuentro.

—No, Nathan —negó con la cabeza un poco inquieto—, es Anwen la que debe ir a tu derecha, no es mi deber.

El chasquido de la lata me hizo dar un respingo. Esto era mucho más grande que cualquier situación que hubiese enfrentado anteriormente, vertí el sabor amargo de la cerveza en mi garganta y jadeé en una mezcla de desesperación y agobio.

—Confío en ti más que en ella.

—¿Aunque te haya fallado?

Miré a mi colega con una sonrisa en mis labios. Si algo me había enseñado Winter era que todos podíamos errar. Nadie de nuestro alrededor era una máquina, contábamos con nuestra propia personalidad, deseos e inquietudes. Sé que en aquellos momentos Vincent se sentía extraviado entre su tambaleante matrimonio con Autumn, además de las pérdidas que no era capaz de recuperar. Por eso me acerqué a él, le di un par de palmadas en la espalda y le resté importancia.

—Si eso fuese cierto no te habrías molestado en recibirme.

***

Cuando llegué a casa sentía que los nervios se habían deshecho por completo. Hablar con Vincent me devolvía la entereza que necesitaba para seguir tirando de mi negocio. Aliviado y con ganas de darme una ducha, tanteé en la oscuridad mi llegada a la habitación. No tenía demasiada hambre, solo quería que los músculos de mi espalda se diesen por derrotados por hoy para poder dormir a pierna suelta hasta que me sonase el despertador.

Abrí las puertas correderas con cuidado, no era demasiado tarde, pero no quería molestar a mi compañera de cuarto. Un dulce olor a fresa acarició mis fosas nasales. Al parecer había tomado la misma decisión que yo: se había dado una ducha y descansaba en su cama con sus hebras azabache aún mojadas.

Me acuclillé a su lado y la observé durante unos instantes. Estaba de lado, con el ceño relajado, la boca algo abierta, además de abrazar la almohada como si se tratase de un peluche. La imagen me sacó una sonrisa. Deslicé mis dedos por sus mechones oscuros y me pregunté si siempre sería tan inalcanzable.

—Llevo engañándome tanto tiempo a mí mismo que ahora que vives conmigo me cuesta horrores seguir diciéndome que no me importas. —Mi voz fue delicada, no deseaba alzar el tono e interrumpir su apacible sueño—. No he olvidado tus sonrisas cuando nadie te veía, ni tu forma de bailar en la cocina mientras hacías tortitas. Tampoco tus saltos en la colchoneta que Zander montaba en las fiestas, ni tus besos desesperados cuando deseabas que estuviese dentro de ti. Supongo que olvidar es de cobardes y yo simplemente soy masoquista.

Contuve la respiración al tomar la decisión de quitarme los zapatos, me llevé con ellos los calcetines que comenzaban a dejar marca en mi piel y los acompañé de la incómoda camiseta con cuello de pico que llevaba.

Sé que no tenía ningún derecho a tomarme aquellas libertades. Solo serían unos segundos. Me deslizaría dentro de su diminuta cama, la abrazaría con suavidad y empaparía mi nariz de su doloroso olor.

Solté un suspiro al notar la suavidad de las sábanas en mi mejilla, Winter se removió, pero yo la mecí con lentitud para que volviese a abrazarse a Morfeo. Fueron unos segundos en los que cerré los ojos deleitándome con aquel calor a hogar que llevaba añorando desde hacía demasiado tiempo.

Porque Carter's para mí era el lugar al que volver, pero en su interior no habría nadie esperando mi regreso y era lo que necesitaba.

No.

La necesitaba a ella con su desorden, sus sonrisas incómodas al hacer alguna trastada y sus brazos recordándome que me había echado de menos.

Cuando creí que tendría la fortaleza suficiente para que ese sueño fuese de tan solo unos minutos, caí rendido a su calor, su aroma a casa y mis sentimientos. Me dormí pensando en aquellos momentos que no viviríamos.

Porque había perdido mucho antes de tener la oportunidad de quererla.

Capítulo 15

Mentirse para protegerse

El Boston Patriot Hotel me dejó sin aliento. Levanté la cabeza hacia el cielo, perdiéndome en su alto y despampanante edificio. Mis labios se abrieron debido al asombro, no entendía cómo podía ser parte del evento que se celebraría aquella noche.

Aturdida decidí entrar en el vestíbulo del hotel, me aproximé a la recepción y cogí la llave de mi habitación. Según me había dicho Nathan en casa, esta pequeña fiesta era una forma de tantear el terreno. La situación en Carter's no iba demasiado bien: las deudas seguían aumentando y por más que buscaban la localización del fatídico error que lo propiciaba, era imposible dar con él.

«Y sigo sin entender por qué ve conveniente ir de mi brazo esta noche».

Un suspiro de derrota escapó de mi boca, me permití caer sobre la enorme cama que había en mi habitación y me deleité con las luces led que iluminaban las cortinas. Podía notar los latidos desbocados de mi corazón, no era partidaria de las multitudes y menos aún cuando sería objeto de burlas.

«Nathan dijo que teníamos que disfrazarnos, seguro que me resultará más sencillo lidiar con la cena. Además, han elegido uno de tus platos favoritos: cóctel de piña con gambas».

Solté una palmada al aire para ponerme en marcha. Tan solo tenía que darme una ducha rápida, ataviarme mi falda y corpiño de hawaiana, y volver a pegar, para que no se cayesen, las flores de la corona que llevaría en el pelo.

No me había complicado demasiado con la elección, era una gran manitas para realizar manualidades, aunque cuando se trataba de mí solía hacerlas sin ganas. Por eso fui a mi apartamento, busqué en las cajas de la universidad e improvisé la vestimenta.

Me habría gustado que Autumn hubiese sido parte de eso. Ella solía asistir a todas las celebraciones de Carter's cuando Vince trabajaba como vicepresidente.

Tendría que haberse divorciado después de esa fiesta, al menos así no tendría que enfrentarla sola.

—No estoy tan mal, ¿no? —Me miré en el espejo de pie que había cerca de la cama, giré un par de veces, buscando la elegancia que quería que viesen en mí—. ¿Tú qué dices?

Mi reflejo me devolvió la mirada ansiosa que le había dedicado, suspiré tanteando en uno de mis bolsos el teléfono y me hice una selfi. Tras varios intentos en los que me vi hecha un desastre, me atreví a mandársela a Nathan, quería su visto bueno antes de ir al salón donde se hacían los eventos.

¿Crees que debería haberme comprado un Stitch de peluche en Primark?

Mi compañero de apartamento no tardó demasiado en ponerse en línea, meditó su respuesta porque tardó mil años en contestar, y su mensaje me hizo sonrojar.

Nathan
¿Es el pijama que llevarás después de la fiesta?

Winter
No... es mi disfraz de esta noche.

Él volvió a demorarse con su respuesta. Me dio tiempo a prepararme un té en el hervidor que tenía en la mesa auxiliar que había al lado de los sofás.

Nathan
Cuando te dije que tendríamos que usar nuestro mejor disfraz me refería a que tendríamos que fingir lo suficientemente bien para no ser el hazmerreír de la fiesta.

Una estridente carcajada escapó de mi garganta. La fuerza con la que salió de mis cuerdas vocales me hizo daño. Sentí un nudo repleto de nerviosismo en el

estómago, caminé de un lado a otro de la habitación y me pregunté por qué era tan idiota.

«Hablaba metafóricamente, Winter, no literal. Y vas tú con todo tu desparpajo y apareces en este hotel carísimo vestida de la segunda hermana de Lilo».

Ya no me apetecía el té, me habría encantado que el minibar estuviese repleto de ginebra rosa.

Winter
Te vas a reír, pero no he traído nada más que un disfraz y el pijama de Shin-chan que suelo utilizar para las ocasiones especiales.

Nathan
¿Me puedes explicar cómo un pijama tan feo puede usarse para algo así?

Winter
No entremos en terreno pantanoso, Nat. Creo que es más importante que no ponga un pie fuera de esta habitación o seremos los siguientes payasos del Circo del Sol.

Él se desconectó y me temí lo peor. Mi mente comenzó a funcionar demasiado deprisa. Me susurró que había tomado la decisión de mantenerme al margen, chilló que era una completa idiota y me recordó que nadie me tomaría en serio.

El sonido de la notificación me hizo dar un respingo. Apresurada deslicé el dedo sobre el patrón de desbloqueo. Busqué la mofa de su parte, incluso esperaba que la decepción por fin se reflejara en sus palabras.

Su respuesta me dejó completamente confundida.

Nathan
Dime en qué habitación estás.

Winter
573, ¿por qué?

Nathan
Nos vemos a las nueve en el vestíbulo, por favor, sé puntual.

Parpadeé un poco perdida. No entendía muy bien por qué me había preguntado dónde me hospedaba, encogí los hombros pensando en darme un capricho, pero antes de que mis manos pudieran alcanzar la carta, tocaron a la puerta.

«Que no haya venido a mofarse de mí».

Abrí la puerta debatiéndome si pedir unas tostas de atún con tomate al servicio de habitaciones, la ansiedad me estaba carcomiendo y necesitaba llevarme algo a la boca.

—¿Es usted la señorita Adams?

—Eso creo —susurré sin pensarlo demasiado—, quiero decir, sí, soy yo.

El botones me mostró una amplia sonrisa, extendió su mano derecha, donde sostenía una percha, y me la extendió.

—Es de parte del señor Carter, dice que le hará falta para esta noche.

—Yo no he pedido...

—Espero que lo disfrute, señorita Adams. —Él movió la cabeza con educación mientras yo observaba cómo desaparecía por el largo pasillo.

Cuando entré de nuevo en la habitación, dejé el traje sobre la cama, estaba cubierto por un plástico opaco que me impedía ver cómo era. Sostuve entre las yemas de mis dedos la cremallera, deslicé con suavidad hacia abajo y me encontré con un vestido sin mangas de corte sirena en color champán.

«Esto tiene que ser una broma».

Mis manos acariciaron la tela: era suave y tenía una sobre tela transparente repleta de purpurina del mismo tono.

¿Lo tendría preparado por si volvía a hacer de las mías?

No estaba segura, solo sé que la tensión de mis hombros desapareció de un plumazo. Debería seguir aferrándome a la inseguridad que me hacían tomar mis alocadas decisiones, pero saber que tenía un as en la manga me hizo sentir protegida.

Puede que necesitase conocer esa sensación antes de comerme por mí misma el mundo.

***

Cuando bajé al vestíbulo no tardé demasiado en encontrarme con sus ojos azules. Me sorprendió que en sus facciones se reflejase la incertidumbre que sentía. Estaba guapísimo con su traje en azul eléctrico, su camisa abierta y su pelo

canoso perfectamente engominado. Me percaté de que no dejaba de tirarse de las mangas de su chaqueta, que se movía inquieto de un extremo a otro, pero todo aquel nerviosismo se evaporó en el momento en el que nuestras miradas se enlazaron.

—Estás...

—Parezco un regalo de Navidad. —La carcajada que escapó de sus labios me contagió un poquito, acorté las distancias y me crucé de brazos.

—¿Eso es malo? —Nathan enarcó una ceja con cierta incredulidad—. A todos nos encanta recibir regalos en Navidad.

—¿Quieres que sea el tuyo?

—Solo si al día siguiente no desapareces como Santa Claus.

Sus palabras me dejaron sin aliento, creo que mi piel cobró vida por sí misma y se erizó considerablemente. Nuestra relación era un poco extraña desde que vivíamos juntos. Éramos una pareja que no dejaba de recordarse qué pautas seguir con la intención de buscar normalidad. A la vez, el pasado nos escocía como una herida recién abierta.

Yo me sentía tan extraña como abrumada.

Había tomado la costumbre de prepararle el café antes de irse a trabajar, nos turnábamos cada noche para hacer la cena. Salíamos a la terraza, no desnudos, pero sí para deleitarnos con la brisa gélida del invierno, con una taza de chocolate con anís en las manos.

La rutina nos acercaba. Nos llevaba a ese punto en el que yo me había marchado en el pasado y en el que ahora me sentía cómoda.

—¿Vamos?

Su pregunta me sacó de mi ensoñación, me extendió su brazo y se lo sostuve como si fuésemos los próximos Bridgerton en casarse.

—¿La fiesta no era en la sala de celebraciones? —Enarqué una ceja al ver que nos dirigíamos a una bonita terraza de madera repleta de luces.

—Hice un cambio de última hora —contestó—. He tenido que reducir a los invitados porque el fondo que usábamos para estas cosas está pidiendo auxilio. Por eso consideré que podríamos tener una bonita velada aquí, esta noche no hace demasiado frío.

Guardé silencio, no quería preguntarle sobre ello en ese momento. Mi mirada se deslizó por las diminutas mesas cuadradas de madera donde descansaban algunos platos de canapés. Los camareros danzaban de un lado a otro, invitando con una sonrisa a beber algo de cava o vino rosado.

El ambiente me parecía cálido, similar a esas noches de verano que Autumn y yo hacíamos acampadas en el bosque. Recuerdo que la primera vez que

dormimos a la intemperie salimos corriendo; mi amiga no tenía una buena relación con la naturaleza, así que terminamos durmiendo en el coche, escuchando música y jugando al ludo.

—Creo que me gusta más así —admití sosteniendo una copa entre mis manos—. Soy un poco más sencilla, me basta comerme una pizza en el sofá.

—¿Estás preparada para llevar a cabo nuestro plan?

—Por supuesto.

La primera parte del plan consistía en saludar a todos los invitados que habían accedido a venir. Yo tenía que mostrar mi más bonita sonrisa mientras que Nathan hablaba con naturalidad sobre los últimos proyectos que se suponía que se llevarían a cabo. No conté con que su mano derecha se deslizaría hasta mi baja espalda, ni que me estrecharía entre sus brazos con tanta tranquilidad que me cortaría la respiración.

Me cegué en que improvisaba nuestra función sin ningún atisbo de preocupación; enlazó sus dedos con los míos y tiró de mi cuerpo con ligereza. Hablaba como si se tratase de un político que intentaba convencer de su candidatura. Yo no estaba muy pendiente de su discurso, tan solo me empapé del calor de su cuerpo, del olor a regaliz negro que descansaba sobre su ropa y, especialmente, de la fortaleza que transmitían sus movimientos.

Quise dejar de pensar en ello, pero a la misma vez deseaba que los demás tuviesen una imagen diferente de mí. Puede que si me veían siendo la mujer perfecta a su lado pudiera respirar de manera tranquila.

«¿Y cuando te quites ese bonito vestido champán y vuelvas a ser tú? No tienes que buscar la aprobación de todo el mundo, Win».

—Una elegante velada, ¿no crees?

La voz de Jorell me hizo ataviarme con mi mejor sonrisa, me giré como si fuese la siguiente princesa Disney en pegar el pelotazo y asentí con ligereza. Me encantaría decir que ese hombre estaba repleto de imperfecciones, que tenía una verruga horrible en la nariz, pero era guapo a rabiar. Lo único que me desagradaba era su insistencia en dar a entender que era muchísimo mejor que yo.

—Muy natural —me atreví a decir deslizando el vino rosado sobre mis labios—, pensaba que este ambiente no era propio de un inversor tan poderoso como tú.

Él se rio sin ganas, miró a su alrededor con cautela hasta encontrarse con mis ojos grises.

—Las personas poderosas podemos movernos por cualquier sitio, Winter —dijo como si nada—. La verdad es que siento una terrible curiosidad por tu

historia con Nathaniel. Llevaba muchos años prometido con mi hermana y nunca pronunció tu nombre.

Sus palabras se atascaron en mi pecho, sé que tenían la intención de que saliese corriendo, pero para su desgracia entendía por completo por qué no hablaba demasiado bien de mí. Lo que sí me sorprendió fue saber que era el hermano de aquella diminuta chica de cabello chocolate que miraba dolida a Nathan el día de su boda. Había pensado en ella en mil ocasiones. Puede que en su situación yo hubiese llorado durante días, otras personas como Autumn habrían buscado la mejor opción para vengarse.

—Siento mucho lo que le hice a tu hermana. —La sonrisa mordaz de Jorell desapareció de su rostro—. No era mi intención hacerle daño en un día tan especial; la situación surgió de una forma tan... inesperada que no pensé en la otra persona. Llámame «egoísta» o cualquier palabra malsonante que tengas para mí, me la merezco.

—¿Cómo tienes la valentía de decirme en mi cara que lo hiciste sin pensar en ella?

Me atreví a encoger los hombros sin ningún deseo de conseguir la victoria.

—Si prefieres que te mienta lo haré —respondí—, aunque no conseguiré nada diciendo lo que deseas escuchar: yo no necesito tu perdón, ni tú mis disculpas. Solo buscas una excusa para poder reírte de mí... eso es demasiado lamentable.

Jorell se quedó mudo ante mis respuestas, creo que esperaba que me pusiese a llorar para terminar de manera festiva la noche. No contó con que podía ser torpe, que guardaría silencio o simplemente podría ignorar sus intenciones de hacerme perder los nervios.

Odiaba quedar en ridículo. Si lo hacía sería por mi torpeza, no gracias a alguien que desease hacerme daño.

—¿De dónde has salido tú? —dijo en un hilo de voz—. No eres lo que...

—¿Lo que se espera de mí? —continué, advirtiendo la cercanía de Nathan—. Déjame darte un consejo, no consigues nada siendo el poli malo de tu hermana. Seguro que ella se sentiría mal por todo esto.

Su ceño fruncido no fue acompañado de ninguna protesta por su parte, Nat se acercó a nosotros, me extendió su mano derecha y con la otra señaló hacia las guirnaldas de luces. Lo miré sin comprender, Jorell aprovechó mi despiste para irse lejos de mí, mis palabras no le habían agradado demasiado.

—¿No la reconoces?

Me quedé en silencio un tanto perdida, como si se me hubiese escapado un detalle que debía conocer y había olvidado. Los acordes de *Rise* me hicieron sentir relajada, tarareé en voz bajita contoneando mis caderas de un lado a otro.

—Katy Perry es mi espíritu animal.

—Podría ser tu hermana gemela.

—No sabría cómo dirigirme a Orlando Bloom. —Agarré su mano y me dejé llevar al centro de la terraza, todos podían vernos desde nuestra posición. Me aferré a las sílabas de la canción, a su melodía, sintiéndome un poco más ligera—. ¿Vamos a bailar en medio de un evento empresarial?

—Nadie dijo que estuviese prohibido.

Nathan alzó su mano, me hizo girar entre sus brazos. Nuestros movimientos se alejaban mucho del ritmo de la canción, pero creo que no me importaba. Tan solo quería reírme de manera estridente, porque me merecía quitarme la armadura frente al mundo solo para sentirme bien conmigo misma. Y él lo conseguía a pesar de sus miedos, de nuestra historia a medias y mis continuos planes de volver a casa.

Bailé hasta que algunos de sus compañeros se unieron a nuestra locura. Salté hasta que los tacones dejaron de repiquetear contra el suelo de madera y dancé hasta que me dolieron los pies.

Cuando decidimos dar por finalizada la noche, yo había tomado la decisión de subir descalza hasta mi habitación. Quizá debía importarme la etiqueta, el protocolo y todo aquello que me tenía que hacer estar tan estoica como un palo.

Lo obvié.

Me empapé del leve cosquilleo que percibí en la planta de los pies por la moqueta gris que cubría cada planta. La sensación era similar a los masajes que solía pagar en los *spas*. Pensé que podría lidiar con la hinchazón de mi dedo meñique al día siguiente. Y bueno, si no era así me iría a casa con las zapatillas que me había regalado el hotel.

«¿Casa? Es la suya, no la tuya».

—Ha estado bien —dijo él mientras deslizaba la tarjeta por la cerradura de la puerta—, hacía tiempo que no te veía bailar así... lo echaba de menos.

—Porque hoy he sido yo, Nat. —Me giré para mirarlo, su aspecto era algo desaliñado: tenía la chaqueta abierta y la camisa dejaba ver una gran parte de sus pectorales—. Y ha estado bien.

El silencio que pululó a nuestro alrededor debía ser incómodo, nos habíamos quedado sin tema de conversación y no me sentí así en absoluto. Me mordí el labio inferior porque no deseaba que se marchase tan pronto; escondí mis manos tras mi espalda y abrí con lentitud mi boca.

—Supongo que estás cansada —insistió él—, bue...

—Podrías quedarte un rato.

Él suspiró, sus manos aprisionaron mis mejillas. Me tambaleé, no esperaba

que diese un paso tan brusco hacia mí. Mis iris plateados buscaron los suyos, la garganta se me secó al ver su desesperación.

—No puedo quedarme, Win. —Su voz fue mucho más aterciopelada, parecía como si le costase respirar.

—¿Por qué? —Carraspeé—. Pensaba que querías fingir incluso cuando no estábamos delante de los demás.

—Porque si entro por esa puerta lo primero que haré será arrancarte ese vestido color champán que tan bien se ajusta a tus caderas —dijo algo ronco—, y no podré parar.

—¿Es otra de tus cartas para mostrar lo perfectos que somos juntos?

—No, son mis barreras calcinadas por tu culpa —gruñó rozando mi nariz contra la suya, su aliento me hizo cosquillas en los labios—. Me has derrotado, Blancanieves, y lo único que quiero esta noche es que me permitas ser tu príncipe; déjame marchar o agárrame con todas tus fuerzas. Porque si lo haces te haré sentir como una auténtica reina.

Capítulo 16

Valentía

Mis pies retrocedieron de manera torpe, choqué con la puerta de mi habitación, cuando creí que caería de bruces contra el suelo, Nathan me aferró entre sus brazos. Su boca impactó con la mía, encajamos con tanta perfección que me sentí completa de nuevo. Cerré los ojos disfrutando de la suavidad de su lengua, del movimiento de sus labios deseando más, y por supuesto, de sus gruñidos queriendo proporcionarme un espacio que consideraba innecesario.

Mis pensamientos se nublaron de la misma manera que lo hacían cuando estábamos en la universidad. No quería que se alejase, que me diese unas frías «buenas noches» para que al día siguiente volviésemos a actuar como dos condenados extraños. Si estaba permitiendo que me aferrara era porque me daba la gana y quería demostrárselo.

Di un pequeño salto, alcé mis piernas para entrelazarlas a su cintura; le impedí la huida, además de su deseo de no volver a caer en mis brazos. Necesitaba tambalearme entre ellos, ansiaba sentirme una con él y que me recordase de manera amarga todo lo que me había perdido.

—Winter —jadeó contra mis labios—, me estás volviendo loco.

Me reí contra su cuello, empoderada como me sentía en esos instantes me atreví a morder su labio inferior. Tiré sin hacerle daño con la intención de volver a encajar su boca con la mía.

Nathan besaba condenadamente bien. Sus labios eran finos y suaves. Sabía

cómo debía deslizarlos para que el centro de mi deseo quisiera entrar en ebullición.

Cerró la puerta con el pie, yo no dejé de sostenerme a su fornido cuerpo. No pensé en ningún momento en soltarlo, busqué esa fricción contra su pantalón, arrancándole algún jadeo repleto de palabras malsonantes. No pude evitar reírme, parecía un lobo dispuesto a atacar en cualquier momento, pero cuando su cuerpo dejaba de estar tenso, era dócil y protector.

—¿Qué es lo que quieres de mí esta noche? —susurré conteniendo el aliento—. Dímelo. Estoy cansada de este absurdo juego, Nat. No quiero seguir siendo un peón para dar prestigio a tu imagen pública.

—Ojalá pudiera decirte que he estado fingiendo en todo momento —sus besos descendieron por mi cuello, fueron leves como una dulce caricia—, pero contigo es impensable alzar una máscara en todo momento. Eres desesperante, Blancanieves. Mientras intento vivir sin tu recuerdo, te atreves a aparecer en mi vida por la puerta grande...

—Me sigues llamando «Blancanieves» —me excusé en aquel apodo para dar a entender que no estaba hablando en serio—, y sabes que...

—Me importa una mierda que los demás usasen ese mote para decir que eras impenetrable. —Sus enormes manos atraparon por completo mis mejillas, las aferró con tanta fiereza que intentaba que me perdiese en sus ojos azules—. Yo lo uso porque eres preciosa, Winter: tu piel es tan blanca como la nieve, tus mejillas se vuelven rojas de un tono similar a la grana y tus largas pestañas te hacen tan etérea... sé que tu corazón no fue mío en el pasado, pero lo quiero para mí ahora, con todas sus cicatrices.

Sentí un pellizco en el pecho, no sabía bien dónde debía esconderme. Era la primera vez que alguien me hablaba de una manera tan franca. Cuando me enamoré de Bryce e intentaba contarle cómo me sentía, siempre hacía hincapié en la clase de persona que era; en sus fallos y su agradecimiento por querer escucharlo.

Esta vez era diferente. No tenía que seguir unas pautas para que él se quedase conmigo. Nathaniel movía sus fichas a su antojo, si tenía que besarme, hacer que mi espalda chocase con la pared hasta dejarme sin respiración, lo haría.

—Has perdido el juicio, seguro que has sido tú a quien han envenenado con la manzana.

Él soltó una carcajada.

—Y yo creo que tú estás ardiendo.

—Tengo calor —admití con suavidad—, aunque es evidente.

—Creo que puedo solucionarlo.

Pensé que me llevaría a la enorme cama de matrimonio que nos esperaba en medio de la habitación. Seguro que me lanzaría sobre ella, se colocaría sobre mí y mandaríamos la ropa al suelo. En contra de todo pronóstico me condujo hasta el baño, entramos en la enorme ducha y presionó el grifo. Quise removerme, protestar que el vestido era demasiado caro para hacerle aquello. Nathan no me lo permitió, me besó bajo el agua sin importar que el aire fuese limitado en nuestros pulmones. Dejó que la ropa se nos aferrara a la piel como una segunda capa que sería muy difícil de quitar. Excitada como lo estaba bajé las manos hasta su pantalón, era imposible que pudiese desabrocharlo a la primera. Tiré, por supuesto que lo hice con todas mis ganas. Enfadada por no conseguir mi objetivo, estiré la tela con todas mis fuerzas, el botón saltó y su sonido fue eclipsado por el chapoteo del agua.

—Has perdido el juicio.

—Llevo sin él desde ese último polvo en los aparcamientos del centro comercial —dijo sin importar mi vergüenza—, me haces perder la lucidez, Win.

—¡¿Cómo puedes acordarte de eso?! —chillé desesperada, mis mejillas parecían a punto de explotar.

—Porque estabas preciosa pidiéndome más sobre el capó del coche y también cuando nos persiguió el guarda de seguridad para multarnos.

«Y le dije a Autumn que era una exhibicionista, ¿y yo qué?».

Se despegó unos segundos de mi cuerpo, permitió que el pantalón cayese de mala manera en un extremo del plato de ducha. A continuación, alzó mi vestido por encima de mi ombligo, su mano ocultó mi monte de Venus de una forma tan erótica que me derretí por dentro. Su caricia no cesó ahí, sus dedos presionaron con suavidad; se deslizaron trazando círculos invisibles que me hacían temblar.

Gemí desesperada, busqué la fricción de sus dedos haciendo un breve vaivén con las caderas. Me mordí el dedo índice, quería controlar mi deseo de que estuviese en mi interior cuanto antes. Llevaba demasiado tiempo sin tener una mísera caricia, mi cuerpo me alertaba de lo rápido que me derretiría si no buscaba un ritmo más tenue y suave.

—Joder, tienes unas manos...

—Podrías aprovechar que están en esa parte tan excitante de ti —sonrió él depositando un beso en mi barbilla—, vamos, Win, no tienes que actuar como una niña buena si esto es lo que quieres.

«¿Puedes dejar de meterte en mi mente?».

Mis manos tiraron de la cinturilla de sus calzoncillos, se adhería de una manera tan incómoda a su erecto miembro que me encargaría de darle un poco

de liberación. Deslicé la tela sin demasiado decoro, palpé su pene, y él contuvo la respiración durante unos segundos.

Me necesitaba.

Lo demostraba en cada caricia que le entregaba, en sus jadeos y su mirada repleta de deseo.

Mi pulgar presionó su glande, noté cómo la humedad escapaba de este; lo mecí entre mi mano y lo mimé con aquellas caricias que tanto anhelaba. Apoyó con desesperación la frente sobre las losas del baño, apretó mis mechones oscuros con sus manos y me rogó que por todos los dioses no dejase de follarlo hasta arrancarle uno de sus guturales gemidos.

—Joder —masculló entre dientes—, si sigues así yo...

—No serás el único —dije sin aliento—. Verte así me está volviendo loca. Me importa poco la imagen que estás teniendo de mí, solo quiero sentirte, Nathan. Hazlo por nosotros: las personas que somos ahora mismo.

Él no se lo pensó demasiado, volvió a alzarme entre sus brazos; me empotró contra las gélidas losas que erizaron mi piel. No existía nada que nos separara: no había ropa interior que volviese a alejarnos.

La fricción con la que bailó entre mis pliegues fue tan lenta como placentera. Noté cómo mi clítoris se hinchaba, necesitaba estallar, sentirse aprisionado entre las embestidas de aquel hombre que no dejaba de comerme con la mirada.

Mis ojos buscaron la desesperación en los suyos, anhelaba terminar de tentarlo, que diese esa última estocada que nos llevaría al borde del orgasmo. Ante su atenta mirada me atreví a descender mi mano hasta mi entrepierna, la yema de mis dedos palpó suavemente el fruto de mi deseo; quería placer y estaba dispuesto a dármelo.

—Fóllame —rogué perdiendo los estribos—, hazlo, Nathan.

—Eres preciosa, jodidamente preciosa.

Nat sostuvo su pene entre sus manos, presionó un poco mi hendidura notando cómo mi cuerpo se encogía debido a su intromisión. Mis caderas lo buscaron dándole la bienvenida; y cuando mis pliegues lo recibieron noté el sabor a liberación que tanto llevaba desaparecido en mi vida.

Me cogió de las caderas.

Me empaló con fiereza y ganas de hacerme gritar.

No me quejé en absoluto, le permití que se hundiera en mí, que chocase en mi interior hasta hacerme temblar. Mi cuerpo parecía recordar la fuerza de sus brazos, la desesperación en sus embestidas, y me pregunté cómo podría haberlo mirado desde lejos sin recordar lo viva que me hacía sentir.

Nuestra danza fue desesperante, mis pies se volvieron a entrelazar a sus

caderas, impidiéndole el movimiento como él quería. Desesperado y actuando como un niño que no consigue solventar sus deseos, permitió que mis pies tocasen el suelo. Mi corazón dio un vuelco al pensar que le habría podido molestar mi forma de actuar, pero cuando me hizo girar provocando que mi mejilla chocase con las losas, perdí por completo mi juicio.

Nathan me aferró de las caderas, tiró de mi cuerpo buscando ese placer que nos hacía gemir desesperados. Sus movimientos quedaron grabados en mi piel, su forma de gritar mi nombre volvió mis piernas de gelatina; y mientras intentaba sostenerme a la pared rogando por más, Nathan tornó sus embestidas más lentas. Más agridulces. Más desesperantes. Mis piernas volvieron a temblar, apenas me tenía en pie, pero no quise que se detuviera. Me atreví a marcar un doloroso ritmo que fue similar a un vals: él dejaba besos en mis hombros, y yo contoneaba las caderas cerca de ese placer que ya me picaba en la yema de los dedos.

—¿Qué cambiará mañana? —dije en un hilo de voz.

—Nada —respondió tensándome más de la cuenta, estaba al borde del colapso; deseaba llegar al clímax a la par que él—. Mañana volveremos a casa, pediremos chino y nos lo comeremos en la terraza.

—¿Y después?

—Veremos alguna de tus series favoritas.

—¿Y luego?

—Improvisaremos, Win, nosotros...

Nat apoyó la cabeza en el hueco de mi hombro, me embistió con tal desesperación que no tardé demasiado en tocar el cielo a su lado. Incluso cuando noté la libertad entre mis pliegues, siguió meciéndose en mi interior; me empapó de ese placer que una vez nos dimos, y me pregunté si era cierto que había tomado una decisión errónea en el pasado.

Quién sabe, quizá no era nuestro momento en aquel entonces.

Capítulo 17

Mi doloroso primer amor

Esa tarde hacía un frío de mil demonios en Boston. Si no hubiese decidido aceptar el nuevo trabajo en Jonquils Café, seguramente me encontraría en el sofá con la enorme manta de pelo que cubriría mi cuerpo y Nathan acariciando mis pantorrillas.

No sé en qué momento habíamos tomado aquella costumbre. Desde que volvimos del Boston Patriot Hotel, nuestra relación estaba en un punto diferente. No es que hubiésemos formalizado nada, pero me sentía mucho más cercana a él. Y lo que más me gustaba de la situación era que podía abrir la boca, decir lo que pensaba con naturalidad hasta que no se quedase ninguna palabra incrustada en mi pecho.

Nunca pensé en la posibilidad de improvisar con nadie. Tampoco esperaba alzar los cojines que teníamos en el salón y enzarzarme en una batalla contra él por decir que el queso chédar no era una delicia. No consideré que corretear por la casa estuviese permitido para los adultos, ni que volar entre sus brazos me arrancase más de una carcajada.

Era asombrosa la facilidad que tenía para sacar ese lado de mí que había desechado cuando terminé la universidad. Aquel que creía en la gente, que consideraba que no necesitaba a nadie y que siempre tendría que ser esa compañera a la que todo el mundo recurría para desahogarse. Con Nathan me sentía una aliada de guerra; mis decisiones con él no tenían que pasar por un

tribunal para ser aprobadas. Simplemente eran un recurso más para enfrentar el mundo.

—¡Eh, chica!

La voz de mi jefe me hizo dar un respingo, estaba tan sumida en mis pensamientos que me había quedado inmóvil en la calle. La gélida temperatura volvía a hacer de las suyas para traspasar mi abrigo de piel beis, mi gorro a juego y los guantes donde descansaba un vasito de cartón que debía promocionar.

—Lo siento, me he despistado —susurré un tanto avergonzada, moví un poco las manos para empaparme del calor del vasito y le dediqué una sonrisa—. Vuelvo en seguida a mi puesto.

—Eso espero, porque no te he contratado para que entorpezcas el paso —gruñó él con las manos en las caderas—. Si quieres conseguir tu dinero, gánatelo.

«Que sí, pesado. Espero que tú no te quedes estático cuando tu mujer te necesite en la cama».

Giré sobre mis talones aprovechando que volvía dentro de la cafetería, puse los ojos en blanco y cambié mis facciones como si fuese una muñeca a la que acababan de dar cuerda; extendí el vasito con una sonrisa radiante, esperaba que alguien se detuviese para probarla.

Joan, mi jefe, era un genio de la innovación. Las ideas pululaban por su mente con tanta facilidad, que cuando sentía la necesidad de elaborar una nueva bebida, se encerraba en la cocina hasta dar con el resultado perfecto.

En esta ocasión se trataba de chocolate caliente con un chorro de anís, nubes y trocitos de chocolate blanco. Había sido la primera en ofrecerme como conejillo de indias para degustar su resultado; me encantaba probar recetas nuevas, saborearlas y poder dar mi opinión.

Una vez que el puesto donde tenía la pequeña jarra de chocolate estaba vacío, entré dentro del local en busca de otra novedad: bebida de calabaza con sirope de vainilla.

Saludé a Johnny Jones, un viejo amigo de mi jefe que regentaba un restaurante ambientado en los años cincuenta en Londres. Al parecer había cedido su establecimiento a su hija menor, la cual estaba asociada a su actual novio. De vez en cuando hablaba de las recetas novedosas que llevaba a cabo y lo mucho que gustaban a los clientes. Incluso Joan tuvo una larga llamada con Kathleen para intercambiar ideas con ella. No me habría extrañado que la hubiésemos tenido por allí haciéndonos una visita.

Cuando salí, los primeros copos de nieve empaparon mis mejillas, me encantaba esa época del año donde el mundo parecía volverse gris y los pequeños trocitos de hielo coloreaban de blanco las largas aceras de Boston.

Me coloqué la capucha de mi abrigo, creo que solo se me veían los ojos y parte de mi destacable nariz. Salí sin ningún atisbo de miedo en mi rostro, aún podría danzar por la calle durante unas horas hasta que la nieve impidiese la visibilidad de sus ciudadanos.

—Esto sí que no me lo esperaba.

Una carcajada ronca me erizó la piel, busqué su sonido entre la multitud hasta dar con aquellos ojos almendrados que tan bien conocía. El corazón me dio un vuelco al encontrarme con sus cabellos castaños, sus manos repletas de tatuajes y aquel enorme anorak que lo protegía del frío; Bryce no parecía haber cambiado demasiado con los años. Estaba fuerte, seductor e irresistible.

—Diría que las palabras correctas son: «Cuánto tiempo sin verte, Winter».

Él acortó la distancia entre nosotros, sacó una de sus manos de los bolsillos y buscó un vasito de plástico para disfrutar del contenido que tenía en la jarra.

—Nos hemos visto de manera esporádica, Win —dijo de manera despreocupada, vertí el contenido dentro del vaso y esperé su opinión—. ¿Miel?

—Calabaza con vainilla.

—Pues qué puta maravilla. —Rio nuevamente, provocando que el aire no llegase a mis pulmones—. ¿Trabajas aquí?

—Solo este fin de semana —admití —, ¿q-qué tal te encuentras?

—La verdad es que no puedo quejarme. —Su mirada me traspasó por completo. Nunca tuvo miedo de deleitarse con mis pecas ni de aprobar la ropa que llevaba—. Soltero y entero. Aunque eso ya lo sabes. Después de todo tenías la intención de irrumpir en mi boda, no en la de Nat.

«Tierra, trágame».

Cerré los ojos durante unos instantes, habría sido fantástico que ese mínimo hecho me hubiese hecho desaparecer. Hace unos meses me encontraba corriendo con Autumn, que me pisaba los talones, para arruinar su boda. Estaba segura de que era lo que siempre había deseado y ahora que lo tenía delante no estaba del todo segura.

Bryce era el chico que había calado por completo en mi corazón. Aquel con el que quería pasar mi vida entera, pero ahora Nathan pululaba por mi mente como un pilar fundamental en mi día a día.

Entonces, ¿por qué me ponía nerviosa cuando tenía a B. tan cerca de mí?

—No sabía que no te habías casado —admití. De hecho, me sorprendía que ni siquiera me hubiese informado. Estaba tan enfrascada en lidiar con mi convivencia, en la opinión de los demás y enfrentar el lado gruñón de Nat que lo olvidé por completo—. Oye, siento mucho haber tomado una decisión que podía perjudicarte. Pensé... Bueno, consideré que si corría hacia ti podríamos...

—No habría estado mal. —Él curvó sus labios hacia arriba y mis dudas eclipsaron por completo mi juicio—. Quizá serías tú la que tendría un anillo en el dedo. Después de todo, es lo que siempre has querido.

«¿Y si lo sabías por qué nunca le diste importancia?».

—Yo...

—Sé que Nathan te ha involucrado en una de sus decisiones relacionadas con el deber. Espero que no te esté haciendo la convivencia imposible, a veces puede ser un poco coñazo, pero es buena gente.

—¿Cómo sabes que vivimos juntos? —Hice una breve pausa—. Claro, vuestros cafés.

—La verdad es que yo le di la idea, así que soy el culpable de todo.

«¿Qué? ¿Ha tensado las cuerdas para que viva con Nat estos meses?».

Abrí la boca dispuesta a buscar motivos, incluso deseaba escuchar su versión de lo sucedido, pero me mordí el labio inferior derrotada. No sé en qué situación me había dejado todo esto, me sentía segura con Nathan y no deseaba tener límites con él. Pero... ¿y si era todo una estrategia para después mofarse de mí?, ¿y si todo aquello no era real?

Sentí miedo. El mismo que solía volverme de mármol cuando me llamaban «Blancanieves» en la universidad; no sabía si reírme, llorar o salir corriendo.

—¿P-Por qué?

—Tenía mucho que decir después de diez años.

—Bryce —comencé a deleitarme con cada sílaba que componía su nombre—, ¿debo agradecerte que Nathan haya querido usarme en su brillante plan de empresario perfecto?

—No he dicho que quisiera hacerlo —se corrigió con rapidez—, solo digo que se quedaron muchas cosas sin decir; nunca te interesó de una manera más sentimental y tenía que ver que eso no había cambiado con los años.

Sentí un horrible escozor en el pecho, fue similar a las caídas que había sufrido de pequeña cuando iba en bicicleta. Me dolió horrores la despreocupación con la que lo decía, ni siquiera se percataba del daño que me ocasionaba con sus revelaciones. Pero no fue lo que más me hizo pedazos. Se suponía que en estos meses ni siquiera recordaba su existencia, ¡incluso tenía un consolador que se llamaba Naty!

¿Cómo era posible que mi corazón hubiese dado un vuelco al verlo?

Estaba empezando desde cero, me sentía parte de la vida de alguien y ahora creía que había traicionado a Nathan por haberme ilusionado con su presencia. Me mordí el labio inferior conteniendo las horribles ganas de llorar. Siempre me pareció alguien inalcanzable. Me sentía muy especial de ser esa persona de

confianza que escuchaba todas sus inquietudes. Sin embargo, yo no era un objeto al que dar una patada: estaba viva, sentía y respiraba.

—Lamento ser yo quien te diga esto —noté el temblor de mi voz, aunque no me hizo detenerme—, pero que no me interesase porque mi corazón era tuyo no te da derecho a darnos lecciones de moral. Estás jugando con mis sentimientos, con los de Nathan y con los de cualquiera que no te parecen adecuados: no eres un dios, Bryce. No tienes el poder de hacer y deshacer a tu antojo cuando algo no te parece bien. Deberías plantearte que he estado diez años detrás de ti, que lo sabías y que te ha importado una mierda.

Él dio un respingo, jamás le había hablado de esa forma. Sus palabras fueron la gotita que colmó por completo el vaso. Estaba segura de que me consideraba importante, que me respetaba; incluso cuando me atrevía a mandarle un mensaje y no me contestaba, buscaba cualquier motivo para justificar su conducta.

Ahora simplemente me sentía una completa idiota.

—Pensaba que éramos amigos, Win.

—¡Por favor! —grité exasperada—. Acabas de confirmar que sabías que estaba enamorada de ti. Deja de intentar quedar como un caballero cuando estás siendo un rastrero, Bryce.

No sabía cómo reaccionar. Debería haberle dicho lo que sentía antes de llegar a esta situación. Quizá su rechazo me hubiese hecho mucho más fuerte, incluso me habría pasado todos estos años lamiendo mis heridas y no pensando que tenía posibilidades.

—Lo sabía —masculló entre dientes—, pero siempre has sido la chica que se sentaba a mi lado sin juzgarme; la que se reía por mis tonterías y me abrazaba para infundirme fuerzas. Esos gestos me hacían sentir cómodo contigo, Winter. Me hacían ser parte de algo.

—Me has usado cuando necesitabas un hombro en el que llorar —suspiré con cierta pesadez—. Siempre hemos estado en el mismo grupo y ni siquiera has pensado en la posibilidad de que volvamos a estar todos juntos: sois vosotros y nosotras. Como si no hubiésemos vivido nada... es demasiado triste, Bryce.

—Yo... solo pensé que habíamos tomado caminos diferentes.

—Mi mejor amiga se casó con uno de tus mejores amigos —le recordé notando cómo mi nariz se coloreaba de rojo escarlata—. Puede que yo fuese la bala perdida del grupo, pero siempre hemos estado en el mismo lugar.

—Win, yo...

—No hace falta. —Moví las manos con tanta brusquedad que me hice daño en las muñecas—. Solo te darás cuenta cuando alguien traspase tu piel, desee marcharse de tu lado y no puedas dejar de rememorar todos los motivos por los

que ya no está.

Bryce se acercó a mí dispuesto a enzarzarnos en una conversación repleta de excusas y mentiras. Sus dedos se enroscaron en mi mano, abrió la boca con la intención de escapar del problema, pero jamás llegué a escuchar sus fatídicas heridas. Nathan se encontraba en doble fila y pitaba desde su coche: había venido a por mí y lo había visto absolutamente todo.

Capítulo 18

Cruda amistad

Nathan

Los problemas no estaban dispuestos a abandonarme. No sé si me habían visto cara de idiota o simplemente estaba pagando por algo que había hecho en una vida anterior. Lo único que sabía era que me estaba ahogando y ni siquiera mi condenada fortaleza podía salvarme.

Mis dedos no dejaban de tamborilear sobre el volante, ni siquiera estaba centrado en seguir el ritmo de la canción que sonaba en la radio. Mi corazón aleteaba nervioso en mi pecho, se impulsaba con tanta ferocidad que tenía que encogerme.

—¿Nathan?

La voz de Winter me hizo soltar un profundo suspiro. Había pasado todos estos minutos guardando silencio a la espera de que le dijese algo. Mis ojos se deslizaron al asiento del copiloto, estaba tan bonita como la mismísima reina de las nieves.

—No quiero hablarlo, Win.

Dio un respingo cuando notó la pesadez en mis palabras, sus manos ascendieron sobre el cinturón; lo aferró con tanta fuerza que me percaté de cómo sus nudillos se coloreaban de blanco.

—No sé qué es lo que tienes en la cabeza, pero creo que no es necesario que

justifique que estaba trabajando.

—Nunca te he pedido explicaciones. —Encogí los hombros restándole importancia, esperé unos segundos a que el semáforo cambiara de color para reanudar el rumbo a casa—. No lo hice cuando me usaste para lidiar con las gilipolleces de Bryce, no lo haré ahora.

Ella abrió la boca, ofendida. Acababa de retroceder mil pasos recordándole lo mal que me había tomado su partida, pero estaba enfadado. Muy enfadado. No quería volver a vivir lo mismo por segunda vez por no ser un rompecorazones como mi colega; si no era lo suficientemente bueno podíamos terminar con aquella farsa cuanto antes.

«¿Y de verdad pensabas que se quedaría contigo cuando le arrebataste su tranquilidad?».

—No te estoy... —Win no terminó la frase, se mordió el labio inferior y me sentí culpable: me habría encantado abrazarla en esos momentos—. Es cierto que siempre lo he querido, pero no le quita importancia a lo que hemos estado viviendo nosotros.

Una sonora carcajada escapó de mi garganta, miré el intermitente tráfico y aceleré sin importarme los límites de velocidad.

—¿Y cómo puedo creerte? —pregunté con ironía—. Siempre lo has mirado con una devoción infinita cuando lo único que ha hecho es contarte sus mierdas a costa de tus propios sentimientos.

—Me encantaría decirte que finjo orgasmos como una auténtica estrella del porno, pero no es así. —Frustrada escondió su rostro entre las manos—. Entiendo que en el pasado me comportase como una imbécil contigo, Nathaniel. Quizá en aquel entonces estaba tan anonadada con que alguien me mirase como si no fuese un témpano de hielo que idealicé a Bryce. De lo único que me lamento es por verlo después de tanto tiempo y que mi cuerpo reaccione; me hace sentir como si te estuviese traicionando.

—Eso es imposible, Win. —Mi voz era un tanto pastosa, aparqué el coche en nuestra cochera y ni siquiera la esperé—. No puedes traicionar a alguien por el que no sientes nada.

Ella contuvo el aliento, se apeó del coche y siguió mis pasos con toda la rapidez que le permitía su cuerpo. Su pecho chocó contra el mío, al parecer no deseaba seguir aquella conversación como si nos tratásemos del gato y el ratón.

—¿Por eso me trajiste aquí? —preguntó como si estuviese escupiendo sus palabras—. ¿Seguiste el consejo de Bryce para demostrarme que podías hacer y deshacer la situación como tú quisieras?

Mi mano acarició su mentón con sutileza. Fue una breve caricia similar al

roce de unas sábanas de seda, lo sostuve con decisión para entrelazar mi caótico azul en sus iris grises tan similares a la plata líquida.

—Sí —contesté mordaz—, esa era mi idea en un principio. Me gustaría decirte que tenía intenciones nobles para traerte a mi casa, pero quería demostrarte que ahora seguiríamos mis reglas. Como ves, mi actitud se ha evaporado con los días porque estar a tu lado me derrite por completo, Winter.

—¿Y sigues pensando lo mismo?

—Desde que te vi danzar por mi apartamento cambié de opinión, Blancanieves —dije un tanto desesperado—. Puede que siga amando cada parte de ti, pero si tú odias ser el bufón de todo el mundo, yo no seré el tuyo. Por más que me duela, prefiero dejarte ir antes de que esto se vuelva insostenible.

—Yo no he dicho que...

—No sabes si lo quieres todavía —corté sus palabras de forma brusca—, y yo no tengo la fortaleza de quedarme aquí hasta que veas que no es así. Lo siento, no voy a esperarte más: si Bryce es la persona que has elegido, no haré nada para evitarlo.

Los ojos de Winter se volvieron vidriosos, fueron similares a la plata líquida derritiéndose a altas temperaturas. Me sentí un miserable por verla de aquella manera. Siempre habían sido los demás quienes ocasionaban ese sufrimiento en su rostro y ahora era yo uno más en la lista.

—Quiero irme —dijo en un hilo de voz—. Ahora.

Apreté los puños, sintiéndome un miserable. Sé que ese complejo de inferioridad que hacía que no dejara de compararme con mi colega hablaba por mí, pero no podía enfrentar eso.

No fui capaz de sostener su muñeca, tampoco le rogué que apostase por mí. Tan solo la dejé ir, como si su partida me despertase de un sueño.

Ella recogió sus cosas sin mirar atrás, yo solo me dejé caer en el sofá, como si la vida hubiese escapado de cada uno de los poros de mi piel y jamás pudiera volver a moverme.

***

—¿Estás seguro de que puedes enfrentar la reunión con Charlotte Danvers? —preguntó Vincent levantándose de la silla que tenía justo enfrente de mí—. Podemos decirle de posponerlo para mañana.

—La verdad es que no estoy preparado para enfrentar nada —gruñí

frustrado, ni siquiera la cerveza me parecía lo suficientemente buena como para perder la nitidez—. Mi vida se cae a pedazos.

—La has echado, Nat —dijo mi colega, avivando la rabia que sentía en mi interior—. ¿De verdad esperabas que se quedara?

—No esperaba nada —gruñí—, estoy harto de todo esto.

Él removió su café sin decir nada más, sabía que no estaba por la labor de enfrentar mis decisiones. Había acabado con mi tranquilidad con un chasquido de dedos y me sentía totalmente destrozado. No dejaba de justificarme que era lo mejor para mí, que necesitaba aferrarme a esa empresa por la que había luchado tanto y ahora se caía a pedazos.

No podía estar con una mujer que no se sintiese bien a mi lado.

—Por ahí viene.

Apreté los puños cuando me encontré con los ojos almendrados de Bryce. Entró con su radiante sonrisa a la cafetería, le guiñó un ojo a la camarera y se quitó la capucha al acomodarse con nosotros en la mesa.

—Espero que hoy tengan tortitas con nueces y sirope de arce. —Se dejó caer sobre la silla y soltó un suspiro—. ¿Lleváis mucho esperando?

—No —contestó Vince—, ¿dónde está Zander?

—Sigue en Santa Mónica. —Bryce me dio un codazo para llamar mi atención —. Y tú, ¿ya no saludas?

—Me has visto hace unas horas —dije sin más.

Él guardó silencio. Podía hacerse el idiota todo lo que desease, pero era consciente de que el estridente sonido del claxon de mi coche lo había alertado de mi presencia. Desde nuestra última conversación había cierta incomodidad entre nosotros, aunque era más de mi parte que de la suya.

—Parece que hemos vuelto al instituto —contestó con ironía—. ¿Ahora vamos a pelearnos a puñetazos porque me has visto hablar con Winter?

—Me importa una mierda que tengáis una conversación, no soy un neandertal —exploté de la peor forma—. Lo que no soy capaz de comprender es que sigas metiendo las narices. Dijiste que lo hacías porque te preocupabas por mí, pero lo único que quieres demostrar es que su debilidad siempre serás tú.

—Nathan —advirtió Vincent dejando la taza de café sobre la mesa—, no es el momento.

—¿Y cuándo lo es? —Di un golpe a la mesa, agradecí que el murmullo de alrededor eclipsara el estridente ruido—. Siempre has sido mi amigo, B. He aceptado tus decisiones y te he aconsejado cuando me lo has pedido. Estoy cansado de que me obsequies con las migajas que crees que merezco. Me siento una mierda, tío... me haces sentir como si pudieras pisarme con facilidad.

Bryce levantó la cabeza sin dar crédito a lo que estaba oyendo. Siempre había destacado por su media sonrisa, su adicción por los dulces y su afán de protección. Pero si de verdad le importábamos, tenía que dejar de aferrarnos hasta el punto de dejarnos sin respiración.

—¿Tú también te sientes igual?

Vincent alzó su mirada azulada, torció un poco los labios y negó con la cabeza.

—Lo único que me molesta es que sigas tirándole la caña a Autumn, pero ahora no es nada mío y no puedo protestar por ello —suspiró—. Entiendo que a veces lo hagas en broma, Bryce. Incluso comprendo que sea tu forma de sobrevivir a cualquier mierda que tengas en la cabeza, pero somos tus amigos: nosotros no tenemos interés en hacerte una cicatriz nueva.

Su silla protestó cuando se levantó, escondió las manos en los bolsillos de su pantalón y encogió los hombros como si se tratase de un animal que deja caer sus enormes orejas.

—Lo único que he querido siempre para los dos es que ninguna mujer deje marcas en vuestra piel —comenzó a decir cautelosamente, mientras nos observaba de manera seguida—. Si te dije en su momento que no te casases con Autumn no fue porque la quisiera para mí, es una mujer temperamental y son las más peligrosas. Mira cómo estás... hecho una mierda cuando tú la engañaste.

Vincent se limitó a marcharse de la mesa. Odiaba que cualquier persona de su alrededor pudiese juzgar la situación. Deseaba que respetaran su privacidad, aunque imaginaba que Cornwell había sido su problema desde el principio.

—Y tú, Nathan —continuó con tristeza—. Siempre has sido el más inocente de todos nosotros, los sentimientos de Winter no son lo suficientemente buenos para ti. No estoy diciendo que sea mala, porque da todo por las personas que la tratan con indiferencia, pero...

—Eso siempre lo he tenido que decidir yo —zanjé brusco—, que Julia no te eligiera a pesar de su situación no justifica que tú hicieras esperar a Winter como si se tratase de tu perrito faldero.

—Puede que tengas razón.

— La tengo, y hasta que no seas capaz de darte cuenta de que nos has usado en tu ley del hielo, no seré capaz de mirarte a la cara.

—No hará falta —giró sobre sus talones—, dicen que la distancia desvanece relaciones o, por el contrario, las vuelve más fuertes.

—Eso dicen.

—Lo siento, Nathan. —Hizo una breve pausa—. Puede que hoy no me creas, pero quizá algún día lo hagas.

Me habría gustado decirle que sería así. Mis palabras fueron eclipsadas por el ruido de la multitud, el estridente sonido de la cafetera advertía de que el café estaba listo y todo aquello que debería enfrentar para que se detuviera quedó en el aire; no llegó a sus oídos y yo tampoco impedí ese hecho.

Capítulo 19

Sesión antirrupturas

—He oído que Bryce se ha ido de la ciudad.

El murmullo del agua no pareció eclipsar las palabras de Autumn. Intenté hacer como si no hubiese escuchado lo que me decía, pero intuía que nadaba hacia mí con la intención de enroscarse a mi espalda.

—¿Estás bien con eso? —insistió sin dejar de abrazarme—. Ya he irrumpido en una boda, no me importará hacer de Willy Fog por ti.

—Agradezco ser tu Romy en esta aventura, porque con mi sentido de la orientación terminaríamos en Colombia.

Mi amiga me había arrastrado a uno de los *spas* más caros de la ciudad. Tras nuestro intrépido allanamiento al edificio de Ava Rogers, decidimos no pasar por la misma vergüenza. Así que le dio al bonito botón de «comprar» que tanto utilizan los millonarios con la esperanza de disfrutar de una larga tarde sin trabajo ni hombres.

—Win —susurró mi nombre acomodando su cabeza en uno de mis hombros—, ¿qué es lo que te hace sentir tan culpable?

—Cuando decidí irrumpir en la boda de Bryce tenía muy claro que necesitaba toda la valentía que jamás había utilizado para decirle lo que sentía. —Mi tono fue algo monótono, seguro que se echaría a bostezar—. Creía que si le demostraba que yo también sabía alzar la voz se quedaría conmigo. Quería decirle lo especial que me había hecho sentir siempre al tratarme como una más

dentro de nuestro grupo. Pero nos equivocamos...

—Te equivocaste —corrigió Autumn.

—Bueno, eso. Tomé una decisión errónea y me vi siendo la novia de Nathaniel Carter, el tío que me hizo sentirme viva; al que le conté mis miedos y me hizo suya como si realmente valiese la pena..., ¿cómo es posible que la convivencia, mirarlo dormir a primera hora de la mañana y que excusara mi torpeza haya hecho que olvidara lo importante que era Bryce?

—¿Has pensado alguna vez que podía ser agradecimiento?

Dejé de estar apoyada en el borde de la enorme piscina de piedra, alejarme del chorrito que me hacía cosquillas en la barriga me supo como una amarga despedida. Nadé un poco hasta las escaleras. Por supuesto, mi amiga no se soltó de mi espalda, parecía una ranita.

—¿Agradecimiento por qué?

—Siempre has tenido mucho miedo a los juicios de las personas que tienes a tu alrededor —respondió ella, su larga melena parecía reptar sobre la superficie del agua—. Cuando te juzgaron te hiciste pequeña, pensaste que nadie creería que te gustaban los demonios, digo los niños; que la comida basura era tu perdición y que te encantaba ese horrible olor a fresa.

—¿Y no es así?

—Cariño, podría estar repleta de tatuajes y ser un bollito de canela. —Sonrió colocando sus pies sobre los primeros escalones—. El aspecto no dice nada de una persona.

—¿Por qué no aposté por Nathan en ese momento?

—No lo sé —admitió—. Puede que no estuvieses preparada para afrontar una relación, o que pensases que era algo normal en tu trato con él. A veces confundimos amistad con amor y eso no nos hace malas personas.

—Entonces, ¿por qué mi cuerpo reacciona cuando ve a Bryce?

—Porque siempre lo has visto como un héroe. —Autumn salió de la piscina, cogió una toalla en color mostaza y rodeó su cuerpo con ella—. Pregúntate a ti misma si te gustaría vivir una vida con él, si querrías despertarte cada mañana a su lado o simplemente si no te costaría lavarle los calzoncillos.

—¡Autumn!

—¿Qué?

—No me va a gustar lavar los calzoncillos de ningún hombre. —Torcí los labios en señal de protesta.

—Supongo que ha sido el SDMD.

—¿Qué es eso?

—Síndrome De la Mujer Divorciada —dijo como si fuese lo más normal del

mundo—. Pienso que todo lo que me resulta asqueroso me da motivo suficiente para seguir estando sola.

—Creo que no recuerdas que era Vince quien hacía la colada, cocinaba y te limpiaba la casa cuando no contratabas a nadie.

—No lo digas como si lo hubiese tenido esclavizado. —Frunció el ceño—. Le gustaba que cocinásemos juntos o hacía las tareas de la casa mientras yo trabajaba en el despacho.

—Por cierto, te estoy siguiendo desde hace un rato, aunque no sé dónde vamos.

Los labios de mi amiga se elevaron hacia arriba, cogió mi mano tirando de mí para que me diese prisa. La idea de ir a ese pequeño *tour* de placer y tranquilidad había aliviado un poco mis pensamientos. Hacía días que había vuelto a mi pequeño apartamento. Debía estar pletórica por contar con mi espacio personal, pero la soledad me sabía amarga en la boca; no solo echaba de menos a Nathan a todas horas, sino que me había acostumbrado a nuestra rutina juntos.

—Tenemos que probar los masajes con chocolate que dan aquí.

—¿Quieres que me dé una indigestión? —gruñí queriendo ir en el sentido opuesto—. No voy a poder contener las ganas de probarlo.

—No te preocupes, estaré preparada para darte un pellizco cada vez que lo intentes.

«Con amigas así quién quiere enemigos».

Abrimos las dobles puertas que daban hacia «la sala del chocolate no comestible», como la había llamado. Me quedé abrumada al ver cómo la estancia se dividía en dos: la parte izquierda estaba repleta de una hilera de camillas donde se hacían los masajes corporales y faciales. La parte derecha contaba con una piscina un poco más pequeña, que me recordaba a una enorme taza de chocolate caliente.

«No se come, Win».

Mi amiga comenzó una larga conversación con uno de los clientes, diría que me sorprendía su desparpajo mientras recibía sus atenciones faciales. Se acomodó en un extremo de la camilla, cruzó sus piernas y la escuché hablar algo relacionado con el técnico de la calefacción. Enarqué una ceja sin comprender muy bien por qué le contaría sobre las averías de su bonito dúplex, pero cuando lo vi incorporarse con la cara en color marrón y sus ojos azules le devolvieron la mirada supe que se trataba de Vincent.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Me acerqué a ellos un poco sorprendida.

—Autumn me dijo que el vale que había comprado era para cuatro.

«¿Cómo que para cuatro?».

El corazón me dio un vuelco, busqué a mi acompañante y encontré la culpabilidad en su rostro. No es que se disculpara precisamente, menos aún cuando el cliente que estaba al lado de Vince se levantó mostrando la misma sorpresa que yo: Nathaniel Carter estaba allí.

—¡Me has traicionado!

—Por supuesto que no —mi amiga le restó importancia con la mano—, tenía que canjear el bono y creo que a ellos también les hacía falta.

Nathan me observaba con cautela. Había preferido zanjar nuestra convivencia antes de poder escuchar cómo me sentía. Suspiré un poco agobiada, no me gustaban las encerronas, especialmente cuando estaban dispuestas a dejarme sola con él.

—Autumn...

—Creo que huele demasiado a chocolate aquí —dijo como si nada—, voy a engordar cuatro kilos con solo oler todo esto. Mejor te espero en la sección de agua salada, seguro que se está mejor que aquí.

Vince no tardó en pisarle los talones, al parecer todo esto estaba más que pactado. Nerviosa, escondí las manos tras mi espalda, nuestra conversación había aliviado mis demonios y quizá toda aquella valentía que jamás había utilizado debía usarla en aquel instante.

—Hola —susurró con la cara repleta de una máscara facial de cacao—, parece que nos acaban de abandonar.

—Supongo que da igual —suspiré con cierto pesar—. ¿Cómo te encuentras?

—Que Bryce se haya ido no me hace sentir mejor —hizo una breve pausa—, de hecho, me siento culpable.

—¿Por qué?

—Discutí con él —dijo sin más—, pero todo esto y lo que está sucediendo en mi empresa me tiene bastante cansado.

No fui capaz de decir nada al respecto. Sabía lo mucho que le importaba Carter's. Todas las pérdidas le estaban pasando factura, podía vislumbrarse bajo sus ojos el tono púrpura de las ojeras.

—¿Quieres darte un baño?

—Supongo que podemos sentirnos una nube durante un rato.

Metimos los pies en la amplia piscina. La sensación me resultó algo pringosa, aunque no me hizo echarme hacia atrás. Me sostuve en la barandilla notando cómo mi bañador perdía su color rojo para convertirse en una mancha marrón.

Nathan no tardó demasiado en acompañarme, fue mucho más astuto que yo; se metió de golpe para no pensárselo demasiado. Su espalda quedó pegada al borde y sus ojos me miraban con cierto anhelo.

—Siento si fui duro contigo el otro día —admitió en un breve susurro—. No quería juzgar tus decisiones, es solo que el tema de Bryce me tiene derrotado.

«Podría ser el momento para echarle pantalones a la vida».

Nadé hasta él intentando aliviar las horribles ganas de vomitar que sentía. La marcha de B. tendría que haberme destrozado, sin embargo, estaba tan acostumbrada a sus idas y venidas que no me sorprendió en absoluto. Puede que tuviera que ver que supiese que estaba loca por él, o quizá fue la soberbia con la que intentaba controlar la situación la que me hizo desinflarme por completo.

No estaba del todo segura.

—Cuando te enfadas dejas hablar a tu inseguridad, eso hace que a las personas que nos preocupas nos alejemos.

—Es posible que sea un buen empresario, pero no soy de acero, Win. —Desvió la mirada, frustrado—. Siempre me ha costado dar toda mi confianza por más que fuera el chico bueno al que todo el mundo quiere tener de amigo.

—Conmigo eras natural.

—Siempre he podido ser yo sin pensar que me verías menos que nadie. —Me atreví a limitar la distancia entre nosotros, mis manos buscaron las suyas con la única intención de demostrarle que lo sucedido en estos meses era real—. No hay culpas, soy yo el que se sigue juzgando.

—Lo que pasó entre nosotros fue verdadero.

—Yo no te quiero con dudas, Blancanieves. —Levantó la barbilla muy seguro de lo que decía—. Adoro tus torpezas. Tus sonrisas cuando estás adormilada, incluso tu puré de calabacín. Si viniese alguien de mi pasado, no me marcharía.

—Me estoy atreviendo a decirte que todo lo que he sentido a tu lado no era fingido —dije con seriedad—. Puede que, cuando tiré el carrito de golf, solo hubiese buscado algo de diversión en mi pequeña prisión, pero he disfrutado tus caricias como Winter, no como esa novia de mentira.

Sus brazos rodearon mi cintura, me atrajeron a su cuerpo, y quedé sentada a horcajadas sobre él. Juntó su frente con la mía, la sensación que me invadió fue tan cálida como esos días de verano que disfrutábamos en la playa.

—Tengo miedo —confesó en un hilo de voz—, de verdad que me encantaría creerte.

—No puedo rogar que confíes en mis palabras. —Rocé mi nariz con la suya, mi piel se erizó de tal manera que recordé su calor aferrado a mi cuerpo—. Siempre me ha costado enfrentar mis propios demonios, por eso he vivido alejada de cualquier persona que pudiera señalarme. Pero esta es la que soy: sin filtros de Instagram, mentiras o etiquetas.

—¿Y qué pasa con Bryce?

—Fue mi mundo cuando nadie creía en mí.

—No fue el único que estuvo para ti —protestó—, también estuvimos Vince, Zander, Autumn y yo. Pero nunca te diste cuenta de que, mientras esperabas en el campus que te sonriera, los demás intentábamos que volases libre.

Sus palabras fueron como un balde de agua fría. Cuando pensaba en ellos no los consideraba como los héroes que me tendían la mano en mi día a día. Eran mis amigos, con los que reía, lloraba, hacía el tonto y podía ser yo misma. Jamás me planteé organizarlos en podios ni darles más prioridad a unos que a otros: estaban para mí como yo lo estaba para ellos.

—Deja de pensar en qué hice, Nathan. —Mis manos se alzaron embadurnadas de chocolate, me importó poco colorear sus mejillas—. Estoy aquí y ahora. ¿No eres capaz de verlo?

Él me apartó como si mi contacto quemara, las dudas que se reflejaron en sus ojos azules me hicieron retroceder. No me negué a darle su espacio, nadé con suavidad hacia atrás y supe que el olor dulzón era el de la derrota.

—Necesito pensar todo esto.

—Espero que puedas hacerlo —contesté decepcionada—, yo no puedo obligarte a confiar si tú no apuestas por mí.

—Winter, yo...

—Debería salir de nuestra tacita de valentía, creo que le he echado demasiado condimento y su sabor se me atasca en la garganta.

Nathan no me detuvo, se quedó estático como si la mejor opción fuese dejarme ir. Apreté los puños con cierta sutileza, apostar por lo que yo creía jamás me daría sus frutos: con Bryce tuve silencio, con él solo conseguí indiferencia.

Solo esperaba que su decisión no le pasase factura como en el pasado.

No volvería a insistirle, me quería lo suficiente para no arrodillarme ante nadie. Y ese breve pensamiento me hizo darme cuenta de que merecía mucho más la pena de lo que siempre había considerado.

Mis labios se curvaron hacia arriba, noté reducirse a cenizas las ataduras sobre mi corazón y me limité a regalarle esa soledad que una vez me protegió a mí del mundo.

Capítulo 20

Perder para volver a encontrarse

Nathan

—No debería estar aquí —Vincent masculló por tercera vez a mi lado—, esto tiene que ver con Cornwell, no conmigo.

La voz de mi colega me hizo despertar de mis pensamientos. Por un momento dudé de dónde me encontraba, si era importante el asunto que íbamos a tratar o si debía levantarme para marcharme a casa. Me restregué los ojos mostrando lo cansado que estaba. Era imposible que pudiera dormir de tirón una noche. Desde que Win no se encontraba en mi apartamento me resultaba más grande de lo que ya lo recordaba; el sofá parecía kilométrico, y ver su cama vacía a mis pies me impedía conciliar el sueño.

—¿Viene? —Ignoré por completo sus protestas, levanté la mano para llamar al camarero para pedirle un café bien cargado con un chorroncito de Baileys.

Broadway's Pastry Coffee Shop, en el 258 West Broadway era una calle muy concurrida a primera hora del mediodía. Las láminas de ladrillo decoraban las paredes del establecimiento en un tono marrón madera. Las mesas de forma circular estaban salpicadas dentro de la cafetería. Iban acompañadas de unos bonitos sofás de cuero rojo vino repletos de cojines blanquecinos. En la parte más cercana al pasillo destacaban unas sillas negras bastante simples, pero que combinaban demasiado bien con los colores elegidos. Las lámparas colgantes

daban una luz tenue al lugar, confortable y moderna al mismo tiempo.

Deslicé la mirada hacia la vitrina, me habría encantado darle un buen mordisco a una *bagel* de mantequilla, jamón york y queso.

Mi estómago protestó ante mi pensamiento, no consideraba que fuese el mejor momento para un tentempié, tenía asuntos importantes con los que tratar o más bien a los que dar fin.

—Sí, y viene acompañada de su destacable ceño fruncido.

No dije nada al respecto, la reputación de los Danvers hablaba de ellos por sí sola. Jason era un tiburón en los negocios, pero su hija destacaba más bien por su soberbia, además de su poca empatía. Eran polos opuestos, por eso sabía que en el momento en el que se sentara frente a mí comenzaría una batalla dialéctica que debía ganar.

—Caballeros. —Me dio la sensación de que la fuerza con la que nos saludó intentaba hacernos sentir inferiores, Vince y yo nos levantamos de nuestros asientos de la manera más educada posible—. Es curioso que me hagan venir a Boston para una reunión de vital importancia y que no se lleve a cabo en Carter's.

Charlotte Danvers tenía una belleza etérea. Destacaba por su menuda altura, sus largos bucles dorados hasta las caderas y sus ojos de un tono azul casi grisáceo. Iba vestida con una larga falda de tubo que complementaba perfectamente con su chaqueta en tono verde manzana. Por supuesto, alguien tan importante como ella no iba sola, el hombre que la acompañaba le sacaba dos cabezas: era alto, de cabello castaño oscuro y ojos marrón miel. Arrastró su silla con delicadeza, a lo que ella, sin hacer desaparecer su gesto desconfiado, aceptó de buena gana.

—Siento mucho que tengamos que encontrarnos en estas circunstancias —comencé a decir en un susurro—. Como ya sabrá, mi empresa está al borde de la quiebra debido a unas malas transacciones.

—He oído que se trata de una mala gestión —contestó con desgana ofreciendo el asiento contiguo a su acompañante—. Perdonad mis modales, este es Joseph O' Donnell, mi marido. Espero que no les importe que se encuentre en esta reunión, pero es un inversor muy importante en Danvers.

—No se preocupe por eso. —Hice una breve pausa—. ¿Le importa que vaya al grano?

—En absoluto —Charlie descendió su mirada hacia el reloj que llevaba en la mano derecha—, tiene exactamente ocho minutos para explicarme qué quiere de mí.

Miré a Vincent sin dar crédito a lo que oía, esperaba que nuestro encuentro se extendería todo lo que hiciese falta para llegar a un acuerdo.

«Si es que su fama la precede».

—Bien.

—Lo que quiere decir mi jefe es que hace unos meses presentaron el prototipo de una batería que cargaba con luz solar. —Vince se atrevió a intervenir a pesar de que no quería hacerlo, supuse que no deseaba ningún enfrentamiento con Anwen por hacer su trabajo, por eso no dejaba de mover la pierna debajo de la mesa—. No quiero decir que Danvers no tenga originalidad ni nada por el estilo, solo que esa idea era de uno de nuestros inversores. De hecho, cuenta con el mismo nombre de prototipo, las mismas funciones y...

—Me está preguntando si voy a sacar al mercado una idea ya existente, ¿no es así?

—Así es.

Charlie nos dirigió una mirada tan gélida como el hielo. No le importó lo más mínimo mi inquietud, ni que mi compañero estuviese al borde de la histeria. Le gustaba tener el control de la situación, por esos sus labios estaban curvados ligeramente hacia arriba.

—Me vendieron la idea, sí.

—Esa idea era de Hugo García —prosiguió Vince—, nos ha pedido una indemnización por saber en qué consistía y considerar la posibilidad de que la habíamos vendido a Danvers. Ese hecho nos ha supuesto una quiebra de casi el cien por cien de la empresa.

—Me temo que ese pequeño inconveniente no es asunto mío. —Joseph pidió para ella un zumo de zanahoria, mango y naranja. Él se limitó en elegir un simple café con un par de azucarillos—. Si tuve la oportunidad de conseguir una buena oferta no iba a dejarla pasar por una pequeña pizca de empatía.

Contuve el aliento con impotencia. Estaba seguro de que había un topo en mi empresa que quería hacerme tambalear al borde del abismo. Apreté los puños bajo la mesa, debía serenarme porque perder los papeles delante de esa mujer no me convenía en absoluto.

—Ya que está confirmando que ha sido tan déspota como para conseguir un proyecto a costa de mi empresa, ¿podría responderme a algo?

Mi colega deslizó sus ojos hacia mí, no consideraba buena idea que le hablase de aquella manera, pero lo tenía todo perdido.

—Usted dirá.

—¿Ha sido Jorell Cooper?

Ella se limitó a inclinarse hacia adelante, posó sus labios sobre la pajita donde se encontraba su zumo y sorbió de manera inocente. Se atrevió a mantener la tensión entre nosotros todo el tiempo que le dio la gana, hasta que ladeó la

cabeza en un gesto inocente.

—Sabe bien cómo son los negocios, señor Carter —dijo—, a veces se gana y otras se pierde.

—¿Eso quiere decir que si tuviera la oportunidad de apuñalarla por la espalda debería hacerlo? —pregunté con despreocupación, sus fosas nasales se abrieron de manera desmesurada—. Temo decirle que no nos encontramos en *Juego de tronos*; ya que nos hallamos en el mismo sector deberíamos ayudarnos, no putearnos.

—No me amenace, señor Carter.

—Solo hago una simple pregunta. —Encogí los hombros mientras saboreaba mi café con unas gotitas de alcohol—. Como usted parece divertirse a mi costa...

Charlotte arrastró su silla de manera estridente, abrió la boca dispuesta a enzarzarse conmigo en una batalla, sin embargo, la mano de su marido la hizo detenerse. Se miraron como si existiese una conexión tan fuerte entre ellos que no necesitasen palabras para entenderse. No vi amor en sus facciones, parecía más un pacto empresarial que algo conyugal.

—Se encuentra en la quiebra, Charlie —su tono grave me sorprendió, aquel hombre era imponente, pero no consideraba que ese fuese su tono de voz—, y nosotros queríamos expandirnos como una vez hizo tu padre.

Sus ojos casi grisáceos miraron primero a Vincent para después fulminarme a mí. Como suponía, era una pequeña fierecilla dispuesta a hacer que toda empresa se postrara a sus pies. Y lo conseguía. Por supuesto que lo hacía. Podía fomentar el miedo todo lo que desease: al igual que la gente se cohibía también decidían ir en su contra.

—No voy a perder mi empresa porque haya decidido hacerme jaque. —Golpeé la mesa con las palmas de mis manos—. Aún tengo inversores a los que puedo asegurar que sabía que esta información que ha comprado no era legal. Puede que sea temida por muchos, señorita Danvers, pero el pavor no siempre proporciona recompensas sino enemigos.

—Su empresa pasará a ser un borrón más en Boston si yo lo decido así —contraatacó con sutileza—, eso podría cambiar si me vendiera su parte.

El corazón me dio un vuelco ante su propuesta, ¿de verdad me estaba sugiriendo que le diera la última parte de mi pequeño imperio?

—¿Y qué gano con eso?

—Usted me proporciona su parte —dijo con lentitud—, la empresa pasa a ser mía y usted sigue manteniendo su lugar como director general.

Una carcajada escapó de mi garganta, fue tan irónica que tuve que mirar a la multitud que nos observaba dentro de la cafetería.

—No podría tomar decisiones a mi antojo.

—Bueno, puedo escuchar su opinión, señor Carter. Tiene esa opción o simplemente buscarse otro empleo. —Hizo una pausa—. A veces hay que perderlo todo para volver a encontrarse a uno mismo.

Me mordí el labio con tanta fiereza que noté el sabor metálico de la sangre en el paladar. Me sentía entre la espada y la pared. No solo había perdido a Winter con mi maldito complejo de inferioridad, también acababa de perder mi empresa por una mala gestión de mi amigo y del que había sido mi maldito cuñado.

Busqué la mirada de Vincent, no le tenía rencor por lo sucedido cuando era vicepresidente, si lo hacía era porque necesitaba su opinión. Sus ojos azules estaban vidriosos, la culpabilidad volvía a ahogarlo como si se tratase de una cuerda invisible alrededor de su cuello. Él asintió sin mantenerme la mirada y yo me giré hacia la empresaria.

—Entonces quédatelo todo —finalicé en tono mordaz—, aunque ya que vas a desmenuzarlo entre tus manos, al menos cuídalo.

—Lo verá desde primera fila, señor Carter.

—Por supuesto.

Mis labios se alzaron en una sonrisa amarga, me levanté sin querer defender más mi posición y salí de la cafetería como alma que llevaba el diablo.

¿Quién era en esos momentos?

Lo único que me quedaba ahora escapaba de mi alcance como si intentase coger un pez entre mis manos desnudas.

—¡Nat!

Mi colega corrió tras de mí, no le importó perder las formas ni que uno de sus mechones azabaches se adhiriera a su frente debido al nerviosismo que sentía.

—¿Qué ocurre?

—¿Dónde vas? —preguntó con duda—. Sabes que siento todo esto, yo...

—Necesito zanjar un asunto. —Solté todo el aire que estaba conteniendo desde que había salido corriendo de mi reunión con Charlotte—. Tengo que acabar con la incertidumbre de mi pecho, Vince; ve a casa, prometo que nos veremos pronto.

—De verdad que no quería...

—Eh —acorté la distancia entre nosotros y lo aferré entre mis brazos con la intención de infundirle valentía—, sigo aquí. Como siempre. Somos amigos y las personas erran porque son humanas. Solo espero que el día en que me dejes de esconder lo jodido que estás cuentes conmigo para que te apoye.

—De verdad que no te merezco, Nat.

—Dímelo cuando te haya perdido —hice una breve pausa—, no cuando sigas aquí siendo tanto un amigo como un hermano.

Él no dijo nada al respecto, asintió y me dejó marchar.

***

Las noches en Carter's me resultaban gratificantes. Solía disfrutar del silencio de los pasillos, de las sombras que me ocultaban en uno de mis sofás de cuero mientras el hielo tintineaba en mi vaso de güisqui.

Crecí creyendo que necesitaba un imperio para sentirme poderoso. De esa forma jamás dudaría de mí mismo; lo hilaría de tal manera que sería similar a una dura coraza que me haría impenetrable para el mundo y no volvería a sentirme destrozado.

Mis pies repiqueteaban por el suelo de mi oficina, me dirigí hacia la última planta y lo busqué sin un ápice de rabia en mis músculos: había sido yo quien quiso alejarse, el que se apartaba cada día de la persona que le importaba por miedo a arriesgar.

¿Qué me quedaba ahora?

Mis nudillos tocaron a la puerta del despacho de mi excuñado, no recibí respuesta, pero no me supuso un problema para irrumpir en su pequeña victoria silenciosa. Él se limitó a levantar con desgana la mirada, cruzó sus piernas sobre la mesita auxiliar y ni siquiera se pronunció.

—¿Esta era tu forma de hacerme pagar por lo de Spring?

—Si tuvieras hermanas pequeñas te darías cuenta de lo doloroso que es verlas sufrir. —Su tono de voz no me supuso ninguna emoción, me senté en el sofá que había enfrente de él y entrelacé las manos—. Sabía que ese acuerdo con mi padre no florecería, Spring necesitaba a alguien que la quisiera.

—No voy a justificar ese hecho —dije con sinceridad—, pero nunca fue mi intención hacerle daño. Nos conocíamos muy poco, Jorell. Lo necesario para saber que seríamos un matrimonio de conveniencia. Si no hubiese querido aceptar algo así yo mismo habría zanjado todo este asunto.

—¿Crees que voy a creerme que no contrataste a esa muchacha para fingir que estabas enamorado?

—Siempre he estado loco por Winter Adams. —No me molesté en replicar, mi mirada estaba clavada en sus ojos esmeralda—. Fue mi primer amor en la

universidad y siempre he sentido que algo entre nosotros se quedó a medias. Por situaciones ajenas a tu familia, nos distanciamos hasta que irrumpió en mi enlace. Fingí que estábamos enamorados porque los rumores estaban perjudicando a mi empresa. Supongo que en eso también tuviste algo que ver.

—No voy a ocultarlo —admitió—, fui yo quien desató que coqueteabas con todas y quien vendió el prototipo de García. Lo tenías todo en tus manos, solo quería demostrarte lo fácil que es reducir todo a cenizas.

Solté una risotada irónica, apoyé mis manos sobre los muslos y caminé por el despacho admirando la cantidad de diplomas que decoraban sus paredes.

—¿Ya estás contento? —Hice una pausa un tanto amarga—. Es cierto que me has destrozado, pero también me has hecho entender que mi empeño en Carter's siempre ha sido para huir de todo en lo que no quería pensar. Ya no tengo nada. He vendido mi parte a Charlotte Danvers y supongo que no querrá traidores en su plantilla.

Su semblante tranquilo pareció resquebrajarse, siguió mis pasos buscando alguna mentira en mi pequeño discurso.

—No lo hará, sabe que soy brillante.

—Que lo seas no implica que seas un aliado para su causa. —Lo fulminé con rabia—. Ella lo ve todo como una batalla, así que hazte a la idea de que ni siquiera estás en su retaguardia. Mientras que yo... Bueno, seré un director ejecutivo manejado por una cínica que no sabe en dónde invertir su dinero. ¿Eres feliz ya?

—No pensé que me...

—¿Que te perjudicaría? —continué sus palabras—. Es cierto que has conseguido alejarme de mi empresa, pero no creo que Spring te perdonase esta pataleta. ¿Toda esta artimaña la has llevado a cabo con Cornwell?

Jorell parpadeó un poco confundido, negó con la cabeza y se llevó las manos a los bolsillos.

—Nos compenetramos en otros ámbitos no profesionales —se limitó a decir—. No tiene nada que ver contigo, es más, si le dices a mi hermana algo sobre esto...

—No voy a romper la relación entre dos hermanos por un berrinche. Lo único que no pienso perdonarte es que hayas tratado a Winter con la punta del pie. Así que déjame que te diga algo: no eres perfecto, nadie lo es. Las torpezas de una persona le dan credibilidad y quizá nos hacen ver matices de su personalidad.

—¿Crees que eso me importa?

—No. —Mi carcajada reverberó por las cuatro paredes, fue tan estridente que

me hizo daño en los oídos—. Solo te digo lo cruel que has sido con alguien a quien no conocías, aunque no tienes que preocuparte: bailaré sobre el tablero de Charlotte Danvers todo lo que sea necesario, pero me encargaré de que no estés en esta empresa para deleitarte con ello.

Capítulo 21

Una última vez

Nathan

Tres semanas después...

La Navidad siempre me ha parecido una época triste y repleta de claroscuros. No era capaz de sentir esa pizca de ilusión que hacía pulular a los más pequeños de un lugar a otro en busca de un nuevo motivo para que Santa Claus les trajese más regalos. Se destilaba ironía, fingido interés en la familia y un ambiente digno de la función más cotizada del año.

Me desperté de madrugada hecho un manojo de nervios, no estaba acostumbrado a la vida tan sedentaria que llevaba. Solía estar impoluto a las seis de la mañana para ir al trabajo, con la fragancia más costosa adhiriéndose a mi cuello como una segunda piel.

Todo había cambiado.

Podía seguir siendo el director ejecutivo de Carter's, pero ya no la sentía mi hogar.

Tenía la manía de esconderme allí cuando algo se me escapaba de las manos; caminaba a trompicones hasta mi despacho y me dejaba caer en mi sillón reclinable, danzando de un lado a otro hasta que mis demonios guardaban silencio en mi cabeza. Cuando conseguía respirar, me levantaba, alzaba la barbilla al cielo y me disponía a enfrentar el día recordándome a mí mismo que

todo aquel imperio lo había levantado sin la ayuda de nadie.

¿Qué me quedaba ahora?

El sonido del timbre me hizo dar un pequeño brinco del sofá. Maldije por haberme perdido en mis pensamientos más de lo que me gustaría: eran las ocho de la mañana, llegaba tarde y Charlotte me lo recordaría durante todo el día.

Arrastré los pies con desgana, hacía tiempo que no recibía visitas. No significaba que hubiese perdido a mis amigos por haber actuado como un capullo, solo que necesitaba digerir que todo aquello por lo que había luchado siempre se había reducido a cenizas.

Abrí la puerta mostrando la barba que poblaba mi rostro a su antojo, mi cabello despeinado, además del horrible pijama de rayas que me había comprado mi madre el año pasado. Esperaba encontrarme a Vince, no le diría que no a tomarnos un botellín de cerveza para abrir el apetito, pero los ojos azules que me fulminaron fueron los de una mujer que estaba dispuesta a arrastrarme por todo el edificio por hacer pedazos a su mejor amiga.

—Autumn —saludé con la voz rasposa—, ¿puedo ayudarte?

—Por supuesto que vas a hacerlo —alzó una ceja—, ¿no vas a invitarme a pasar?

Abrí la boca dispuesto a protestar, nuestra relación no era demasiado cercana así que no entendía por qué quería entrar a mi pequeña fortaleza.

—Si has tenido un problema con Vince, yo...

—No vendría a desahogarme aquí —contestó restándole importancia—. Sería un poco extraño por mi parte contarte mis penas.

—Por favor, Ángel. —Deslicé los brazos con elegancia hacia el interior del apartamento permitiéndole la entrada al caos que tenía por salón—. Seguro que no estará a tu gusto, pero no esperaba visita.

Autumn pasó su mirada por la estancia, no sé qué buscaba con exactitud, parecía ansiosa por encontrar la mínima prueba que me delatase como culpable. Me dejé caer nuevamente en el sofá, crucé mis brazos y esperé que comenzase uno de sus bonitos sermones.

—Somos amigos —comenzó ella con una revelación que me resultó sorprendente—, quizá no del tipo que se lo cuentan todo, pero hemos vivido muchos momentos, y te aprecio. De verdad que lo hago. Si no fuese así no habría conducido de madrugada para decirte esto.

—Nunca me has caído mal, A. —contesté soltando un pequeño suspiro—. Puede que a todo el mundo le diese miedo tu sinceridad, pero es parte de tu personalidad. Sé que odias que se hable de ti, te molesta que Vince me cuente lo jodido que está. Pero ¿sabes qué? Jamás juzgaré vuestras decisiones como tú

nunca te has mofado de mis sentimientos. Aunque no entiendo por qué urgía tanto decirme lo que pensabas.

Curvó sus labios hacia arriba por mis palabras, incluso rio con suavidad al ver que no me callaba nada. El repiqueteo de sus tacones la llevó hasta el brazo del sofá, se acomodó en él con las piernas cruzadas y me miró fijamente.

—Es cierto, no saldría de casa nevando para esto. —Hizo una pausa—. He venido a decirte que Win se va una temporada a Texas. Su madre vive allí, ¿recuerdas? No sé cuánto tiempo estará fuera porque no suele enfrentar las situaciones que le dan miedo, y el divorcio de sus padres siempre le ha causado pavor. Con esto quiero recordarte que no es la típica chica que un día se levantará, correrá hasta tu apartamento y te dirá todo lo que siente por ti. Creo que ya te ha demostrado con creces que vive sin fingir y que ama sin limitaciones; si no crees en todo lo que habéis vivido estos meses, es el momento de zanjar toda relación. ¿Eres consciente de eso?

El corazón me dio un vuelco al escuchar que se marcharía durante una temporada. Win solía tener una vida lineal repleta de rutinas que la hacían feliz: le encantaba comer a deshoras, bailar con los pies descalzos y dormir en el sofá con una camiseta de publicidad cuando nadie la veía.

Siempre había temido las carcajadas de los demás, que pudieran señalarla por su piel blanquecina y sus ojos similares a la plata líquida. Por eso prefirió apostar por todo lo que le gustaba sin apartarse nunca de las personas que la hacían sentir parte de una familia.

—Quizá la distancia...

—Oh, vamos, no me vengas con mierdas. —Autumn puso los ojos en blanco, me tiró su bolso de Gucci y frunció el ceño—. Llevas años alzando una pared de hormigón con la intención de no saber de su existencia y ni con eso has sido capaz de formalizarte pensando en tu corazón. No me mientas, Nathaniel. Desde que saliste de la universidad te casaste con tu empresa, así te sentías lo suficiente poderoso para enfrentar la bravuconería de Bryce.

—Y no me ha servido de nada —admití con amargura—. Nadie me ha hecho sentir nunca como ella. Sería un capullo si te dijera que no he intentado tener pareja antes de mi matrimonio de conveniencia con Spring, pero nunca salía bien. Esperaba encontrar a una chica que no le importarse saltar en la cama, con la que discutir por cualquier tontería nos llevase a una batalla de besos, y por favor no te ofendas, que no controlase las calorías de la comida por miedo a no destacar lo suficiente colgada de mi brazo.

—No puedo ofenderme por una realidad —suspiró destilando cierta molestia, podía verlo en sus labios—. Cada una de las personas enfrentamos la vida con las

armas que vemos convenientes. Win creía que el mundo estaba repleto de gente buena porque ella es así. Necesitaba sanar y lo consiguió contigo en su momento. Simplemente tenía que darse cuenta de que sus sentimientos por Bryce solo eran ese deseo de encontrar el maldito cliché de «soy la única que entiende al chico malo, nos casamos y tenemos cuatro hijos».

—¿Por qué crees que ya no piensa así?

—Porque la has hecho sentir viva —dijo ella levantándose mientras se sacudía la falda—. No necesitamos ajustarnos a la forma de ser de la persona que tenemos al lado para que se quede con nosotros. Ella te quiere, no estoy aquí haciendo de celestina por algo de lo que no estoy segura.

El silencio se meció a nuestro alrededor, podría haber centrado mis sentidos en las noticias que daban a primera hora de la mañana, pero solo pensaba en sus protestas, su torpeza, sus cafés, su forma de enfrentarme y mis palabras perforando su corazón.

—La quiero incluso más que cuando era un crío.

—¿Y crees que Santa Claus te la va a echar por la chimenea? —Autumn hizo girar sus brazos para mostrarme mi propia estancia—. Muy bonito todo, pero no tienes.

—¡Tengo miedo!

Agobiado, me atreví a levantarme del sofá, me llevé las manos hacia mis mechones oscuros y caminé de un lado a otro con su mirada persiguiéndome como si se tratase de un depredador.

—¿De qué?

—¡¿De qué?! —repetí volviendo a enfrentarla—. ¡De no ser lo suficiente! ¡De no poder proporcionarle lo que necesita! ¡De no poder demostrarle que a mi lado realmente puede...!

—Basta —gruñó ella sosteniendo mi mano—. Solo te diré una cosa más antes de salir por esa puerta: ¿en este tiempo has conseguido hacerla sonreír? Contéstate a esa mísera pregunta, solo a esa, y toma una decisión.

Autumn ni siquiera me dio la oportunidad de responder, deshizo el contacto sobre mi brazo y retrocedió sin querer indagar en mis dudas. Sus ojos azules estaban turbados debido a la preocupación, algo me decía que no quería seguir insistiendo; deseaba que cualquier elección saliese de mí.

—Estará en el mercado navideño de Harvard Square Holiday Fair, vestida de Santa.

Cuando se marchó volví a quedarme solo, un profundo suspiro escapó de mis labios y deseé que se llevase consigo toda mi culpabilidad. Tenía que ser sincero conmigo mismo, puse un estúpido pretexto para volver a tenerla en mi vida. Lo

llamé «oportunidad» cuando irrumpió en mi boda y la aferré con tanta fuerza que mi pavor por perderla habló por mí.

Winter en ningún momento había jugado con los dos, solo había considerado nuestros encuentros como un soplo de aire fresco para poder sobrevivir. Y todavía tenía el poder de proporcionarle esa ráfaga de aire para que volase alto como siempre había deseado.

Me restregué los ojos con pesar, tenía aquella oportunidad que tanto estaba buscando e iba a permitir que se me escapase de las manos.

«Has conseguido que Jorell se marche, el peso de la empresa no te asfixia, solo tienes que vivir de una manera diferente. Asusta como cualquier elección que hagas, pero improvisar es de valientes».

Antes de que el miedo me aferrara nuevamente a mi temple estoico, me vestí, cogí las llaves de mi coche y conduje al único destino en el que deseaba estar: Winter Adams.

***

Harvard Square estaba infestado de gente, danzaban de un lado a otro, deteniendo sus pasos en cada puesto de madera que les regalase un suave aroma a chocolate, incienso o que tan solo los embelesara con las tintineantes luces navideñas que cambiaban de color cada cinco segundos.

Me hice uno con la multitud, pasé de lado deleitándome con la belleza de la casita de bizcocho, barquillo, botones de caramelo, además de la capa de nata que simulaba la nieve. El movimiento de sus diminutas luces parecía darle vida, como si en cualquier momento fuese a salir alguien de la puerta robusta dando la bienvenida.

El mercado navideño se celebraba durante dos largos fines de semana de diciembre. Solían reunirse comerciantes de diferentes partes del mundo, que vendían sus productos artesanales al precio más asequible.

El leve sonido de unas panderetas me llevó al centro de la plaza triangular, había niños que correteaban de un lado a otro con peluches, enormes algodones de azúcar y vasitos de chocolate caliente.

Me empapé de ese espíritu navideño que tanto detestaba, de las carcajadas, los ruegos e incluso las promesas que danzarían en el aire de cara al siguiente año. Pero no me importaba, yo no aspiraba a tener una vida utópica. Mi único deseo era poder encontrarla para poder improvisar aquella época a su lado.

A lo lejos divisé un grupo de Santas que bailaban al compás del tintineante sonido que había seguido escasos minutos antes; pasaban el peso de su cuerpo de un pie a otro, levantaban los brazos y giraban sobre sí mismos.

Maldije a Autumn por no haberme avisado del pequeño detalle de que los disfraces no consistían en un ridículo traje rojo, sino que eran enormes y escondían el rostro de la persona dentro de una gran cabeza de Santa Claus sonriente. Y no solo eso, también iban acompañados de pajes-ardillas de color naranja con el destacable gorro, además de un regalo en las manos.

«Lo has hecho a propósito».

Conté hasta diez y di algún que otro pisotón para llegar hasta la cabalgata que todo el mundo aplaudía. Agradecí que no estuviese compuesta por muchísima gente, ya que iba a quedar en ridículo, no pretendía salir en televisión como putero en la quiebra y Grinch de la Navidad.

Me atreví a utilizar mi faceta de detective, estaba seguro de que Win tendría algo característico que los demás no. Mi mirada se centró en un Santa que destacaba porque su enorme gorro terminaba en cascabel.

«Solo ella sería capaz de hacer algo así».

Llegué hasta él entre disculpas, me hice uno con la cabalgata saltando de un pie a otro y muriéndome de vergüenza; acorté la distancia y cuando pude alzar las manos, tiré de la cabeza: Winter no estaba en su interior, pero sí un hombre de escaso pelo que me fulminaba con sus achinados ojos.

Con sutileza volví a colocarle la guinda de su traje, me alejé un poco de él y opté por probar con otro que no dejaba de repartir caramelos a los niños.

«Seguro que es ella, no dejaría a ningún crío sin probar los dulces».

Nuevamente empujé la cabeza hacia atrás, una mujer menuda de cabellos chocolates me devolvió la mirada entre lágrimas: acababa de resquebrajar su trocito de felicidad, a lo que volví a disculparme.

«Querías que me lo currara, ¿verdad, Ángel?».

Frustrado, me quedé a una distancia prudente, el corazón se me iba a salir del pecho en cualquier momento. Me crucé de brazos disfrutando de un acontecimiento en el que me estaba dejando la vida por completo. Volví a examinar a cada integrante como si fuese una mala versión de Sherlock Holmes. Mi atención se centró en una de las ardillas: saltaba, giraba y había perdido su regalo dos veces en cada movimiento.

Mis labios se curvaron hacia arriba en un gesto victorioso. Esta vez esperé hasta que la multitud vitoreó su actuación, di un margen de unos minutos para que se dispersaran y me acerqué a mi ardilla favorita.

—Te atrapé, Blancanieves. —Mis dedos hicieron presión hacia arriba, tiraron

de la cabeza y me deleité con los mechones oscuros de aquella mujer que me había hecho perder la cordura. Me habría encantado ver asombro en sus ojos grises, pero la muy bellaca no dejaba de reírse a carcajadas—. ¿Se puede saber qué te hace tanta gracia?

—¿Has tenido que arrancarles la cabeza a muchas ranas para poder llegar a tu princesa? —se burló sin dejar de carcajearse de mí, incluso tuvo que encogerse, apoyar las manos sobre sus muslos de peluche para encontrar todo aquel aire que había perdido—. He visto muchas facetas de ti, Nathaniel, pero esta...

—Así que has visto mi desesperación por encontrarte como un espectador más. —Hice una pausa sin dejar de asentir—. ¿No podrías haber levantado la mano para que supiera que eras tú?

—Tenía que ponértelo un poco difícil —encogió los hombros en un gesto aniñado que hizo aletear mi corazón—, ¿me buscabas para que te devolviese las llaves de tu apartamento? Pensaba dártelas cuando terminase esto.

—No —contesté tajante—, las llaves se pueden duplicar, no hay otra como tú, Win. He venido a por ti en busca de esa oportunidad que debería haberte dado. Perdóname por haber dudado de tus sentimientos, sé que en ningún momento fue un juego para ti.

—Nunca lo fue —suspiró cruzando sus brazos peludos y anaranjados—. Cuando acepté vivir contigo quería solventar mi error. Sé muy bien qué es ser juzgado por los demás y nunca se lo desearía a nadie.

—Lo sé. —Deshice su gesto y tiré de sus manos perdiéndome en sus iris grisáceos—. No me he portado como el mejor tío del mundo, te quería a mi lado. No. Te quiero, Win, con cada una de tus imperfecciones. Puede que haya días en los que me sienta inferior, que crea que puedo perderte, pero deseo hacerte feliz. Y si en algún momento te hago perder la paciencia, solo tienes que mandarme al sofá, tirar de mi tarjeta de crédito o formar con Autumn un club de fans para hacerme la vida imposible.

Win alzó una ceja.

—¿Lo último es necesario?

—Podemos enfrentarnos en una batalla de *paintball* si hace falta. —Ladeé la cabeza volviendo a arrancarle una sonrisa—. Me tienes loco, Blancanieves, no sé qué tendría esa maldita manzana, pero no puedo alejarme de ti. Si quieres ir a Texas, iré contigo. Y si no deseas que te acompañe, te esperaré a que vuelvas.

—¿Y por qué me iba a ir a Texas, Nathan? —Ella me miró sin entender bien mis palabras—. ¿Piensas que me voy a ir a un rancho como retiro espiritual?

—¿No ibas a ir a ver a tu madre?

—La verdad es que no. —Abrí la boca sintiéndome completamente perdido—. Si ella no ha querido dejarse caer por Boston tras su matrimonio, no voy a ir a un lugar donde ya no se me considera familia. ¿De dónde has sacado esa idea de bombero?

—De…

—No, no me lo digas. —Se llevó la manita peluda a la frente—. Seguro que Autumn te ha soltado el rollo de «se marchará para aliviar las cicatrices de su pasado y enfrentar ese miedo que aún la persigue».

—¿Cómo sabes eso?

—Cariño, es mi mejor amiga y le encanta la novela romántica.

«Vaya Emmy se acaba de marcar».

Mis mejillas se tornaron rojizas, no sabía dónde esconderme. Había enfrentado cada uno de mis juiciosos pensamientos para ir a buscarla: no deseaba que se marchase a ningún sitio sin saber que la quería. Y resultó que Autumn me la había juzgado con todas las letras que componían la condenada palabra.

—Estás precioso cuanto te sonrojas.

Win se acercó a mi rostro, rozó mi nariz con la suya, haciéndome temblar como un adolescente.

—Oh, vamos —suspiré avergonzado—, ¿tampoco estabas enfadada?

—Sí —asintió sin miedo—, pero ya te dije todo lo que pensaba, eras tú quien tenía que apostar por mí.

—Me vais a hacer perder la cabeza.

—Estoy segura de que te lo pasas mucho mejor desde que las dos volvemos a pulular a tu alrededor.

«Es posible».

Sus manitas de ardilla aferraron mis mejillas, tiró un poco de ellas para atrapar mis labios en un beso que me supo a alivio, liberación y oportunidades. Mis manos rodearon su disfraz, maldije contra su boca lo mucho que me molestaba su cola y entrelacé su lengua con la intención de hacerla suspirar.

—Te quiero, Nathaniel —susurró cerca de mi oído—, con todo lo que conlleva.

—Te quiero, Winter —correspondí con suavidad—, solo espero poder decírtelo cada…

Los aplausos eclipsaron por completo mis palabras, supuse que se trataría de los fuegos artificiales que coloreaban el cielo en estas fechas, sin embargo, la multitud tenía los ojos puestos en nosotros. Vitoreaban. Chillaban. Me pregunté si realmente había sido esa famosa magia de la Navidad la que me había hecho estrecharla entre mis brazos o si había sido una simple y bonita casualidad de la

que no me arrepentiría nunca.

Epílogo

Bonitos comienzos

2 meses después

—No.

—¿Cómo qué no? —protestó él con las manos en las caderas—. Es la mejor época para hacerlo.

—Nathan, no voy a meterme de lleno en una reforma sin necesidad —gruñí con mi taza de café en las manos—. Habíamos quedado en que quitaríamos la cama individual de nuestra habitación.

—¿Y dónde la pongo, Blancanieves? —protestó de nuevo—, ¿llamamos a alguno de tus amigos, los enanitos, para regalársela?

Derrotada me dejé caer en una de las sillas de la cocina, crucé mis piernas y miré alrededor sin encontrar ningún motivo para meternos de lleno en algo así. Según Nathan necesitábamos más espacio; ahora que íbamos a formar una vida juntos, teníamos que contar con todo aquello que necesitáramos. Había tomado la decisión de poner un toldo en la terraza donde desayunábamos cada mañana, una hamaca para leer, además de una pequeña piscina para el verano. En la planta inferior me sugirió la idea de levantar una habitación en la parte derecha de la nuestra. Como no tendría demasiados metros, me habló de construir una cama alta similar a una litera, que contaría con un escritorio en la parte baja y pequeñas estanterías.

Lo malo de todo aquello era que yo odiaba los cambios. Me acostumbré a nuestra vida juntos, a los espacios acordes a nosotros. Entendía que ese detalle podría cambiar con el tiempo, pero planearlo me agobiaba.

—Estamos bien así —le recordé—. No significa que no quiera hacer la reforma para tener la oportunidad de salir corriendo, es que...

Nathan se acercó a mí, me levantó de la silla para después sentarme en su regazo. Me encantaban las caricias que me proporcionaba cuando me sentía inquieta. No habíamos perdido aquella confianza en la que le contaba todo lo que me preocupaba y él me escuchaba sin protestar. Ese hecho nos hizo más fuertes, pude entender por qué siempre había pensado que era el que se quedaría solo de su grupo. Lo tenían tan etiquetado como «el chico bueno que no se come una rosca», que por más que adorase a sus colegas, se sentía inferior.

—Sé que te encanta este apartamento tal y como es. —Descendí la mirada para encontrarme con sus iris azul oscuro—. No cambiará su esencia que lo modifiquemos un poco.

—No quiero que gastes por encima de tus posibilidades —le recordé—. Sé bien que la situación en Carter's no es como antes.

—Pensaba que tendría que buscar un nuevo trabajo —admitió—, pero ahora que soy parte de las empresas Danvers conozco a mucha gente, Win. Puede que no tenga el control total de lo que antes era mío, pero me ha abierto nuevas puertas: si soy beneficioso para ellos, seguiré aquí y podré darte este nivel de vida sin miedo.

—No voy a dejar de trabajar.

—No lo dudaba.

Le extendí la taza para que probara el nuevo café, tiró de ella con sutileza y empapó su paladar con su sabor amargo y un tanto tostado.

—¿Cuál será nuestro nuevo comienzo?

—Haremos un viaje —sonrió—; así, cuando volvamos, nos encontraremos el cambio ya hecho y no tendrás que preocuparte por nada.

—No es un viaje de la empresa, ¿verdad?

—Se acabó aguantar a Epi y Blas.

—¿Y Jorell? —preguntó acariciando mi recortada barba—. ¿Sigue siendo parte de la empresa?

—Ya no.

No sé qué fue lo que vi en su semblante: quizá fue culpabilidad, orgullo o simple venganza. Era consciente de que la situación con su excuñado había llegado a su límite de la peor manera posible. Por un lado, entendía que quería ser el hermano perfecto, aquel que defiende lo suyo con uñas y dientes, pero hay

ocasiones en la que no podemos lidiar con los imprevistos de la vida haciendo daño a los demás.

Mi móvil me hizo dar un brinco, me levanté de forma rápida hasta llegar al recibidor donde vibraba sin parar. Esperaba encontrarme un par de llamadas perdidas, pero se trataba de mensajes y emoticonos por un tubo. Deslicé mi dedo por el patrón de bloqueo, entré en la aplicación para leer el nombre de mi amiga en la parte superior de la pantalla.

La he cagado.

Mañana te contaré todo, hoy tengo una reunión.

Olvídalo, puedo enfrentarlo.

¿Cómo he podido perder los papeles de esta forma?

—¿Ocurre algo?

Nathan me aferró por la espalda, lo hizo con tanto cariño que sentí su calor traspasar por completo la tela de mi camiseta de publicidad. Me pegué un poquito más a él, disfrutando de la sensación. Siempre soñé estar así con Bryce, estaba tan cegada en tener mi bonita historia de amor que no me di cuenta de que llevaba años teniéndola y la estaba apartando en un rincón.

—Tengo un AEAPLOPE.

—¿Qué es eso? —Alzó una ceja regalándome un mohín cómico que me hizo reír.

—«Amiga En Apuros Por Ligue O Por Ex» —dije—. ¿Podrás apañártelas tú solo mientras estoy fuera unas horas?

—¿Necesitas tu capa de superheroína?

—La llevo puesta siempre, solo que no puedes verla porque es invisible.

Él me dio un suave beso en los labios. Fue de aquellos que te hacen perder el rumbo y te dejan con ganas de más. Podría haber sido débil, tirar de su brazo y guiarlo a nuestra habitación con la única intención de dejarlo sin aliento.

Pero Autumn me necesitaba y ella solo pedía ayuda en casos extremos.

—Win.

Giré sobre mis talones mientras me colocaba el bolso.

—¿Sí?

—Te espero en nuestra casa.

Mis labios se curvaron hacia arriba en una mueca tan repleta de ilusión que volví a buscar su boca, prometiéndole que esa noche haríamos maratón de

películas, que pediríamos chino y que terminaríamos en el sofá desnudos.

—Te quiero, Nat.

—Te quiero, Blancanieves.

Aquel maldito apodo ya no sonaba tan mal en sus labios...

Agradecimientos

Se suponía que Winter no calaría demasiado en mi corazón. Es impulsiva, torpe y tiene un imán para danzar alrededor de los problemas. Su historia debía pasar sin pena ni gloria y me ha arrancado más de una carcajada. Es cierto que he tenido muchos altibajos mientras escribía, ha sido un verano repleto de situaciones que enfrentar. Cuando te encuentras en una posición así, lo único que piensas es que cualquier cosa que salga de ti no será suficiente, pero aquí están, deseando ser parte de cada uno de vosotros y vosotras.

Escribir comedia romántica siempre me ha costado un poco más que el drama. De hecho, pensaba que nunca sería capaz de terminar una novela de esta índole por ese pequeño motivo. Pero como dice mi buena amiga Hollie: «Que escribas una novela que no tenga tanta profundidad no significa que sea mala. No siempre hay que dar una lección o dejar huella. Simplemente se trata de pasarlo bien, de que seas un instante bonito en la vida de alguien».

Y sin duda tiene toda la razón.

Quiero agradecer a Lola, mi editora, por volver a darme la oportunidad de que *Seasons* lleguen a todo el mundo. Gracias por creer en mis ideas, en su posibilidad de brillar en un mundo tan complicado.

A Chris, por haber sido parte de esta historia desde el minuto cero. Gracias por los consejos que me has ido dando. Por ayudarme a levantarme cuando creía que esta vez había metido la pata. Me ha hecho feliz que te hayas reído con las escenas y, por supuesto, que disfrutaras con la historia.

A Alex, mi cuñado, por ser parte de mi proceso de escritura. Ha sido mi compañero a primera hora de la mañana cuando me levantaba a darle duro a las

teclas, incluso a altas horas de la noche, donde adoraba a Winter y sus ocurrencias.

A Hollie, por ayudarme con los títulos que son mi maldito talón de Aquiles. Gracias por animarme cuando creía que debía dejar de escribir. Tus consejos me han servido mucho para enfrentar el final de esta novela.

A María Moreno, Eli y Beca, por creer en mis letras. Cada vez que chilláis porque sale una nueva historia me hacéis de lo más feliz. Gracias por ser parte de mi universo, de sus personajes y de las locas ideas que pasan por mi cabeza. Os adoro.

Y a ti, lector, por volver a apostar por una de mis novelas. Espero que Winter te haga reír, que te sientas parte de sus torpezas, de sus locuras conduciendo un carrito de golf o simplemente porque haga volcar una barca.

Está aquí para ti, espero que la disfrutes muchísimo.

Si te ha gustado

Una tacita de valentía

puedes disfrutar de estas

RUTH M. LERGA

¡MANOS ARRIBA!

Selecta

ANA E. GUEVARA
Bonjour, mi amor
Amour en Lyon 1
Selecta

NIEVES HIDALGO
Lo que dure la eternidad
Selecta

El caballero de la armadura naranja

MAYEDA LAURENS

Selecta

ANA ÁLVAREZ

Dos copas y una noche

Selecta

MARAVILLOSOS DESASTRES I

La mesa de los solteros

Hollie Deschanel

Selecta

“Había irrumpido la boda equivocada, tropezó de bruces con el pasado y no era tan desagradable como recordaba”

Winter Adams siempre ha sido considerada **La Blancanieves del siglo XXI**: fría, distante, de tez pálida y ojos tan cristalinos como la propia plata.

Cansada de ser juzgada por todo el mundo y de acallar los sentimientos de su corazón decide tomar una decisión: **Bryce Evans**, el amor de su vida, está a punto de dar el **“Sí quiero”** y tiene que detenerle a toda costa.

Todo habría sido perfecto si el chico que se giró proporcionándole ese bonito cuento de hadas no fuese **Nathaniel Carter**: su mejor amigo de la universidad y en el que se apoyó cuando Bryce no la correspondía.

Ahora que han vuelto a encontrarse, que ha arruinado su plan perfecto y está en boca de todos, **no la dejará escapar**.

Mar Poldark nació en Almería en 1994. Es educadora infantil y estudia la carrera de magisterio con la finalidad de encontrar su lugar entre los más pequeños. La escritura siempre la ha acompañado en cada una de sus aventuras: ya fuera con el objetivo de encontrar el final romántico perfecto para sus series favoritas o con la intención de dar vida a esos personajes que aparecían en su mente susurrando nuevas historias. Es adicta a la cafeína, le encanta el verano y viajar.

Penguin Random House Grupo Editorial

Edición en formato digital: abril de 2023

© 2023, Mar Poldark
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Moreyba Martín Leal
Istockphoto, Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18497-28-5

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta
Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Una tacita de valentía

Capítulo 1. Boda equivocada
Capítulo 2. Mi mundo hecho trizas
Capítulo 3. Vivir en la mansión de Barbie
Capítulo 4. La mujer de Kennedy
Capítulo 5. Baúl de inferioridad
Capítulo 6. Ladrones de guante blanco
Capítulo 7. El enemigo en casa
Capítulo 8. Fingir como dos idiotas
Capítulo 9. Cuando el mundo no mire
Capítulo 10. Saciar las necesidades femeninas
Capítulo 11. Domadora de fieras
Capítulo 12. La parte más ridícula y adorable
Capítulo 13. Las cicatrices de Blancanieves
Capítulo 14. Mis sentimientos por ella
Capítulo 15. Mentirse para protegerse
Capítulo 16. Valentía
Capítulo 17. Mi doloroso primer amor
Capítulo 18. Cruda amistad
Capítulo 19. Sesión antirrupturas
Capítulo 20. Perder para volver a encontrarse
Capítulo 21. Una última vez
Epílogo. Bonitos comienzos
Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Mar Poldark
Créditos